

*Selección RNR*

*Rescatando  
tu Alma Perdida*

*Laura A. López*



*Romance Histórico*

Rescatando tu alma perdida  
Saga Rosas Blancas 1

Laura A. López



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## NOTA EDITORIAL

Selección BdB es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, en este caso paraguaya, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

## CAPÍTULO 1

*Hertfordshire, 1812*

**E**ra una calurosa mañana en Sunset Manor, y para *lady* Darline, un día ideal para salir a cabalgar, tomarse el tiempo para leer y para otras actividades secretas que tenía cuando iba al bosque, siempre ansiosa por aquellos momentos al aire libre.

—¡Buen día, padre, madre! —saludó Darline entrando a la sala, le dio un beso al conde de Derby y otro a la condesa.

El conde era un hombre aún atractivo pese a su edad; amable, amoroso y atento con su familia, adoraba a su pequeña niña. La madre de Darline había muerto de unas fiebres cuando ella tenía tres años de edad; el conde y sus tres hijos quedaron solos en el mundo, todo se había derrumbado para él.

Cuando decidió recuperar su vida un año después de la muerte de la condesa, se enamoró perdidamente de la viuda de un barón, *lady* Adele Hamilton.

La madrastra de Darline era una mujer bella, de dorados cabellos con bucles, ojos verdes como el prado y, por sobre todas las cosas, amaba profundamente a los hijos del conde, como una madre.

—Buenos días, cariño, ¿desayunas con nosotros? —preguntó el conde.

—No, padre, he pedido un pequeño desayuno para llevar a la señora Garret —contestó Darline con una amable sonrisa.

—Bueno, querida, que tengas un excelente día, no regreses tarde —expresó la condesa.

—Gracias, madre. Regresaré por la tarde —dijo Darline y salió hacia los establos donde se encontraba su yegua pura sangre, regalo de su hermano mayor Brent, futuro conde de Derby. En ese momento se encontraba viajando

por negocios del condado, y su otro hermano, Harold, lo acompañaba. Con poca diferencia de edad, ambos eran más que hermanos; unos amigos inseparables, además de mujeriegos. Mientras estaban en la casa, se dedicaban a malcriar a su pequeña hermanita Darline. Ella los amaba y extrañaba, ansiaba el momento en que regresaran y le contaran sus aventuras.

\*\*\*

—Adele... —dijo el conde.

—¿Sí, querido? ¿Qué sucede?

—Pronto debemos ir a Londres para presentar a Darline, la temporada inicia en un mes, ¿podrías ayudarla para que tenga una excelente noche? Necesitará nuevos vestidos y otros artículos. Sus hermanos están por regresar. En una semana partiremos a Londres.

—Claro, querido, encantada con la idea. Estoy tan ansiosa de que por fin haya llegado el momento más importante para toda señorita en edad casadera; con gusto la acompañare y apoyaré.

—Gracias, querida, sabía que podía contar contigo, siempre supe que tú podrías ganártela, ambas se adoran.

Ella amaba a Darline y a los muchachos como si fueran sus propios hijos.

—¡Oh, querido...! —expresó la condesa emocionada.

\*\*\*

Llegando a las caballerizas, Darline pidió al mozo que ensillara a Petra, su preciosa yegua blanca.

—Vamos, Petra... —dijo espoleando a su montura.

Darline daba la impresión de ser una aparición celestial sobre la potra blanca. Con su cabello negro suelto, sus ojos grises profundos y una blancura que solo deberían tener los ángeles, salió disparada como excelente amazona que era. Educada con las mejores institutrices, sus modales eran tan exquisitos como ella misma; tocaba el arpa y el piano, conocía de arte, sabía pintar hermosos paisajes cuando la melancolía se cernía sobre ella.

Le gustaba sentir la libertad, soñaba con una vida tranquila en el campo, aunque sabía lo que debían hacer las señoritas de su edad: buscar un marido.

No era algo que le desagradara siempre y cuando no le cortara las alas.

Lentamente llegó hasta la orilla de un hermoso arroyo que tenía la propiedad de su padre; su lugar favorito. Y entonces dijo para sí:

—Con este calor, mejor me doy un baño. —Y lentamente se quitó la ropa al completo y se metió bajo la cascada.

Pensó en que pronto tendría que ir a Londres y dejar todo eso para buscarse un marido. Ella tenía la firme idea de que su marido debía ser un hombre guapo, joven, honesto y fiel, sobre todo fiel.

Durante sus paseos por el bosque, se quedaba horas perdida en lecturas románticas que, según ella misma, le llenaban la cabeza de ideas románticas, y muchas veces ridículas, en una sociedad donde las apariencias y los matrimonios arreglados estaban a la orden del día. Ella sabía que su padre nunca la obligaría a casarse con alguien que no amara, él quería un matrimonio igual al suyo para su hija.

Pasado un tiempo, se dio cuenta de que se había tardado más de lo debido en el agua, salió rápidamente, se secó y se vistió veloz. Agarró su bolsa de desayuno, que ahora le servía de almuerzo, y comenzó su lectura, otra que llenaría su cabeza de mariposas.

\*\*\*

En Sunset Manor, había un alboroto gracias a la llegada de los hermanos de Darline, Brent y Harold.

—¿Qué tal si nos echamos unas carreras, hermano? —preguntó Harold retando a Brent.

—Esas son cosas de críos, mi buen Harold —manifestó Brent con una sonrisa ladina en el rostro.

—Pues eso lo veremos... —desafió Harold, y ambos corrieron hasta los pasillos de la casa mientras llenaban de carcajadas el salón principal.

—Has perdido nuevamente, hermanito —se burló Brent.

—Ya lo sé —expresó Harold con voz irónica.

—Buenas tardes, lord Brent, lord Harold —consiguió decir el mayordomo Arthur.

—Buenas, Arthur, ¿dónde están todos? —preguntó Brent.

—Los señores se encuentran en la biblioteca y *lady* Darline, en el bosque como siempre, milord.

—¿Cuántas veces le dije a padre que no dejara salir sola a Darline? —reclamó, enfadado, Harold—. Gracias, Arthur —repuso nuevamente—. Llama a su doncella, que vaya a buscarla y le avise que sus hermanos han vuelto y que quieren tomar el té en familia.

—Así lo haré, milord —afirmó Arthur y se retiró a buscar a Lia, la doncella de Darline.

\*\*\*

—¡*Milady!* —gritaba la doncella por el bosque buscando a Darline.

Mientras tanto, Darline se había quedado dormida con el libro en la mano.

—*Milady, milady*, despierte.

—Mmm... No quiero —dijo, somnolienta, Darline.

—Sus hermanos han vuelto, *milady*.

Eso la despertó completamente.

—¿Me lo dices en serio, Lia? —preguntó emocionada.

—Claro, *milady*, quieren tomar el té con usted y los condes.

—¡Oh, qué bien! ¡Vamos, Lia! ¿Qué esperas?

Darline subió a su yegua, emocionada, y, como un rayo, dejó a su doncella.

—Oh, *milady*, siempre tan alegre —expresó Lia corriendo detrás de ella.



## CAPÍTULO 2

Al llegar a las caballerizas, Darline se encontraba completamente emocionada por el regreso de sus hermanos, se bajó rápidamente de la espalda del animal y se la encargó al mozo diciendo:

—Cuídala bien, George.

—Por supuesto, *milady*.

Corrió a la casa para encontrarse con sus hermanos. Al verlos, se lanzó a los brazos de ellos.

—¡Harold, Brent, cuánto los extrañé!

—¡Ángel! —vociferó Brent—, estás tan hermosa, ¿qué te haces que cada día tu belleza aumenta?

—Eres un adulator, hermano.

—Él solo dice la verdad, pequeña —alegó Harold con una sonrisa.

—¿Qué alboroto es este? —preguntó el conde. Llegó al lugar y vio a Brent y Harold—. Hijos míos, bienvenidos a casa, no los esperábamos hasta mañana.

—Se adelantó el viaje, padre —respondió Harold.

Durante el té, el conde decidió que era importante comunicar que irían a Londres.

—Ya que estamos todos reunidos, cumplo en comunicarles que en dos semanas estaremos partiendo a Londres para la presentación de Darline. En un mes se inicia la temporada y debemos ir viendo un nuevo guardarropas para ti, hija —anunció el conde observando a Darline.

—Padre —expuso Brent—, ¿no es muy joven aún nuestra hermana para presentarla? Solo tiene 17 años.

—Estoy de acuerdo con Brent —acordó Harold mirando a su padre y a su

hermana a la vez—. Ella es tan hermosa, padre, que podría recibir la propuesta de un rufián en cualquier momento.

—Igual, padre —lo apoyó Brent—, nosotros estaremos cuidando a nuestra hermana para que nadie que no sea decente se le acerque.

—Practicaremos con nuestras armas por cualquier eventualidad, para no perder la puntería, nunca sabemos cuándo podríamos requerir de esas habilidades —dijo un serio Harold.

—Hermanos, ¿no creen que están abusando? No soy tan indefensa como parezco, puedo defenderme. Además, creo tener suficiente criterio para mantener a raya a los calaveras como ustedes —sugirió Darline.

—Hermanita, hermanita, me encanta tu ingenuidad, pero no sabes en realidad a qué te enfrentarás una vez que vayas a Londres. Solo te comento que nosotros dos haremos hasta lo imposible porque no se te acerque alguien indigno —estipuló Brent.

—Como sea, hijos, están avisados, debemos estar preparados —recordó el conde.

Por la noche, ya en su habitación, Darline tenía tantos pensamientos acerca de ir a Londres y que sus hermanos lo echaran todo a perder.

Brent, el hijo mayor del conde, era un joven atractivo, de ojos grises y pelo negro, hombros anchos y, con sus metro ochenta de estatura, muy atractivo, al igual que Harold, que era solo un año menor que él. Ambos eran en extremo celosos por su pequeña hermana. Gracias a ellos no pudo llegar a tener muchos amigos, de hecho, no tenía ninguno, eran demasiado sobre protectores en todo lo que se trataba de ella.

—Lia, ¿puedes ayudarme a desvestirme, por favor? —preguntó Darline.

—Claro, *milady*.

Después que la doncella terminó, esta se retiró de la habitación y Darline se recostó en la cama y se durmió profundamente.

Al día siguiente, despertó al escuchar disparos en el patio y se levantó de un salto.

—No, no y no... Esto no puede ser, me van a escuchar, esos dos me van a escuchar... —dijo Darline y tocó la campanilla para llamar a su doncella.

Unos minutos después, Lia apareció en la habitación.

—Buen día, *milady*...

—Buen día, Lia, ayúdame a vestirme, que voy a bajar rápido.

—Sí, *milady*. —Obedeció.

Al bajar las escaleras, Darline se encontró con su madre.

—Buen día, madre, ¿cómo amaneció?

—Buen día, hija, muy bien. Ven, siéntate a desayunar conmigo, tus hermanos ya lo hicieron.

—Ya los escuché, madre, ¿cree usted que hacen lo correcto? No quiero que me espanten los pretendientes, nadie se va a acercar a una joven con dos hermanos locos.

—Mi cielo, ellos te aman tanto, no soportarían que algo te sucediera, eres el tesoro de esta familia.

—Madre, no me parece correcto lo que hacen, pero me van a escuchar. Los amo, pero están siendo prejuiciosos, aún nadie me ha visto y ya se preparan para un duelo.

—Déjalos, hija, ya se les pasará.

—La dejo, madre, voy con mis hermanos a charlar un poco.

—Está bien, no los regañes demasiado —dijo la condesa burlándose.

En el patio, Brent y Harold, siempre tan competitivos, medían quién era el mejor disparando.

—¿Quién es el dominante ahora, eh, Brent?

—En esto, eres superior tú, mi buen Harold.

—Nada más lejos de la verdad, hermano.

Acercándose lentamente, Darline pensaba en todo lo que iba a decirles a sus hermanos inconscientes.

—¿Qué creen que hacen, hermanos?

—Pues practicando tiro, ángel, ¿que no ves? —preguntó, burlón, Harold.

—Eso lo sé. Ustedes están locos, espero que no me hagan pasar vergüenza en Londres con su comportamiento. Los adoro, hermanos, pero se están pasando, puedo cuidarme sola.

—Ángel, te lo repetiré por última vez, estaremos detrás tuyo te guste o no, ni te imaginas la cantidad de caballeros no tan caballeros que están ahí, no dejaremos que te dañen. Guarda eso en tu linda y testaruda cabecita —explicó Brent en tono irónico.

—Defenderemos tu honor y el de nuestra familia si fuera necesario, pollito,

jamás estarás sola —indicó, serio, Harold—. Te amamos, hermana, no lo hacemos por capricho, lo hacemos por amor. Eres la luz de nuestras vidas. Eres demasiado valiosa para que cualquier degenerado se te acerque.

—Hermano, eres un primor, sabes que te adoro. Y para darles seguridad a ambos, les aseguro que elegiré un buen candidato y que los tendré en cuenta a ustedes para que me guíen.

De vuelta en casa, Darline sonreía sola pensando en todo el amor que la rodeaba. Ella era una mujer feliz. Aunque sus hermanos se empeñaran en afirmar que era aún una niña, debían entender que estaban equivocados, no podrían tenerla por siempre en una burbuja para que nada le pasara.

## CAPÍTULO 3

Pasaron las dos semanas y fue tiempo de preparar el equipaje para partir rumbo a Londres. Darline observaba el paisaje antes de subir al carruaje que la llevaría a su nueva vida y al que sería su hogar por la temporada. Hacía tiempo que no iba a Londres, y no sabía con qué iba a encontrarse, solo sabía que iba a extrañar mucho la libertad del campo, los tiempos dedicados a sus pensamientos y sus lecturas, sus sueños y anhelos, en ese momento iba hacia un lugar frío, lleno de intereses, con demasiadas reglas para alguien como ella, de espíritu libre, no rebelde.

—Mi niña, su equipaje ya está listo —avisó Lia, la doncella, a Darline.

—Gracias, Lia, avisa para que vayan a buscarlo.

—A la orden. Otra cosa, *milady*, su madre la espera en la salita.

—Ya voy, Lia.

La condesa veía algo en los ojos de Darline y quería saber qué significaba, estaba preocupada.

—Hija, algo te sucede, dime... quizás pueda ayudarte...

—No es nada, madre, solo es que estoy un poco nerviosa por ir a Londres, hace tanto que no voy y tengo miedo de no encajar muy bien.

—Darline, eso no pasará, no tengas miedo, estaremos nosotros para apoyarte, y lo sabes, no hay nada que temer —confortó la condesa intentando transmitirle un poco de seguridad.

Ya en el carruaje, la familia se preparaba para pasar varias horas juntos en ese largo viaje lleno de intimidantes y acontecimientos de los que participarían.

—¿Estás ansiosa, hija? —preguntó su padre con una sonrisa.

—Padre, cómo no estarlo, no sé qué hacer con tantos pensamientos que

invaden mi cabeza. Saber si encajaré y no hacerles pasar vergüenza — respondió Darline con verdadero miedo.

—Tranquila, hija, todo saldrá bien —pronunció el conde con seguridad.

*Londres, 1812*

El marqués de Huntly y su amigo, el duque de Norfolk, iban por las calles de Londres al salir de White's, habían bebido más de la cuenta y aún no querían dejar de gozar de la noche, que estaba en su punto más deseable.

—Alfred, ¿qué tal si vamos al burdel de *madame* Luciene? —preguntó el duque arrastrando las palabras por su estado de ebriedad.

—¿Qué ha dicho, amigo Norfolk? No logro comprender su idioma — respondió el marqués en tono burlón

—Qué más da, te dije que vayamos a lo de *madame* Luciene —expresó intentando parecer serio.

—¡Oh, mi buen amigo, qué excelente idea, me has leído el pensamiento! — exclamó Alfred gritando—. Más diversión y menos preocupaciones. Que matrimonio, que herederos... ¡Olvidémoslo por hoy, Norfolk! Sin presiones.

El marqués era un hombre alto, de metro ochenta de estatura, facciones muy masculinas, ojos verdes y cabello marrón; realmente apetecible, ninguna mujer podía resistirse a su belleza. Su amigo Harry, duque de Norfolk, era igual, casi de la misma estatura y de cabellos castaño claro y unos ojos color miel, muy grandes; también un seductor. Ambos eran unos calaveras muy conocidos en Londres.

Amigos desde la infancia, heredaron sus títulos a la par, cuando sus padres fallecieron en el mismo barco; ellos tenían 10 años y siempre fueron los mejores amigos.

Al salir del burdel de *madame* Luciene, se acomodaron la vestimenta y fueron cada uno a su hogar.

Por la mañana, la marquesa viuda, Helena, ya tenía una sorpresa para su promiscuo hijo, estaba tan preocupada porque su hijo no sentaba cabeza.

—James, ¿ya tienes listo mi pedido? —preguntó *lady* Helena al

mayordomo.

—Desde luego, *milady*, aquí está —respondió el hombre.

—Démelo, gracias James, puede retirarse.

Ella ingresó a la habitación de Alfred y le vació un recipiente de agua fría en la humanidad de su hijo.

—¡Ah, madre, qué demonios le pasa! ¡Mierda! —exclamó, enfadado, Alfred.

—Ese vocabulario no te lo enseñé, Alfred.

—¡Está usted loca, madre, retírese, quiero seguir durmiendo!

—No, hijo, no seguirás durmiendo hasta que me escuches.

—¿Podemos hablar después? Estoy mojado, tengo sueño y estoy muy enojado, madre.

—Alfred de Huntly, ni creas que voy a irme.

—Está bien, madre. Si la escucho, luego se irá, ¿de acuerdo?

—Bien, hijo, te lo diré sin más, me preocupas, no sientas cabeza, tienes veintisiete años, no te has casado, no tienes un heredero. Solo quiero que madures, no puedes andar así, llegando a las 4 de la mañana a tu casa, debes ser más responsable, hijo.

—¿Madre, que no lo entiende? No deseo casarme aún, estoy feliz así, no estoy interesado en ninguna mujer, y por el heredero no se preocupe, algún día lo tendré —aclaró con tranquilidad.

—Alfred, quiero que esta temporada me acompañes a los bailes a buscar una esposa.

—No, madre, ni muerto voy ahí, no dejarían de acosarme las florecitas y sus ambiciosas madres —explicó cambiando el tono de su voz.

—Alfred, hazlo por mí, promete que por lo menos irás y te fijarás en las candidatas para darme un nieto.

—Madre, ¿si le prometo que iré, me dejará en paz?

—¡Claro, hijo! —exclamó la marquesa con una sonrisa en el rostro.

—¡Está bien, iré! Pero no buscaré esposa, seguiré con mi vida como hasta ahora, solo que la haré menos públicamente.

—Por el momento, me conformo, Alfred, puedes continuar durmiendo —dijo la marquesa, y se retiró de la habitación con una gran sonrisa de satisfacción, ya había dado el primer paso para que su hijo viera la luz.

En la habitación, Alfred maldecía su mala fortuna.

—Maldita sea, ¡esto está muy mojado! —gruñó enojado.

\*\*\*

Darline y su familia llegaron a Londres casi al mediodía. Snow House era una mansión de color blanco de tres pisos, tenía un bellissimo jardín adornado con todo tipo de flores. Ella quedó encantada con el jardín, ya se había visualizado leyendo un libro bajo el enorme roble.

—¿Te gusta el jardín, hija? —preguntó su padre.

—Es hermoso, padre, no lo recordaba así.

—Lo modificamos especialmente para tu llegada, además, tenemos más sorpresas para ti.

—¿Es en serio, padre? ¡Quiero verlo todo! —exclamó emocionada.

—Arthur, llevaba el equipaje de Darline a su habitación.

Cuando entraron, el mayordomo dejó el baúl y se retiró, mientras ella quedó impresionada.

—¡*Milady*, qué linda y lujosa habitación! ¡Nunca había visto algo así! —dijo la doncella.

—Yo tampoco, Lia, es... No tengo palabras.

Era una enorme habitación blanca, con una cama con dosel, digna de una princesa, un armario hermoso y varias obras de arte que adornaban todo.

—Lia, ayúdame a cambiarme para tomar una siesta.

—Sí, *milady*, dormiré profundamente aquí.

—Sí, por favor, despiértame para tomar el té con mi madre, puedes retirarte.

—Que descanse bien, *milady*.

Una vez que su doncella se retiró, Darline no tardó mucho en entregarse a tan merecido descanso.



## CAPÍTULO 4

**D**arline tocó la campanilla y llamó a Lia.

—¿Lia, qué pasó? ¿Por qué no me despertaste?

—*Milady*, la condesa me dijo que la dejara dormir, que usted se veía muy cansada.

—Oh, bien, ¿aún estoy a tiempo para la cena?

—Sí, *milady*, a eso vengo. ¿La ayudo a vestirse?

Darline asintió. Después de vestirse, se dirigió rápidamente al comedor y saludó a los presentes.

—Disculpen que llegue a esta hora, me he quedado dormida —pronunció avergonzada.

—No te preocupes, todavía no hemos empezado —comentó la condesa.

—Claro, hermanita, recién comenzaremos a devorar todo —indicó Brent en tono ansioso.

—Cierto, ya tenemos hambre. ¿Arthur, a qué hora servirán la cena? —indagó Harold.

—Ya llega, querido —anunció, sonriendo, la condesa.

Cuando estuvo la cena y todos se sirvieron, Brent y Harold no paraban de hacer bromas y hablar de trivialidades.

—Olvidé contarles que ya tenemos definido el lugar donde se realizará la presentación de Darline y otras jóvenes —comunicó el conde.

—¿Dónde será, padre? —preguntó una ansiosa Darline.

—Será en la mansión de lord Wellington, es un lugar hermoso, muy espacioso.

—Seguro, tendremos más trabajo al vigilar a nuestra hermana —insinuó Harold en tono burlón y jocoso—, tiene un jardín inmenso, especial para

perderse.

—¡Harold! —exclamó la condesa—, creo que eso está de más, mejor hablemos de tu guardarropas, cielo. Iremos mañana a la boutique de la señora Polett.

—¿La señora Polett, madre? ¡Es la modista más exclusiva de Londres!

—Sí, y nos ha aceptado como sus clientas.

—Padre, ¿es correcto? ¿No será demasiado dinero invertido en dos guardarropas nuevos? —preguntó, preocupada, Darline.

—Darline, créeme, podemos permitirnoslo, no arriesgamos nuestra economía por eso —respondió su padre.

—Gracias, padre, es usted tan generoso con nosotras.

—No es generosidad, es amor por ustedes.

—¡Bueno, basta de cursilerías!, las mujeres solo sirven para gastar el dinero del marido —dijo Harold divertido

—Padre, nosotros nos retiramos, tenemos cosas que hacer. Buenas noches a todos —dijo Brent, despidiéndose al igual que Harold; ambos tenían actividades en White's y, luego, pasarían a darse algunos placeres en algún burdel.

A la mañana siguiente, Darline se preparó para salir con su madre a la boutique de la señora Polett.

—Buen día, madre, estoy lista.

—Buen día, cariño, también yo. Le pedí a Arthur que prepare el carruaje para salir.

—Sí, madre, estoy ansiosa.

Darline miraba emocionada las calles de Londres, quería salir a pasear con su familia.

—Madre, ¿cuándo podríamos salir a pasear por el parque? Es un lugar hermoso.

—Pronto, mi niña, pronto.

Llegaron a la boutique y, cuando entraron, vieron a una bella joven que se les acercó rápidamente.

—Buen día, soy *lady* Mariane Middlethope, ¿y tú eres? —preguntó con

curiosidad.

—Soy *lady* Darline de Derby, ella es mi madre, *lady* Adele, condesa de Derby.

—Un placer conocerlas, ¿su primera temporada, *lady* Darline?

—Llámeme Darline. Sí, es mi primera temporada, ¿y la suya?

—Voy por la segunda. Puedo ayudarte en algunas cosas para que no estés tan nerviosa, se cómo se siente ser una debutante.

—¡Oh, eso sería maravilloso, Mariane!

Mariane era una bella joven de cabellos rubios y ojos verdes, y con un bonito cuerpo; la típica chica inglesa, pero con un toque de viveza. A Darline le cayó bien al instante.

Juntas estaban eligiendo telas, listones, encajes y otros accesorios complementarios.

—*Lady* Mariane, ¿a usted le gustaría pasar esta tarde a tomar el té en nuestra casa? Darline necesita una amiga, usted es tan amable y ya se lleva bien con ella que me encantaría que fueran buenas amigas.

—*Milady*, para mí es un gran honor aceptar la invitación, llevaré a mi madre conmigo para que ustedes también puedan charlar.

—¡Oh, sería un placer!

En ese momento, se abrieron las puertas e ingresó una mujer de arrebatadora belleza, curvas que llevaban a la locura, ojos azules y cabellos rubios, junto a su doncella.

—Ahora sí se ha ido lo bueno del día —expresó Mariane.

—¿Por qué lo dices? ¿Quién es ella? —preguntó Darline.

—Es *lady* Isabelle Spencer, hija del conde de Spencer. Es una descarada, parece una vulgar mujer de mala vida.

—No deberías expresarte así de ella, aunque realmente su vestimenta da para pensar —dijo Darline sin querer.

—Ella ha recibido muchas proposiciones, pero las ha rechazado todas, pues solo está interesada en alguien.

—¿En quién?

—En el Marqués de Huntly, es un caballero de lo más bello, no hay quienes puedan resistirse a su encanto, solo que no participa de los bailes.

—¿Y qué tiene de especial el marqués para que solo lo quiera a él?

—Cuando lo veas, lo sabrás. ¡Oh, no, ahí se acerca ella!

*Lady* Isabelle iba a presentarse ante las nuevas mujeres en la tienda y vio a su víctima favorita: *lady* Mariane.

—Miren a quién tenemos aquí. Pero si es la patética y fracasada de *lady* Middlethope. ¿Y quién es el próximo fracaso de la temporada que está contigo? —preguntó mirando a Darline con desprecio.

—Buen día, *lady* Isabelle. Ella es *lady* Darline de Derby, será la sensación de la temporada, usted está muy usada. *Lady* Darline, con su gracia y belleza, la hará ver a usted como lo que es, una vulgar mujer de burdel, *milady*. Al lado de ella, usted es basura.

—¿Cómo te atreves? Espero que este año te vaya mejor que en el anterior y que tus vestidos no sean tan funestos, querida —dijo, venenosa, Isabelle.

—Claro que no lo serán. No espero verme como una mujer de poca clase como usted.

—Eres una... —Isabelle no terminó la frase y salió enojada de la boutique.

—Madre, no entiendo lo que paso aquí, ¿puede usted explicarme? —preguntó, curiosa, Darline.

—Esa niña es una maleducada, solo eso, cariño.

Después que Isabelle se fuera, continuaron en la tienda charlando mientras las medían y encargaban variadas prendas.

—Mariane, nosotras ya nos vamos. Te esperamos esta tarde para el té, no lo olvides.

—¡Claro, condesa! Ahí estaremos. Adiós, Darline.

—Adiós —dijeron ambas al unísono.

—Vamos, hija, que debemos llegar a casa y tener todo listo para recibir a *lady* Mariane y su madre. Estoy tan contenta de que hayas hecho una amiga.

—También yo, madre. Creo que seremos las mejores amigas.

## CAPÍTULO 5

En casa de Darline, Mariane y ella fueron a charlar al jardín.

—Mariane, ¿por qué *lady* Isabelle te dijo que eras un fracaso?

—Es una mujer venenosa, Darline, no debes descuidarte. Dijo eso para meter el dedo en la llaga. El año pasado no tuve ninguna propuesta de matrimonio, solo es eso —explicó una triste Mariane.

—Este año te irá mejor, iremos juntas y tú me ayudarás a superar mis miedos, y ya ves que tengo muchos —la confortó, divertida, Darline.

—Eres muy bella, estoy prácticamente segura de que este es tu año, no creo que vayas a una segunda temporada.

—Mariane, no me casaré si no estoy enamorada, eso ya lo hablé con mi padre —alegó haciendo una pausa—. Bien, vayamos adentro, con nuestras madres.

La condesa y la vizcondesa *lady* Anette estaban charlando animadamente cuando Harold entró a la salita.

—Buenas tardes, madre.

—Buenas tardes, hijo, tenemos visitas. Te la presentaré, ella es la vizcondesa de Middlethope, *lady* Anette. Vino a tomar el té con su hija, que es amiga de Darline.

—Es un gusto conocerla, *milady*, mi nombre es Harold, soy el segundo hijo del conde —saludó amablemente.

—El placer es mío, milord —manifestó Anette.

La vizcondesa había quedado impactada por la belleza de Harold y quería presentárselo a Mariane, « ¡pero dónde se ha metido esa niña! ».

—¡Oh, ahí vienen Mariane y Darline! —exclamó la condesa como si hubiera leído la mente de la vizcondesa; ella también quería presentársela a

Harold, quería que sus hijos sentaran cabeza con una muchacha de buena familia, y Mariane, además de ser muy hermosa e inteligente, era ideal.

Mariane entró y, al verlo, quedó sin aire; era el hombre más guapo que había visto en su vida, ojos grises profundos, un cuerpo atlético. «¿Qué estoy pensando?», se preguntó Mariane internamente, «es demasiado para mí, ¡concéntrate y no te desmayes!», se dijo dándose valor.

Harold se fijó en la hermosa mujer que acompañaba a Darline, era una preciosa ninfa, delicada, de labios rosados y grandes, ojos verdes. Pensó que era una palomita aún, típica joven casadera con poco cerebro, pero cómo le gustaba, quería besar esos labios, imaginando todo lo que haría con ella.

Las jóvenes se acercaron.

—Buenas tardes, hermano, te presento a *lady* Mariane Middlethope, hija de la vizcondesa —dijo Darline.

Harold besó la mano enguantada de Mariane.

—Es un verdadero placer, *lady* Mariane. Soy Harold, hermano de Darline —exteriorizó con voz sensual.

—Es un placer, milord —balbuceó Mariane, temblando por las sensaciones que había experimentado al recibir ese beso en la mano, solo pensaba en que debería calmarse, parecía nunca haber visto un hombre como ese; en realidad, no había visto ninguno tan guapo como Harold.

—Milord —intervino *lady* Anette—, ¿usted asistirá a los bailes esta temporada?

—*Milady*, tengo muchas buenas razones para acudir —se refirió Harold mirando a Mariane que había cambiado el color de su rostro.

La condesa decidió desviar el tema al notar el interés de Harold por Mariane, sus intenciones eran tan evidentes que debía hacerlo.

—¿Harold, y tu hermano? —preguntó la condesa.

—Cierto, Harold, ¿dónde está Brent? Ustedes son como siameses, es raro que no estés con él —señaló Darline, notando el rojo vergüenza que subía al rostro de su hermano.

—Madre, hermana... Soy completamente independiente de mi querido hermano Brent, él se halla con amigos en White's. Me sentí cansado, razón por la cual me encuentro en compañía de tan agradables damas compartiendo el té —se justificó aún con la cara roja.

\*\*\*

En White's, Brent se reunió con un amigo de Eton.

—¡Amigo! ¿Cómo has estado? ¿O mejor debería llamarte su excelencia? —preguntó Brent con humor.

—Llámame como quieras —respondió Alen, el nuevo duque de Malborough.

Alen era un hombre realmente apetecible, ninguna mujer podía resistirse a su atractivo, ojos azules y cabellos rubios; con su metro ochenta y cinco de altura, era una visión celestial, un ángel de facciones perfectas. Hijo del duque de Rutland, había adquirido el título de duque de Malborough a través de un tío que había muerto hacía poco.

—Recibí tu carta, amigo. ¿Cómo van las cosas con tu padre? —preguntó Brent.

—Mal, como siempre. Ahora que soy duque, me iré de la casa de mi padre para vivir en Escocia un buen tiempo; todo el ducado de Malborough es bastante tedioso. Vine a Londres por eso, para ver qué había heredado, y quede anonadado, es una mina de oro, me absorberá todo el tiempo que tenga. El ducado que heredaré tiene grandes extensiones de tierra en Inglaterra, Escocia e Irlanda.

—Qué bien por ti, amigo. ¿Cuándo partes a Escocia?

—Cuando inicie la temporada, ya sabes, me escapo de las jóvenes casaderas y sus ambiciosas madres.

—Feliz de ti, amigo, esta temporada debuta mi querida hermana Darline y me convertiré en su niñera. Esto me costará bastante, pero lo haré por ella.

—Tu hermana debe ser muy hermosa para que te comportes así.

—¡Si la vieras! Mejor no, o acabaría nuestra amistad. Es tan bella, con una dulzura sin igual, no perdonaría jamás que alguien jugara con sus sentimientos, lo mataría sin dudarlo un segundo.

—¡Calma, amigo! No tendré tiempo para conocerla.

—Mejor, así me sacas un peso de encima, no quisiera tener que lidiar contigo también para cuidar a mi hermana. Harold y yo tendremos mucha carga con el montón de calaveras que se le acercarán.

—Cuídate mucho, amigo, que las casaderas están hambrientas de hombres

como tú y Harold, no creo que vayas a salir ileso esta temporada —se burló, divertido, Alen.

—¡Ya cállate! —dijo Brent a carcajadas—. Solo te salvas porque te vas, de lo contrario, serías perseguido también.

—Simplemente soy afortunado, continuaré con mis andanzas, mientras que tú y el pequeño Harold hacen de niñeras —continuó Alen burlándose.

\*\*\*

Darline se encontraba en su bañera relajándose un poco. Al terminar su baño, la doncella la ayudó a vestirse.

—Venga, *milady*, la peinaré.

—Gracias, Lia, ¿sabes? Tengo tantas cosas en mi cabeza, el miedo se está haciendo presente en mí, estoy cada vez más ansiosa.

—No tiene que temer, *milady*, usted es demasiado bella, no tendrá rival igual. Nunca he visto mujer más preciosa y dulce que usted.

—No seas adúladora, Lia, te pareces a mis hermanos, alimentas mi ego —dijo Darline, y rieron con soltura.



## CAPÍTULO 6

El día de Darline empezaba muy temprano en Londres. Se despertó con ganas de ir al jardín para leer, se colocó bajo el gran roble y abrió su libro, un libro que, según ella misma, le llenaría la cabeza de ideas románticas y muchas veces ridículas en una sociedad donde las apariencias y los matrimonios arreglados estaban a la orden del día. Quería el verdadero amor, donde dieran todo el uno por el otro. «¡Qué sueño!», se dijo pensando en que quizás no lo encontrara, pero debía ser optimista y creer que existía alguien para ella.

\*\*\*

—Buen día, madre —dijo Alfred.

—Buen día, hijo, ¿desayunas conmigo?

—Claro, madre —respondió el marqués y sentó para desayunar y leer el diario.

—¿Alfred, qué harás hoy?

—Lo de siempre, madre. Por la mañana, negocios; por la tarde estaré con mi amigo Norfolk, según usted, un rufián.

—¿Cuándo sentarás cabeza, Alfred?

—¿De nuevo con eso, madre? No estropee mi desayuno, se lo suplico.

—Hijo, ¿es mucho lo que te pido? Ya estoy vieja y nadie sabe cuándo partirá, no quiero morir aún sin verte establecido con una familia que ames.

—Madre, usted no necesita esas bajezas para chantajearme, está exagerando esta situación.

—Solo quiero un nieto antes de morir, Alfred.  
—Madre, no quiero casarme aún, no hay nadie que me interese.  
—Para que alguien te interese, debes ir a un baile.  
—¿A dónde quiere llegar, madre? ¿Qué quiere de mí? —preguntó exasperado.  
—Sabes lo que quiero, ¿podrías por lo menos esta mañana dedicársela a tu madre?  
—¿Me dejará desayunar tranquilo?  
—Claro, hijo, solo quiero que me acompañes a la modista, soy una señora de edad y me canso. Además, quiero pasar tiempo contigo.  
—¡Madre, esto es ridículo! ¿Qué haría yo en la modista? ¿Probarme un vestido acaso? —preguntó sarcástico.  
—Solo pasar un tiempo conmigo, acompáñame.  
—Está bien, lo haré —se rindió al fin.  
—Gracias, Alfred, por ser tan dedicado a tu familia —dijo, con burla, su madre.  
El marqués sólo continuó desayunando, enojado, ¿qué día le esperaba!

\*\*\*

En la modista, solo se encontraba *lady* Isabelle, muy provocativa como siempre, eligiendo telas para sus vestidos de temporada. El día anterior, no había podido, pues se batió en retirada por la manera en que le había contestado *lady* Middlethope.

—Señora Polett, con estos vestidos quiero impactar, se dice que el marqués de Huntly asistirá a los bailes porque está buscando esposa, y le aseguro que yo lo seré, cueste lo que cueste —dijo *lady* Isabelle.

En ese momento, entraron al local el marqués y su madre. Alfred enseguida se fijó en la atractiva mujer que, con sus caderas, lo invitaba lujuriosamente. Ataviada con un vestido granate muy escotado, no parecía ser una dama que fuera aún una tierna paloma, sino, por el contrario, podría parecer salida de algún burdel de alto nivel.

—Buen día, señora Polett. ¿Y usted es? —preguntó, amable, la marquesa

refiriéndose a Isabelle.

—Ella es *lady* Isabelle Spencer —presentó la señora Polett.

—Un placer conocerla, *lady* Isabelle, él es mi hijo, el marqués de Huntly.

—Un placer conocerlos —alegó *lady* Isabelle, falsamente humilde, mirando a Alfred.

—Hijo, voy con la señora Polett a probarme unos vestidos, regreso en un rato —dijo la marquesa y se fue.

El marqués quedó en compañía de *lady* Isabelle y su doncella, a la que ella despidió casi enseguida.

Coquetamente se acercó Isabelle al Marqués.

—Señoría, ¿serán ciertos los rumores que corren sobre usted?

—¿A cuáles se refiere, *milady*?

—Que usted asistirá a los bailes porque está buscando esposa.

—Son medias verdades, Isabelle, ¿puedo tutearla?

—Por supuesto, si yo también puedo tutearlo, Alfred. —Sonrió con coquetería.

—Iré a los bailes, pero no para buscar esposa, sino solo para complacer a mi madre. No está en mis planes a corto plazo casarme aún, no busco un matrimonio, solo quiero divertirme. Usted conoce mi reputación, supongo.

—Claro que sí, es usted uno de los peores calaveras —aseguró ella fingiendo horror, y continuó—: Pero si encuentra una mujer que le brinde todos los placeres de la vida, ¿se casaría con ella?

Ella se acercó al marqués aún más, recorriendo con su dedo índice el pecho de Alfred.

—No quiero casarme, solo busco una aventura —aclaró Alfred acariciando el escote de Isabelle.

—¿Está usted insinuando que tenga una aventura con usted?

Ella lo miró con deseo y comenzó a besarlo apasionada y lujuriosamente, a lo que el marqués respondió de la misma forma. Con rapidez, se fijaron si no había nadie y fueron a uno de los probadores y se encerraron. El marqués ya comenzaba a no arrepentirse de haber acompañado a su madre a ese lugar.

Dentro, el marqués confirmó que la *finá dama* era una libertina, y eso le gustó mucho más después de la pequeña sesión que ella le dio de lo que sabía hacer.

Rápidamente se colocaron correctamente las prendas y salieron como si nada hubiera pasado.

—Creo que, con lo que ocurrió, puedo dar por sentado que aceptó —afirmó el marqués.

—Aún no es un sí definitivo, pero eso lo veremos después. Bueno, señoría, debo retirarme, ya terminé con lo que me trajo aquí. ¿Nos veremos en el baile de lady Wellington?

—Claro, resérveme un vals.

—Así lo haré, Alfred. Hasta luego —se despidió ella y salió de la tienda. Se conformaba por el momento con ser la amante del marqués, pero ella quería más, tenía la frase «serás mío, Alfred, y yo seré tu marquesa» en el pensamiento.

Al regresar Alfred y su madre a la residencia, él no puede ocultar su animosidad con respecto a la dama que había conocido en la modista.

—¿Cuando vuelve a invitarme a la modista nuevamente, madre?

—¿Lo dices por *lady* Isabelle? Es muy bella, pero no es una mujer para ti. Por su forma de vestir, ya pudiste haberte dado cuenta el porqué.

—Madre, no está en mis planes a corto plazo casarme aún, y menos pienso en convertir a esa mujer en mi esposa. Debo buscar una insulsa niña virgen, y por el heredero, ya le dije que no se preocupe, algún día lo tendré.

—Alfred, ¿qué haré contigo? Vas a matarme.

Alfred estaba contento por lo sucedido, pero se dijo que no duraría demasiado porque el terminaba aburriéndose fácilmente de las damas como Isabelle.

Durante las siguientes casi dos semanas, siguieron encontrándose, pero el marqués ya estaba cansándose de ella, era demasiado fácil. Además, no quería que nadie lo viera con ella, pues daría que hablar, pues se creía que ella seguía siendo virgen, y no quería terminar obligado a casarse con ella por una estupidez. Había planeado romper con la mujer en el baile de *lady* Wellington.

## CAPÍTULO 7

Los días en Snow House pasaban lentamente para Darline. Aunque tan solo faltaban dos días para su presentación, ya los nervios la habían ido consumiendo. A pesar de su carácter dulce y positivo de siempre, se sentía bastante irritada. En todos esos días que habían pasado, ella no hacía más que leer, ir a tomar el té con Mariane y conocer otras agradables doncellas, agradeciendo al cielo no encontrarse nuevamente con la desagradable *lady* Isabelle; sentía que esa mujer turbaba terriblemente su frágil corazón.

—Madre, ¿quiere salir a cabalgar esta mañana conmigo? —preguntó Darline.

—Excúsame, hija, esta mañana amanecí un poco indispuesta.

—Entiendo, madre, hablaré con uno de mis hermanos para que me acompañen a pasear por Hyde Park.

Entonces lo pensó mejor, no necesitaba compañía, iría sola.

Paseando en su caballo, seguía reflexionando sobre todo lo que le habían comentado sobre cómo debía comportarse el día su presentación, sus hermanos le habían ayudado a recordar cómo realizar los bailes, a los cuales les tenía pánico.

«¡Oh, por Dios!, qué difícil es encontrar marido, y todavía no he comenzado», se preocupaba. «Vamos, Darline, no te acobardes, no te asustes», se daba fuerzas. Iría a casa de Mariane, ella la ayudaría con sus miedos.

El tan ansiado día había llegado. Para prepararse, pasó lo que Darline calificaba como un ritual, pero que, según la condesa, debía hacer *toda dama*

*en edad casadera.*

—Madre, ¿es necesario todo esto? —preguntó Darline mirando y señalando las esencias, esponjas, piedras y otras cosas que no alcanzaba a saber qué eran.

—Mi cielo, si quieres ser la sensación de la temporada, mejor haces lo que te digo —dijo la condesa— ¡Lia, Lia, niña, ¿dónde vas con esas cosas?! ¡Ven aquí y encárgate de Darline! ¡Ella es lo primordial! Ve y prepara su baño, coloca su ropa, oh, sí, hija, ¿cuál de tus vestidos has escogido?

—El azul cielo, madre, me parece que es el indicado para esta noche.

—¡Qué gran elección, cariño! Lia, ve por el vestido, prepara los accesorios y listones, ¡vamos, vamos, muévete, Lia!

—Pero, *milady*, ¿acaso no es muy temprano? —preguntó, ingenua, Lia.

—Lia, has lo que te ha pedido madre, ella tuvo su presentación y sabe lo que dice, ve... —ordenó Darline mirando a su madre que estaba, al parecer, más ansiosa que ella.

—Madre, tiene que calmarse, me está transmitiendo los nervios, y eso que ya estoy nerviosa por demás. Tengo tanto miedo, no quiero fallar, no quiero poner en vergüenza a la familia por mi torpeza y... ¡Oh, por Dios, madre! —decía Darline mientras empezaban a temblarle los labios por las ganas inmensas que tenía de llorar.

—Hija, hija, no te pongas mal, todo saldrá perfecto y estoy segura de que de ninguna forma nos sentiremos avergonzados de ti. Calma, mi ángel, yo estaré para ti en todo momento.

—Madre, no sé qué haría sin usted; mi padre la eligió correctamente para ser su esposa. Sabe cuánto la amo, ¿verdad, madre?

—Claro, cielo, lo sé, al igual que tú sabes que eres mi hija. No importa quién te haya parido, soy tu madre y, como tal, te amo y te apoyo.

Ambas estaban sensibles, por lo que lloraron juntas un buen rato hasta que volvió la doncella para avisar que el baño de Darline estaba listo.

—*Milady*, su baño está listo, sígame, por favor —indicó la doncella.

—Gracias. Madre, voy a tomar mi baño, espéreme para que pueda ayudarme a estar lista.

En la bañera, la doncella echaba todo tipo de esencias, todas muy deliciosas, y Darline comenzaba a relajarse con tantos aromas. Se metió al

agua tibia y fue como si nada existiera en el mundo, nada que le impidiera disfrutar de ese momento. Cuando el agua se fue enfriando, la doncella se acercó a Darline.

—*Milady*, ya es momento de que salga, vayamos a prepararla.

—Está bien, Lia.

La doncella la secaba lentamente y contemplaba la esbelta figura de su ama, era realmente una belleza.

En la habitación, la esperaba la condesa muy ansiosa por arreglarla con todo lo que habían comprado.

\*\*\*

—Norfolk, vas a acompañarme te guste o no, eres mi amigo —dijo el marqués.

—¿Te estás oyendo acaso? Irás a un baile, ¡por el amor de Dios, a un baile! Y, para colmo de males, quieres arrastrarme a ese nido de víboras. Estás demente, Huntly —acusó Harry con tono enloquecido.

—Por favor, acompáñame, no quiero ir solo con mi madre. Además, te presentaré a *lady* Isabelle.

—¡Oh, sí!, tu nueva joya. ¿Cuánto tiempo llevas relacionándote con ella, eh?

—Ya casi dos semanas. Es una mujer ardiente, pero no estoy interesado en nada más con ella. De hecho, ya me estoy cansado, jamás la convertiría en mi esposa, sería un desgraciado cornudo.

—Cuídate de esa piraña, que seguro de que anda tras tu título, mi buen amigo.

—Bueno, en fin, ¿qué has decidido? ¿Me acompañarás con madre?

—No, no y no, ese ambiente no es para mí. Primero, muerto.

\*\*\*

—¿Puedo pasar, Darline? —preguntó el conde.

—Claro, padre, pase —contestó Darline.

—Hija, te traigo un presente para que lo uses en el baile. Toma, ábrelo.

—¿Qué es, padre?

—Ve por ti misma.

Darline abrió el estuche negro y quedó pasmada, dentro estaban dispuestos una fina gargantilla de zafiros y diamantes, unos aretes y una pulsera de las mismas piedras, y sintió que no merecía un regalo tan ostentoso.

—Padre, he quedado sin palabras, pero no puedo aceptarlas, son demasiado valiosas, no lo merezco.

—Hija querida, te mereces mucho más que esto, tú tienes un valor inalcanzable.

Viendo el rostro feliz de su padre, decidió aceptarlo.

—Padre, las portaré con orgullo. Ahora, continuaré preparándome para bajar junto a ustedes en un momento más.

—Está bien, te esperamos abajo.

—¡Oh, *milady*, se ve usted como un verdadero ángel! ¡He quedado sin palabras!

—Gracias, Lia, la señora Polett tiene un gran talento. Voy a bajar, ya deben estar esperándome.

En las escaleras la esperaban sus hermanos y sus padres, todos quedaron sin habla al verla bajar por las escaleras, sin dudas sería la criatura más hermosa de la temporada.

—¡Cariño, estás deslumbrante! —exclamó el conde apresurado, para recibir a Darline.

—Definitivamente, nadie te merecería, hermana. Eres la más bella de las mujeres que he visto, y que conste que he visto muchas —halagó Brent.

—Padre, no creo que debamos presentarla, nadie estaría a su altura —expuso, seriamente, Harold.

—Hermanos, estaré bien. Los tengo a ustedes para apoyarme, no me falta nada más —*dijo* Darline—. ¿Nos vamos? O se nos hará tarde.



## CAPÍTULO 8

Ya en el carruaje, se dirigían al baile de lady Wellington. Darline estaba preciosa, y sus hermanos no podían creer que se veía más hermosa que nunca.

—Darline, estás... No tengo palabras, solo sé que no te dejaremos en ningún momento sola —avisó Brent.

—No te separes de nosotros en toda la noche, vigilaremos tu carnet de baile —ordenó Harold—, y hablo en serio, hermana, no podemos dejar que cualquiera te toque, menos en los vals, y es un hecho que tienes tres bailes reservados.

—Tengo hermanos tan exigentes —susurró Darline riendo nerviosa—. Tengo que agradecerles que despejen un poco mi mente, gracias, los quiero tanto.

—Hija —dijo el conde—, nunca dudes de que estaremos contigo. Entra con confianza.

—Así lo haré, padre —repuso, temblando, Darline.

Llegaron a la mansión de lord y lady Wellington. La fila de carruajes era inmensa; estaban diez minutos tarde.

—Hermana, vamos —estableció Brent ayudando a Darline para bajar del carruaje.

—Allá vamos —sentenció decidida.

El padre se acercó al hombre que realizaba las presentaciones y le pidió que los anunciase.

Todos los observaron, mejor dicho, la observaron. Los caballeros estaban sin palabras y algunas mujeres la miraban con admiración y otras, con envidia y desprecio. La belleza de Darline era tal con ese vestido azul cielo,

esas joyas, ese cabello único, que nada tenía que ver con el rubio tradicional y esos ojos profundos y joviales. Los anfitriones se acercaron a los Derby y les dieron la bienvenida.

—¡Bienvenidos, es un placer tenerlos aquí! —exclamó *lady* Wellington.

—Es un honor estar aquí esta noche, *milady*, ya que presentaremos a nuestra hermosa Darline —expresó el conde.

—¡Oh, claro, milord! Es más que hermosa, ya ha causado sensación con solo entrar. Este baile ya es un éxito con todo esto. Su hija es una belleza, además, sé que sus dos hijos, milord, son unos jóvenes muy galantes. Aparte, tenemos a otros dos, el marqués de Huntly y el duque de Norfolk, nunca se aparecen por ningún baile; probablemente, hayan decidido buscar esposa. ¡Este baile es un éxito! —exclamó, emocionada, la mujer.

—Muy interesante —comentó la condesa en tono desinteresado.

Pasaron al centro del salón y los hermanos de Darline ya se estaban poniendo nerviosos. Todos sus temores se estaban haciendo realidad: nobles de todas las reputaciones se acercaban a llenar el carnet de Darline y, al estar ellos con ella, filtraban a los peores, pues ningún calavera se le acercaría.

Darline ya estaba muy cansada de tantos caballeros y quería buscar a Mariane, registró varios lugares con la vista y la vio.

—Señores, me retiro, tengo que hablar con una amiga. Hasta luego —se excusó, amable, Darline y se despidió de los hombres que la rodeaban.

—¡Mariane! —exclamó Darline, acercándose a ella, y le dio un gran abrazo.

—¡Darline, estás hecha una princesa! —opinó Mariane admirando a su amiga.

—No sé cómo pude dejarme convencer por ti, ahora nos miran como si fuésemos filetes, Huntly —repuso, enojado, Harry mirando a todas partes.

—Eres mi mejor amigo, gracias por ayudarme esta noche. Siempre juntos; yo caí en desgracia y tú me sigues, Norfolk —indicó, divertido, Alfred—. Bueno, debemos de buscar a *lady* Isabelle para presentártela; además, le debo un vals.

Los primeros acordes sonaron. Alfred localizó a Isabelle y se acercó a ella.

—Buenas noches, *milady*, ¿me concede esta pieza?

—Será un placer, señoría —contestó, y juntos fueron a la pista.

—¿Me harías el honor de otorgarme tu primer vals? —preguntó el conde a Darline.

—Claro, milord —aceptó Darline emocionada.

El vals comenzaba a sonar y las parejas se encontraban en la pista bailando y charlando un poco.

Alfred danzaba aquella pieza de manera soberbia; ese era el momento de que le dijera que su aventura había llegado a su fin, no más *lady* Spencer.

—¿En qué piensa, señoría? —preguntó Isabelle.

—En que debo decirle algo, *milady* —dijo Alfred mientras miraba alrededor y vio al ángel más hermoso que jamás hubiera visto. Cabello negro, rostro inocente, belleza única y unos profundos ojos grises; era celestial. Él la miró insistentemente, como llamándola, y entonces ella también lo vio, y se sintió perdido, debía saber quién era ella, esa mujer deslumbrante y angelical.

Darline hizo contacto visual con aquel hombre y sintió que iba a desmayarse, era un hombre completamente bello, alto, de ojos verdes, ¡por Dios!, su corazón latía de manera acelerada.

—Hija, ¿estás bien? —preguntó el conde observando el rostro de su Darline.

—Sí, padre, solo estoy emocionada —respondió, nerviosa, Darline.

—¿Qué quiere decirme, milord? —preguntó, inocente, Isabelle.

Era más que necesario quedar libre de esta mujer para buscar a la criatura celestial que había visto.

—*Milady*, creo que nuestra aventura llegó a su fin —contestó con serenidad.

El adorable rostro de Isabelle se descompuso.

—¿Por qué, señoría? ¿Acaso no la estábamos pasando bien?

—*Milady*, ya no quiero jugar este juego, conoce mi reputación. ¿Qué

esperaba usted? ¿Matrimonio? Le dije que eso no pasaría.

El vals terminó e hicieron la inclinación correspondiente.

—Se va a arrepentir, señoría, esta humillación me la pagará —dijo con resentimiento.

—También fue un placer haberla conocido —comentó, irónico, Alfred.

Isabelle se retiró furiosa y dolida en su orgullo, jurando vengarse del marqués de Huntly.

Alfred ahora estaba concentrado en el ángel que había visto, la buscaba con la vista y la encontró; en ese momento, Harry se le acercó.

—¿Lo hiciste? *Lady* Isabelle tenía muy mala cara amigo.

—Sí, ya terminé con eso.

—Cuidado con ella, no estaba nada contenta, ve con pinzas en lo referente a esa mujer.

—No me importa lo que haga, se terminó y ya... —dijo Alfred sin saber que Isabelle no creía lo mismo.

—Cambiando de tema, ¿has visto a la hija del conde de Derby?

—¿Quién es y qué tiene de especial?

—Cuando la veas lo sabrás, será la protagonista de la temporada, solo que...

—¿Solo que qué?

—Tiene dos perros guardianes, los caballeros no pueden acercarse a ella, no la dejan sola un minuto.

—Muéstrame dónde está —dijo Alfred mirando por todo el salón.

Harry la señaló.

—¡No puede ser! Es la joven que se había robado mi atención cuando bailaba con *lady* Isabelle, fue la razón más grande para terminar con urgencia.

—Alfred, esa niña no es para ti ni para mí y lo sabes.

—Lo malo es que está con esos dos, yo los conozco, son calaveras como nosotros.

—Sí, también los he visto por los lugares que frecuentamos, no nos dejarán acercarnos ni locos.

—¿Sabes cómo se llama la joven?

—Sí, es *lady* Darline Lowel. Hasta su nombre es dulce, ¿no lo crees?

—Si es tan dulce, me encantaría probarla —insinuó Alfred, y pensó en

arriesgarse —¿Qué tal si probamos suerte, amigo?

—Tú te enfrentarás, yo solo te daré valor —sonrió Harry divertido.

Alfred y Harry se acercaban lentamente, Darline los vio y se puso nerviosa, su pulso cambió, ¿qué le hacía ese hombre?

—Brent —llamó Harold mirando hacia Alfred y Harry—, mira quiénes vienen para acá.

—¿Qué demonios! ¿No estarán pensando en venir a presentarse aquí? —exclamó, preocupado, Brent. .

—Si se acercan a Darline, son hombres muertos —espetó Harold pensando en cómo deshacerse de esos calaveras.

## CAPÍTULO 9

—**B**uenas noches —saludó Alfred.

—Ya no tienen nada de buenas —alegó Harold a la defensiva.

Darline miraba la escena con asombro, su hermano realmente estaba como un perro rabioso.

—Déjalos presentarse, Harold —intervino Darline.

—No te pierdes de nada, hermana, al no presentarse estos caballeros —añadió Brent en tono despectivo.

—¿Por qué no deja que la dama lo juzgue? —preguntó Harry.

—Pues bien, preséntense entonces —pidió Darline emocionada por la mirada que el marqués le lanzaba.

—*Milady*, soy Alfred Bellamy, marqués de Huntly, y él es Harry Teasdale, duque de Norfolk, a su servicio —se lució el marqués depositando un beso largo en su mano.

Darline se sintió caer en un abismo, «¡que caballero tan intimidante!».

—Un placer, señoría —contestó Darline—. Yo soy *lady*...

—Ella es *lady* Darline de Derby, nuestra hermana, y ustedes no son bienvenidos cerca de ella —interrumpió Harold.

Darline estaba enrojecida por la vergüenza que le hacían pasar sus hermanos.

—¡Harold!, deja que yo decida quién puede acercarse a mí, has sido un mal educado.

—*Lady* Darline... —pronunció Alfred cuando los interrumpió Brent.

—Para ti, *lady* Derby, ¿comprende, Huntly? ¿Qué quiere usted con mi hermana?

—Milord, cálmese, solo vengo a solicitar un baile con su bella hermana,

puede observarnos sin problemas.

Brent montó en cólera.

—¿Que quiere bailar con mi hermana? ¡Ja! Sobre nuestros cadáveres usted tocará a nuestra hermana.

En eso, se acercó el conde observando la escena.

—¿Qué está pasando, Brent? ¿Qué es este escándalo que están montando aquí? —preguntó enfadado.

—Padre, pasa que este sinvergüenza —ladró Harold señalando a Alfred—, quiere bailar con nuestra hermana.

—¿Deseas bailar con este caballero, Darline? —preguntó su padre dirigiéndose a ella.

—Sí, padre, lo compensaré por el valor que tuvo de enfrentarse a mis hermanos cavernícolas.

—¡Padre! —balbuceó, desesperado, Brent—, usted no puede permitir que nuestra hermana se exponga con este mujeriego.

—¡Ya basta, Brent! Conozco la reputación del caballero, pero no está pidiendo nada indebido, es solo un baile, y si tu hermana le dijo que bailaría con él, lo hará, y usted, marqués, no se pase de listo —advirtió el conde a Alfred.

—¡Claro, milord! —aceptó el Marqués completando el carnet de Darline—. Me despido, *milady*. Después de la cena nos vemos en la pista —diciendo aquello, dejó un beso nuevamente en la enguantada mano de Darline.

—Hasta pronto, señoría —se despidió Darline sonrojada, con el corazón en la mano.

Harold ya estaba tramando un plan para vigilar a Huntly desde lo más cerca que pudiera.

—Buenas noches, *lady* Mariane —saludó Harold besando su mano.

—¡Lord Harold! —exclamó, sobresaltada, Mariane.

—Mariane, ¿me concedería una pieza luego de la cena? —preguntó con una arrebatadora sonrisa al estilo Lowel.

—¡Por supuesto, milord! —asintió, emocionada, Mariane.

Harold se retiró feliz al matar dos pájaros de un tiro: estar con su bella ninfa y cuidar a su preciosa hermana.

Durante la cena, Mariane y Darline se sentaron juntas ante la atenta mirada

del marqués que no le quitaba los ojos de encima.

—¡Darline!, el marqués de Huntly no te deja de observar —aseveró Mariane excitada.

—Es que acepté un baile con él después de la cena, mis hermanos se comportaron muy mal con él, fueron por demás unos animales.

—¿Solo por su valentía? Recuerdo tu pregunta el día que estábamos en la modista: «¿y qué tiene de especial?». —Rio Mariane—. Otra cosa, tu hermano Harold me pidió un vals, también el que prosigue a la cena.

—No lo puedo creer, mis hermanos han enloquecido en una sola noche. Qué será de ellos en los próximos bailes —se burló Darline.

Ya estaba a punto de empezar el baile. Harry y Alfred charlaban en el salón.

—Fue difícil, pero conseguí el baile con ella. Es tan bella, no podía dejarla pasar —dijo Alfred.

—Esperemos que haya valido la pena todo el lío en que nos metimos con sus hermanitos. Ya viste, no son unos tontos, además, escuché que tienen buena puntería.

—Estás siendo extremista, no tengo malas intenciones con ella, lo que me atrae es su inocencia. No haré nada para que la pierda, amigo. Me voy a reclamar mi baile, deséame suerte.

—Que tengas suerte, iré a esconderme, ¡adiós!

Alfred se acercó donde se encontraba *lady* Darline.

—*Milady* —dijo, en tono seductor, Alfred.

Darline sintió un escalofrío que le recorría el cuerpo.

—Señoría, ¿ya es tiempo?

—Sí, *milady* —repuso y le pasó la mano para que la agarrase. Ella, encantada, la tomó.

—Cuidado con querer propasarte con ella, sinvergüenza —advirtió Brent.

—No se preocupe, lord Brent, la cuidaré.

Se saludaron para empezar el vals. Darline estaba temblando, ese hombre la ponía nerviosa, pero le gustaba lo que le hacía sentir. Él deslizó las manos por su cintura, y ella sintió que moría, pensó que su corazón se le saldría, le faltaba el aire.

—*Milady*, tranquila, no la voy a morder, aunque quisiera —coqueteó Alfred con una sonrisa lobuna.



Comenzaron a danzar. Ella difícilmente podía seguirle los pasos, estaba demasiado nerviosa, ese hombre la volvía loca solo con el contacto de sus manos.

—*Milady*, relájese, solo sígame.

De ese modo, Darline se dejó llevar por él en un baile donde estuvo un poco callada, pero el marqués la hizo hablar, tenía poco tiempo para saber qué hacía esa chica maravillosa que lo estaba arrastrando a un lado desconocido de su vida.

—*Milady*, ¿cuáles son sus pasatiempos?

—¿Mis pasatiempos? Bueno, me encanta el campo, salgo a cabalgar, leo novelas, pinto, toco el arpa y el piano. No me gusta mucho bordar, no se me da bien. ¿Qué hace usted para pasar el tiempo, milord?

—Y, verá, tengo mis negocios, salgo de cacería, voy a White's y tengo otras actividades placenteras también.

«Es un calavera de mala reputación, ¿qué podría esperar de él?», pensó Darline.

—Aunque ya pienso en reformarme y establecerme —señaló él al notar la cara de disgusto de la preciosa *lady* Darline—. Usted es muy bella, no se parece en nada a las otras damas. Sin duda, parece un ángel.

—Gracias por los halagos, señoría, pero no los merezco, hay que mirar el interior de las personas, no solo el exterior, ¿no lo cree así?

—Claro, *milady*, usted tiene el exterior como un fiel reflejo de su interior —expuso Alfred creyéndolo verdaderamente.

Continuaron bailando un tiempo más hasta que el baile llegó a su fin.

Alfred quedó anonadado por las palabras de *lady* Darline; «es, en definitiva, una mujer valiosa», pensó. En cuanto su madre lo supiera, estaría complacida. ¿Pero qué? ¡No podía ser! ¿En qué estaba pensando?

—Fue un placer —admitió Darline al separarse de él y sentirse vacía.

—El placer fue mío, *milady*, ¿no tiene más espacio libre en su carnet?

—Lo siento, señoría, ya está completo —respondió decepcionada.

—Para la próxima será, la temporada es larga. Que pase una buena noche, *milady* —se despidió y le besó las manos ante la atenta mirada de Isabelle, que solo pensaba en venganza.

—¿Así que por esa insípida rompiste nuestro acuerdo, Alfred? —pronunció

para sí y continuó—, pues ya veremos cómo te va con ella...

## CAPÍTULO 10

La noche continuó con más bailes para Darline, hasta que le dolieron los pies. Se divirtió mucho con varios caballeros muy amables e interesantes. Lo de buscar marido empezaba a ser entretenido, pero solo hubo un caballero que realmente le interesó, y era el marqués.

—Hija, ya debemos irnos a casa —dijo el conde—, creo que ya es suficiente por hoy.

—Gracias, padre, se lo agradezco, ya estoy realmente agotada.

Subieron al carruaje y partieron rumbo a Snow House.

—¿Qué tal te fue, hija? —preguntó la condesa—. Vi que tu carnet estaba lleno, creo que le faltó espacio.

—Creo que sí, madre, el marqués de Huntly me pidió un segundo baile, pero no se lo pude dar.

—Hija, si llegaban a bailar dos veces, serías la comidilla de Londres mañana —expresó su madre.

—¿Por qué madre?, ¿qué hay de malo?

—Mira, Darline, esta sociedad es extraña, tiene sus reglas, y dice que si un caballero baila más de una vez en un solo baile con la misma dama, es porque él está muy interesado en esa mujer —respondió su madre.

—Madre, eso no lo sabía, lo tendré en cuenta.

—Ese Huntly quiso comprometer tu nombre, Darline, pidiéndote dos bailes. Él es un mujeriego, tu reputación se arruinaría si lo aceptaras, por eso te sugiero que lo ignores en las próximas veladas, claro, si es que va a las otras —dijo Brent.

—¿No crees que estás exagerando, hermano? —preguntó Darline.

—No, no exagero, ese hombre no busca esposa, ¿escuchaste? —expuso

Brent en tono serio.

Al llegar cada quien fue a su habitación, Darline entró a su cuarto y encontró a Lia ya lista para asistirle.

La doncella no pudo con su curiosidad al verla tan contenta.

—¿Cómo le fue, *milady*? —preguntó Lia.

—Lia, el baile fue maravilloso, desde las decoraciones hasta las personas que conocí —contaba Darline con los ojos brillantes.

—¿Bailó con muchos caballeros?

—Sí, con bastantes, seguro de que tengo callos en los pies —bromeó.

—¿Y cómo eran?

—Muchos, muy guapos e interesantes.

—¿Hubo alguno que le llamó la atención?

—¡Sí, qué eres curiosa, Lia! La verdad que sí, el marqués de Huntly.

—Corre el rumor de que él está buscando esposa, *milady*.

—¿Qué? ¡Ni lo digas! Es un calavera, no está entre mis planes casarme con uno —comentó ya pareciéndose a Brent—. Ya puedes retirarte, Lia, estoy muerta.

—Sí, *milady*, que tenga dulces sueños.

\*\*\*

—Hijo, te vi bailando con dos damas; una de ellas me encantó y la otra, mi querido, no me gusta para nada —comentó la marquesa.

—Madre, cumplí con ir al baile, y yo escojo con quién bailar —dijo queriendo zanjar la cuestión.

—Alfred, esa mujer, *lady* Isabelle, no es buena, no estés cerca de ella. La otra, *lady* Darline, es un sueño de niña. Esa es una mujer de buena familia, bella, con muchos talentos y unos modales exquisitos.

—Lo sé, madre, déjeme pensarlo, veremos cómo avanza la temporada.

Alfred tenía en mente a aquella dulce jovencita, quizás fuera lo que estaba esperando para sentar cabeza.

Al día siguiente, Darline despertó tarde y bajó las escaleras al escuchar un

barullo.

—¡Ven y lee esto, Brent! —gritó, con jovialidad, Harold—. *¡Para la dama más bella de todas! Firma Anthony, duque de St. Albans.*

—¡Otro perdedor con el resto de los que está aquí! —rió Brent como un loco.

—¿Qué les ocurre? ¿Qué es tan gracioso? —preguntó ella sin saber lo que hacían.

—Solo mira a tu alrededor —contó, divertido, Harold—. Muchos admiradores, Darline.

—¡Oh, cuántas flores! ¡Qué belleza! ¡Qué amables caballeros!

El mayordomo se acercó a la puerta y recibió otro enorme arreglo floral con una tarjeta.

—*Milady*, otro arreglo; este es el más grande —dijo Arthur.

—Gracias, Arthur, colócalo ahí —pidió Darline señalando la mesa.

Ella se acercó, agarró la tarjeta y la leyó en voz alta.

—*Su belleza e inteligencia me llevaron a la decisión de hacerle este presente. Espero, milady, que también acepte un paseo por el parque esta tarde. Alfred Bellamy, marqués de Huntly.* ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! Vendrá esta tarde para un paseo —chilló, emocionada, Darline.

—Ni se le ocurra, ¿qué quiere contigo? —preguntó, furioso, Brent.

—No sé, pero aceptaré salir con él.

—¿Te has vuelto loca? ¡Es un rufián! Si sales con él, nosotros iremos contigo —amenazó Harold.

Tiempo después, Brent y Harold no soportaron el coraje y le llevaron la queja a su padre.

—Padre, nuestra hermana ha perdido el juicio —alegó Harold al entrar a la biblioteca donde se encontraba el conde.

—Dios, hijo, ¿qué pasa?

—Ese desvergonzado de Huntly invitó a Darline a un paseo, usted no puede permitirlo, padre, comprometerá la reputación de ella.

—Harold, no veo nada malo, quizás ya ese hombre desea una esposa y ve a tu hermana como potencial candidata, es un buen partido.

—Entonces, hasta que eso no se confirme, yo seré su acompañante, no dejaré que se propase con ella.

—Es ridículo, Harold, una mujer debe ser la carabina.

—Seré yo y asunto acabado, padre —espetó Harold furioso por la actitud confianzuda de su padre, y salió.

—Madre, le tengo una noticia que la alegrará —dijo Alfred con una reluciente sonrisa.

—Dime, Alfred.

—Bueno, madre, encontré la candidata ideal para la próxima marquesa.

—¡Que felicidad!, ¿quién es? Dímelo.

—Es *lady* Derby.

—¡Qué niña tan adorable! Es una decisión inteligente, hijo.

—Lo sé, madre, ahora tendré que ver para cortejar a la joven; será difícil, sus hermanos no me quieren.

—Una vez que pidas cortejarla, eso se les pasará, se sentirán más tranquilos.

—Ya lo creo, hoy le envié un arreglo floral y una tarjeta para invitarla a un paseo.

—¿No crees que es demasiado apresurado? —preguntó su madre dudosa.

—No, madre, es demasiado bella para estar tanto tiempo en el mercado del matrimonio, y hay muchos queriendo comprarla; me adelantaré, entonces dejaré sin esperanza al resto de los caballeros.

—Déjame felicitarte, hijo, es una excelente estrategia.

Había llegado el momento de salir a dar el paseo. El marqués se encontraba frente a Snow House y golpeó la puerta.

—Buenas tardes, vengo a ver a *lady* Darline —saludó Alfred y le entregó su tarjeta.

—Adelante, señoría, pase por aquí —indicó Arthur guiándolo por el salón principal.

En ese lugar, se encontraba Harold esperando a Alfred.

—Dígame, Huntly, ¿qué intenciones tiene con mi hermana? Ni crea que permitiré que manche su reputación al lado suyo.

—Milord, créame cuando le digo que tengo las mejores intenciones para con su queridísima hermana.

—Pues diga ya cuáles son esas intenciones.

—Es sencillo, milord, es hora de buscar una esposa y su hermana es la mejor opción, estoy aquí en planes de cortejo.

Harold lo miró incrédulo.

—No creo que usted esté dispuesto a dejar su mala vida por ella, Huntly.

—Hay calaveras reformados, lord Harold, ¿no merezco, acaso, el beneficio de la duda?

—Quizás —respondió Harold—. Pero solo una cosa necesito que recuerde, marqués, mi hermana no está sola, y si usted llegase a dañar su reputación o le genera cualquier tipo de sufrimiento, considérese muerto; saldremos de la cuenta con honor.

—No será necesario, milord, mis intenciones son reales.

Alfred no pudo quitarse a la joven de la mente, quería saber todo de ella, lo necesitaba, y entonces lo pensó, la mejor forma de conocer la era haciéndole la corte. Había sido la decisión más rápida y menos pensada en su vida.

## CAPÍTULO 11

—**L**ia, busca el vestido de paseo amarillo, creo que ese se me verá muy bien —opinó Darline.

—Por supuesto, *milady*, ¿desea otra cosa?

—Por el momento, nada más, estoy muy nerviosa para pensar, ese joven marqués es demasiado guapo, no quiero desentonar.

—No se preocupe, *milady*, con el vestido amarillo y el peinado que le haré quedará usted hecha una belleza.

—Gracias, Lia, ¿qué haría sin ti? Ahora ve y averigua si ya viene por mí.

—Sí, *milady* —dijo la doncella saliendo disparada.

El marqués, en ese momento, se encontraba en la biblioteca charlando con el conde y con Harold.

—Señoría, me han comentado que usted está aquí porque invitó a Darline a un paseo —expresó el conde.

—En efecto, milord, estoy aquí para conocer un poco a su hija.

—Muy interesante, señoría, solo debo decirle que mi hija no es de la clase de muchachas con las que usted está acostumbrado a tratar.

—De eso no me queda la menor duda, eso es lo que ha despertado mi interés por conocerla.

—Si es así, solo le pondré como condición que Harold los acompañe en esta salida, él no se siente seguro de que usted no se quiera tomar libertades con ella. De hecho, yo tampoco, es muy joven e inexperta, y usted, no es por ofenderlo, pero tiene demasiada experiencia.

—Entiendo perfectamente sus dudas, milord, no tengo problemas en que lord Harold actúe de carabina con su hermana.

—¡Oiga! Más respeto, marqués, solo me aseguraré de que no se propase



con ella. Decidí darle el beneficio de la duda, aunque no crea en eso de los calaveras reformados.

Harold había tomado la decisión de darle una oportunidad al marqués, pues él también estaba pensando en darse una para cortejar a *lady* Mariane Middlethope, su bella ninfa. Aún no se animaba, pero ella lo hechizaba. La noche anterior, había bailado como si flotara, y en ciertos momentos él tuvo que lidiar con las emociones más extrañas de su vida, no podía ver que ella bailara con otros caballeros y que les diera esa sonrisa tan bella que quería fue fueran solo suyas, no quería dejar su vida de mujeriego, pero esa ninfa estaba obrando de una manera que él no comprendía.

—¡*Milady*, el marqués está aquí con su padre y su hermano Harold!

—¡Oh, Dios, ya Harold me habrá hecho pasar vergüenza! —se lamentó Darline.

—*Milady*, siéntese, la dejaré como princesa de cuento.

Lia le arregló el caballo con un semirecogido que resaltaba su blanca piel en contraste con sus negros cabellos, era hermosa.

Darline bajó y ahí lo encontró, su corazón prácticamente dejó de latir. Él se apresuró a recibirla a pies de la escalinata.

—*Milady*, está usted encantadora —exaltó Alfred.

—Gracias, señoría —respondió al halago—. ¿Ya estamos listos?

—¡Claro, Darline! —afirmó Harold observando la escena.

—¿Dónde cree que va usted, hermano?

—*Milady*, su padre puso como condición que lord Harold sea nuestra carabina.

Los ojos de Darline se salieron de sus órbitas. ¿Cómo había podido su padre hacerle pasar semejante vergüenza? Ella rezaba para que se abriera la tierra y se la tragara, no pensaba pasar por eso en su primera cita, pero ya se encargaría de su hermanito luego con quien más le dolía: ¡su amiga Mariane!

—Está bien, Harold, acompáñanos.

Los tres salieron en dirección al parque, en silencio. La incómoda situación que se formaba alrededor de ellos por culpa de Harold los hacía sentirse cohibidos, pero Alfred no se rendiría.

—*Lady* Darline, ¿le gusta pasear por el parque? ¿Qué tan seguido sale?

—No he salido desde que llegamos a Londres. Desde pequeña vivimos en

Hertfordshire y ya olvidé cómo era aquí.

—Le gusta el campo, supongo.

—Sí, señorita, lo adoro. Cuando estoy ahí me siento libre, tengo una hermosa yegua blanca con la que salía a montar todas las mañanas.

—También me gusta el campo, tengo unas propiedades en Bath con bellos campos y paisajes exóticos, creo que le gustarán.

El marqués se dio cuenta de que tenía muchas cosas en común con Darline, era todo lo que él deseaba: divertida, alegre y con gran sentido de la libertad.

—Seguro de que me gustará —afirmó Darline sonrojada.

Ambos se sentían en confianza, él quería darle su primer beso a ese ángel, pero debía deshacerse del hermano, aunque fuese un rato.

Fueron a unas bancas y Darline tenía la misma idea que Alfred, vio una tienda de bebidas y su cabeza empezó a armar un plan.

—Harold, ¿podrías hacerme un favor?

—¿Qué deseas, Darline? —preguntó, irónico, Harold.

—¿Puedes traerme algo de beber? Tengo calor.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no él, que te trajo aquí? —alegó quejoso.

El marqués quería reír a carcajadas, pero no lo haría, la apoyaría en silencio.

—Hermano mío, es suficiente con tu presencia aquí como carabina, estaremos en este mismo lugar, no me morderá el marqués, tranquilo.

—No lo creo, pero iré, no te muevas de aquí —mandó Harold partiendo rápidamente hacia la tienda.

Alfred no pensó en perder el tiempo.

—*Milady*, disculpe que le diga esto, debo hacerlo rápido —expresó Alfred haciendo una pausa—. Usted ha llamado mi atención de manera que nadie ha podido hacerlo nunca, por eso he decidido conocerla mejor. Espero no incomodarla con mi confesión.

El rostro de Darline se llenó de emoción, ahora debía replicar.

—Señorita, usted es un hombre interesante e inteligente, me agrada estar aquí conociéndolos, me agrada su compañía, y desde que lo vi, no he dejado de pensar en usted. —Sonrió nerviosa—. Siento tener que incomodarlo también —declaró Darline mirándolo a los ojos.

Él le devolvió la mirada de la misma forma.

—Es usted especial, *milady*, no me incomoda, pues ese hecho es compartido, no he dejado de pensar en usted.

Ambos se acercaron para besarse después de aquellas palabras, sus labios se rozaron en un tierno beso. A ella nunca la habían besado, y él nunca había sentido un beso tan puro y limpio. Alfred podía estar casi seguro de que se estaba enamorando de ella. No había dudas al respecto.

Se separaron esperando a que volviera Harold.

—*Milady*, es usted exquisita —aseguró Alfred.

—Fue muy tierno, señoría, gracias —espetó avergonzada pero feliz.

—Aquí tienes —ladró Harold—. Una limonada.

—Gracias, Harold.

Continuaron con el paseo charlando como si nada hubiera ocurrido entre ambos.

Al despedirse en la puerta de mansión, el marqués le dejó un beso en la mano.

—¿La veré en el baile de los Alrich?

—Por supuesto, señoría, allí estaré —respondió con una mirada enamorada.

—Que tenga una buena noche, mi bella Darline.

—Igualmente, Alfred —dijo suspirando.

El marqués llegó a su casa. Después de pensarlo en todo el camino a su residencia, lo había decidido, esa mujer era para él.

—Mi buen amigo Huntly.

—Norfolk, ¿qué haces aquí?

—*Lady* Helena me dejó pasar a esperarte, me dijo que habías ido a una cita. No pude creerlo. Venía a invitarte para ir a donde *madame* Luciene.

—Te aviso que no iré, dejaré eso.

—¿Qué? ¿Qué te pasa, estás enfermo?

—No, sólo que he decidido cortejar a *lady* Darline, quiero convertirla en la marquesa.

## CAPÍTULO 12

—¿**P**ero qué te ha pasado, Alfred? Ayer terminaste con *lady* Isabelle y hoy estás pensando en convertir a la joven sensación de la temporada en tu esposa. Te odian.

—Harry, sé que es precipitado, pero la quiero para mí, no podría soportar que fuera para otro. Voy a pedirle a su padre, después del baile de los Alrich, la mano de Darline, no puedo esperar —dijo ansioso.

—¡Oye! Sí que vas apresurado, ¿y ahora quién compartirá mis salidas nocturnas?

—Puedo ir contigo hasta White's si gustas.

—Eres un aburrido, Alfred —acotó Harry.

En Snow House, Darline no podía dejar de pensar en el beso que le había dado el marqués, había sido mágico.

—¿Lia?

—¿Sí, *milady*?

—¿Me guardas un secreto?

—¡Claro, *milady*, cuente conmigo! —chilló, emocionada, la doncella.

Darline sacó el aire contenido en sus pulmones.

—Pues bien, el marqués me besó y sentí cosas —contó Darline cubriéndose el rostro por la vergüenza.

—¡*Milady*! ¿Cómo lo logró? Su hermano estaba muy hostil hoy.

—No fue tan difícil, lo mandé por una bebida.

—Muy inteligente —dijo la doncella sin poder aguantar la risa.

—Lia, creo que me estoy enamorando de lord Alfred, es tan tierno —

comentó sonrojada y con cara de tonta.

—¡Qué alegría, *milady*! No creo poder dormir esta noche, el corazón se me sale por el pecho de la emoción —expresó una efusiva Lia.

—Solo salgo un día y ya me encuentro con esto, padre —se quejó Brent.

—¿Qué tiene de malo, hijo? Parece estar interesado en ella.

—Eso es cierto, Brent, dale una oportunidad, creo que estás siendo muy cruel —espetó la condesa.

—Madre, es un grandísimo rufián, no podemos pestañear cuando él está con Darline.

—¿Sabes, Brent? —dijo Harold—, yo ya hice mi buena obra y fui su carabina, el hombre se comportó correctamente y no intentó nada con ella. Voy a fijarme más en él, si su interés por ella es verdadero, volverá.

Faltaba solo un día para el baile de los Alrich, Darline estaba tan feliz, diariamente recibía un arreglo de flores y una nota del marqués. En la última, decía:

*Estoy ansioso por que llegue el baile para verla de nuevo, mi bella Darline, muero por estar cerca de usted.*

*Alfred, marqués de Huntly.*

—Este tipo sí que está desesperado —comentó Brent.

Cada día, Brent y Harold eran los primeros en recibir los arreglos y burlarse de las tarjetas, era un pasatiempo muy divertido.

—Este hombre me está dando lástima, tengo miedo de que me pase algo así —dijo, preocupado, Harold.

—Ya te ha pasado, eres todo un imbécil cuando hablas de *lady* Middlethope, se te cae la baba.

—Es que es tan bella, no puedo pensar en otra cosa más que en esa criatura que me ha hechizado.

—¡Dios me libre de esto! Mejor me alejo de ti y de nuestro futuro posible cuñado, puede que esto sea contagioso.

—¡Eres idiota! —exclamó, divertido, Harold.

—Buen día. ¿Cómo amanecieron? —preguntó Darline besando a ambos.

—¡Amanecemos de lo mejor! Siempre divirtiéndonos —contestó Brent.

—Divirtiéndose a costillas del marqués, supongo —comentó irónica.

—Claro, ¿quién más sería el ridículo caballero enamorado que me provoca náuseas con todo lo que te escribe? —expuso Brent burlándose.

—Son envidiosos, ¡fuera de aquí! —ordenó Darline y leyó la nota, su corazón estalló de emoción, era su marqués, su Alfred, que la estaba conquistando día a día con esos detalles.

Más tarde, a la casa llegaron Mariane y su madre para la hora del té. Darline junto con Mariane fueron a su habitación a mirar el vestido que se pondría en el baile de los Alrich.

—¡Es hermoso, Darline, te verás como una princesa! —exclamó, emocionada, Mariane.

—Esa es la idea, Mariane, quiero impresionar a su señoría.

—Créeme que lo dejarás sin habla —opinó haciendo una pausa—. Veo que lo de ustedes va muy bien. Ten cuidado porque cuando se entere *lady* Isabelle, te hará la vida imposible.

—¿Por qué lo haría? No tengo nada contra ella.

—Ya sabes su obsesión por él.

—Si él desea estar conmigo y yo con él, nadie lo impedirá.

—Así se habla, amiga —aplaudió Mariane y se quedó pensativa de repente.

—¿Pasa algo? —preguntó, preocupada, Darline.

—Pasa que he recibido una propuesta de matrimonio.

—¡Qué bueno! ¿De quién es?

—De un barón cuarentón, pero eso no es lo malo.

—¿Y entonces?

—Lo malo es que estoy enamorada de otro, más bien, estoy muerta por lord Harold —confesó Mariane avergonzada.

Darline la miró con una sonrisa.

—Amiga mía, no debes preocuparte, pues veo cómo te mira mi hermano, está enamorado de ti, espero que seamos cuñadas —comentó emocionada—. Alejaremos al vejete de ti.

—¡Calla! ¡Que no escuche nadie!

A Darline se le ocurrió una idea al estilo Cupido, les daría el empujón que necesitaban para declararse su amor.

Fueron hacia la salita del té por el jardín y Darline hizo como si hubiera olvidado algo.

—Mariane, he dejado algo arriba, espérame allí un rato —pidió señalando una banca.

—Bueno, pero no tardes —acató Mariane inocente, sin saber que sería víctima del plan de su amiga.

Darline fue corriendo a buscar a su hermano, debía hacer que él pidiera la mano de Mariane.

—Mi querido Harold, necesito un momento hablar contigo en el jardín —dijo mirando a sus hermanos que estaban juntos.

—¿Qué, no puede ser aquí?

—No, es sobre Mariane.

Él se levantó de su silla, todo lo que fuera referente a ella le importaba.

—¿Le pasó algo? —preguntó preocupado.

—Ven y te lo cuento. Con permiso, Brent —indicó ella agarrando a su hermano del brazo.

Salieron juntos del estudio, se dirigían al jardín mientras hablaban, y Darline se lo dijo sin tapujos.

—Mariane ha recibido una propuesta de matrimonio.

—¿Qué? ¿Qué dices? —preguntó, pálido, Harold.

—Sí, un barón quiere hacerla su esposa, pero ella...

—¿Ella qué? —inquirió ansioso.

—Ve al jardín y ahí la verás.

Harold fue caminando al jardín, vio a Mariane sentada en la banca, se acercó y se sentó a su lado.

—*Lady Mariane* —pronunció Harold—. ¿Está usted bien?

—Sí... —respondió nerviosa—. Estoy bien, ¿por qué la pregunta, milord?

—Porque yo no estoy bien, Mariane.

Ella quedó helada con sus palabras, su corazón comenzó a acelerarse.

—Mariane, no puedo esconderme más, no puedo esconder más mis sentimientos por usted, mi bella ninfa, me ha hechizado, despierto y me acuesto pensando en usted, recordando sus ojos y sus labios, que aún no he besado.

Él se acercó a los labios de Mariane y la besó con infinita ternura mientras

ella respondía feliz a aquella demostración de afecto. Harold rompió el beso y la observó con detenimiento.

—*Lady Mariane*, por favor, no acepte la propuesta del barón, no tengo un título que ofrecerle, pero sí mi corazón.

Mariane quedó estupefacta, Darline había contado su secreto.

—¿Cómo supo de la propuesta del barón? ¿Darline se lo dijo? ¡La mataré!

—No lo hizo con maldad, sino que ella sabe lo que usted me hace sentir. Solo deseo saber si mis sentimientos hacia usted son correspondidos.

Mariane no creía lo que pasaba, era una declaración, él la quería y ella a él, era un sueño...

—Milord, mis sentimientos son los mismos que los suyos, estoy enamorada de usted desde que lo vi, pero creí no ser correspondida.

—¡Mi querida, Mariane, es más que correspondida! —afirmó un emocionado Harold, besándola otra vez—. Espéreme esta noche en su casa, hablaré con su padre, deseo cortejarla.

Mientras tanto, Darline miraba feliz a través del cristal, había conseguido que ambos supieran lo que sentían y pudieran vivir ese amor.



## CAPÍTULO 13

—Darline, eres una loca, me dejaste a solas con tu hermano —la acusó Mariane.

—Sí, dime, ¿qué tal les fue?

—¡Me besó, me besó! Soy la mujer más feliz de la tierra, y algo más... —expresó dando saltos de emoción.

—¡Dímelo ya!

—¡Irá a mi casa esta noche para hablar con mi padre, quiere cortejarme! ¡Soy feliz! Tu hermano está enamorado de mí y yo me muero por él. ¡Aún no puedo creerlo!

—Ese hermano mío revoltoso. Estoy tan feliz, Mariane, eres perfecta para él.

—¿Sabes cómo me llamó? ¡Su ninfa!

—Voy a burlarme de él de por vida por haber ido de carabina en mi salida con el marqués y también por burlarse de las notas románticas que me envía.

—¡Es un crío!

La noche llegó y Harold probó una cucharada de su propia medicina; el padre de Mariane era un ogro celoso, como él y Brent. En ese momento, ya se lo estaba pensando mejor, no volvería a comportarse así con Huntly.

—Buenas noches, milord —saludó Harold mirando al vizconde de Middlethope.

—Buenas noches, lord Harold. ¿A qué debo su visita? —preguntó el vizconde mirándolo con curiosidad.

—Iré al asunto, milord, he venido a solicitar la mano de *lady* Mariane Middlethope.

El vizconde lo miró inexpresivo.

—Usted es el segundo caballero que me lo pide, milord; el primero fue el barón de Addington.

—Lo sé, milord, por eso he venido. Quisiera que me concediera la mano de *lady* Mariane a mí y no al barón —habló él con seguridad.

—Dígame, lord Harold, ¿por qué le daría a usted la mano de mi pequeña Mariane? Créame que conozco su reputación, además, no tiene un título para mi hija, mientras que el barón es un hombre intachable y, probablemente, tenga más que ofrecer a Mariane.

—Milord, eso no interesa porque yo estoy enamorado de su hija y, como bien sabrá, soy muy rico. Independientemente de lo que herede de mi padre, tengo varios negocios. Nunca le faltaría nada a Mariane conmigo.

—A eso deberá sumarle, si le doy la mano de ella, una dote de por sí demasiado generosa. Incluye esta mansión, muchas tierras productivas y mucho dinero. Trabajé toda mi vida para que ella nunca pasara necesidades si no se casaba, pues, como sabrá, no podrá heredar mi título. Debo preguntarle a mi hija —aseguró el vizconde y, tocando la campanilla del servicio, inmediatamente apareció el mayordomo.

—Thomas, busca a Mariane, necesito que venga aquí.

Mariane apareció por la puerta, muy nerviosa, después que el mayordomo le diera el recado.

—Hija, lord Harold de Derby viene a pedir tu mano. Tienes dos ofertas y tú decides.

—Padre, yo... yo... ¡Acepto la propuesta de lord Harold! —dijo sin poder ocultar su emoción.

Su padre la miró con felicidad.

—Pues bien, hija, el caballero tiene mi permiso para cortejarte, pronto anunciaremos tu compromiso.

Harold volvió feliz a su casa, había conseguido alzarse con la victoria de tener como esposa a Mariane.

—Buenas noches, familia —saludó.

—¿Qué te traes que estás tan contento? —preguntó Brent.

—Bueno... Oficialmente, les comunico que me caso.

Su padre dejó de beber; *lady* Adele escupió su té; Darline tenía una sonrisa de felicidad, y Brent quedó en jaque.

—¿Qué has dicho? ¿Y con quién, hijo? —preguntó su padre.

—Con *lady* Mariane Middlethope —respondió con orgullo.

—¡Oh, hijo! —exclamó, llorando, la marquesa—. ¡Qué felicidad! Decidiste sentar cabeza con una niña tan buena y preciosa.

—Madre, no llore, por favor.

—¡Lloro de felicidad!

—Felicidades, Harold —dijo su padre abrazándolo fuertemente—. Estoy inmensamente complacido por tu decisión.

—Eres un tarado —escupió Brent—, pero bueno, felicidades, tendré otra hermana.

Todos estaban muy contentos, Darline había acertado en la jugada, su mejor amiga sería su cuñada.

Era el momento del baile de los Alrich. Darline llevaba un hermoso vestido azul que acentuaba sus curvas, tenía sus aretes, su pulsera y la hermosa gargantilla que le había dado su padre en su presentación.

Al llegar, los anunciaron. El primero en acercarse fue el marqués, pues su interés por Darline era más que evidente para todos los presentes. Ya los habían visto paseando por el parque, lo que significaba que, al llevarla a un lugar público, él estaba haciéndole entender a todos sus intenciones.

La única que miraba con malos ojos esa relación era *lady* Isabelle, que odiaba con todas sus fuerzas a *lady* Darline por haberle robado el *amor* del marqués, pero lo pagaría.

—*Lady* Darline, está usted arrebatadora, se ha llevado mi corazón —dijo Alfred con efusividad, mirándola a los ojos, mientras tenían una comunicación más íntima.

—Señoría, usted no se queda atrás —respondió Darline estirando su mano enguantada para que él la besara largamente.

—*Milady*, esta noche guarde más bailes para mí, por favor, se lo suplico.

—Así lo haré, mi señoría.

—¿Le apetece algo de beber, *lady* Darline?

—Un poco de champaña estaría bien, gracias.

Al retirarse Alfred, los caballeros se abalanzaron sobre ella como una jauría de perros hambrientos, en especial, el duque de St. Albans.

Alfred sirvió dos copas de champaña, y una de ellas le fue arrebatada por

Isabelle, que se la bebió de un trago.

—¿Qué hace, *lady* Spencer?

—¿Ahora ya no soy Isabelle, verdad? ¿Por esa niña malcriada me dejaste, Alfred?

—No me llame así, lo nuestro terminó, *milady*.

—¿Tú lo crees? Pues yo no, serás mío, Alfred, y esa mujerzuela no va a impedírmelo.

—¡No hables así de ella, es una dama, no como tú!

—Eres un desgraciado, ya veremos, Alfred. Me vengaré de ti por esto.

—¡Vete al demonio! —respondió enojado

Isabelle era de temer, maldita fuera, necesitaba sacársela de encima.

Luego miró hacia donde había dejado a Darline y se encontró con St. Albans intentando, probablemente, cortejar a su dama; a largas zancadas se acercó a ellos.

—Buenas, St. Albans.

—¿Huntly? Qué raro es verte últimamente en las fiestas, ¿tienes alguna tierna palomita que casar?

Darline miraba la escena, era una extraña puja entre caballeros.

—¿Y tú, acaso, no estás haciendo lo mismo, St. Albans?

—Estamos a la defensiva...

—*Lady* Darline, su bebida —ofreció el marqués—, venga, la llevo junto a sus padres. —La agarró del brazo.

—Nos vemos en el baile, *lady* Darline —le recordó St. Albans.

Alfred estaba iracundo, ya tenía una mala noche. Primero, la arpía de Isabelle y, luego, St. Albans. Darline lo observaba, pues parecía no estar pasándola bien.

—¿Le sucede algo, señoría?

—¿Que si me pasa algo? ¡Claro que me pasa, *lady* Darline! El miserable de St. Albans la pretende.

—Señoría, soy una dama sin compromiso, es evidente que varios querrán mis atenciones —acotó con serenidad.

Los ojos de Alfred casi acabaron con Darline.

—Sin compromiso por poco tiempo, *milady* —estableció con seguridad.

Alfred debía apresurar el paso, la competencia por ella sería feroz; St.

Albans era un hombre como él, sabía de lo que era capaz.

Llegaron junto a la familia de Darline y la dejó con su madre.

—Milord, deseo hablar con usted —pidió Alfred dirigiéndose al conde de Derby.

—¿Ahora, señoría?

—Ahora, y puede venir usted también, lord Brent.

—Está bien —respondió el conde.

Salieron los tres al jardín. Cuando llegaron a buen lugar, Alfred tomó la palabra.

—Milord, disculpe el atrevimiento de traerlo aquí, no pude esperar más para tratar este tema con usted.

—¿De qué se trata? ¿Es sobre mi hija?

Alfred inhaló y asintió con la cabeza.

—Yo...

—Dígalo ya, Huntly, ¿qué pretende con mi hermana? —preguntó, ansioso, Brent, interrumpiendo al marqués.

—Quiero cortejar a Darline, mejor dicho, quiero que me conceda su mano.

El conde y Brent quedaron pasmados, no podía estar pasando eso, una decisión tan apresurada para un paso tan importante.

—¿Está usted seguro? Casarse con mi hija significa dejar toda su vida y su reputación.

—Estoy dispuesto a lo que sea, ya no soporto ver cómo pululan esas sanguijuelas a su alrededor —repuso Alfred gesticulando.

—Huntly, piénselo bien, puede morir si llega a fallarle a mi hermana y lo sabe —amenazó Brent con tranquilidad.

—Estoy seguro. Esa es mi oferta. Piensen, tengo un título, mucho, mucho dinero y, además, le ofrezco todo de mí. En caso de que quieran pensar un tiempo en mi oferta deseo tener preferencia por sobre todos los demás candidatos que pueda tener *milady*.

—Hablaré con ella mañana y lo mandaré llamar para darle la respuesta.

—Perfecto. Ahora, volvamos, debo cuidar a Darline.

Todos ingresaron nuevamente al salón, con sonrisas sospechosas, en especial, Alfred que se dedicaría a cuidar lo que le pertenecía.

## CAPÍTULO 14

**D**urante el resto de la noche, Alfred se dedicó a frustrar todos los bailes que pudo a Darline. Ella se estaba viendo en la penosa situación de ponerle un alto al marqués.

—Señoría, necesito hablar con usted, es de suma urgencia, vayamos al balcón —lo invitó Darline con rostro serio.

—Será un placer, *milady* —dijo el marqués que ya suponía de las intenciones de Darline.

Una vez en el balcón, Darline no pudo soportarlo.

—Señoría, con todo respeto... ¿qué cree usted que está haciendo? Me está espantando los candidatos, usted es peor que mis hermanos, y eso que pensé que ellos me harían pasar vergüenza, pero me equivoqué... ¡ES USTED! Me está matando con ella, no pude cumplir con los demás porque usted me ha acaparado —le reprochó enojada, casi gritando.

—Se ve hermosa cuando se enoja, Darline, no voy a dejar que ninguno de ellos se le acerque y menos St. Albans, es un crápula.

—Al igual que usted, ¿qué pretende? No me seducirá, siento cosas por usted, pero no soy tonta.

—*Milady* nada más lejos que la verdad, no quiero seducirla, solo quiero cuidarla.

—¡Pues vaya y fórmese, hay tres antes que usted!

—Tiene sentido del humor, *milady*, quiero cuidarla para mí —agregó con una sonrisa.

—¿Para usted? —preguntó confundida.

—Mañana lo sabrá, *milady*.

Diciendo eso, la dejó sola en el balcón para que pensara qué significaba eso

de cuidarla para él.

Al día siguiente, Darline acudió al llamado de su padre.

—Padre, ¿me mandó llamar?

—Sí, hija, tengo algo que decirte.

—¿Igual si están aquí mis valiosos hermanos que no me cuidaron anoche?  
—argumentó mirándolos acusatoriamente.

—¿A qué te refieres, ángel? —preguntó Brent.

—¡Pues que me dejaron a merced del loco marqués! En especial, tú, Brent, y Harold ya no cuenta, está totalmente idiota.

—Calma —pidió Brent.

—¿Que me calme? ¡Ese loco me espantará los pretendientes, es peor que ustedes!

—Ángel, el Marqués es inofensivo —dijo Brent en tono de burla.

Darline, sin poder creerlo, lo enfrentó.

—¿Inofensivo? —preguntó irónica—, pero si ustedes eran los que decían que era un gran sinvergüenza y todo eso.

—Hemos... —Harold hizo una pausa—. Cambiamos de opinión. Él simplemente te cuida.

—Me cuida... —repitió Darline—. Están locos. Bueno, padre, a lo que vine, por favor, quiero salir de aquí rápido.

—Darline, he recibido un pedido de cortejo para ti.

—Padre, dígaselo bien —reclamó Brent.

—En realidad, me han pedido tu mano.

Darline palideció, ¿quién había podido ser? Ella quería estar con el marqués pese a que era un loco.

—Pa... padre... ¿usted no me obligará a casarme, cierto? —preguntó Darline temblando.

—Claro que no, aunque reconozco que esta oferta es muy buena para ti. Tengo que enviarle mi respuesta a tu pretendiente.

—¿Quién es padre?

—El marqués de Huntly.

La cara de Darline se llenó de alivio y emoción, él quería casarse con ella.

—¿Ve lo que le dije, padre? Nuestra hermana pronto se casará —expuso Harold.

—Aún no ha decidido —lo contradijo el conde—, ¿qué dices, mi niña?

—¡Acepto, padre! Quiero ser la esposa del marqués de Huntly.

—He de comunicarle tu decisión personalmente —resolvió el conde.

El marqués se encontraba en su estudio cuando James, el mayordomo, golpeó y entró.

—Señoría, tiene visitas.

—¿Quiénes son?

—El conde de Derby y sus dos hijos.

—¡Hazlos pasar inmediatamente aquí!

—A su orden.

Una vez en el estudio, se saludaron y tomaron asiento.

—Señoría, traigo noticias de mi hija —dijo el conde.

—¿Qué ha decidido? —preguntó ansioso.

—Pues felicidades, ella ha aceptado ser su esposa.

El rostro del marqués se llenó de alegría incontenible.

—Seremos familia entonces —afirmó sonriente, mirando a Brent y Harold.

—Pero ya sabes, Huntly, la dañás y te mataremos, una lágrima y eres hombre muerto —continuaba amenazando Brent.

—Te estaremos vigilando, nuestra hermana no merece ser engañada, debes ser honesto.

—Hay una cosa que debe saber sobre mi hija —pronunció el conde en tono muy serio.

—¿Qué debo saber, milord? ¿Es grave?

—Es, de cierta forma, grave. Ella tiene débil el corazón, por eso vivíamos en el campo, pues la vida de la ciudad puede llegar a ser muy agitada para ella. No debe ser expuesta a presiones muy fuertes, a eso se debe nuestro excesivo cuidado con ella. Tiene lo que llamamos la herencia Lowel, solo afecta a las damas de la familia.

En ese momento, el marqués entendía por qué eran así; tendría que ir con cuidado con ella, era más frágil de lo que se veía.

—¿Ella lo sabe?

—Nunca se lo dijimos, no queríamos que se sintiera mal por eso. Dejamos



que fuera normal, con algunas restricciones que ella cree que son comunes.

—Por mí no se enterará, milord, haré todo lo que esté a mi alcance para que nunca le pase nada.

—Eso esperamos, señoría.

En Snow House, Darline estaba tan emocionada que no cabía en sí de tanta emoción. Saltaba y corría por todo el jardín bajo la atenta mirada de la condesa cuando, de repente, comenzó a quedarse sin aire, sintió una presión en el pecho muy fuerte y se desplomó en el suelo.

—¡Darline! —exclamó la condesa—, ¿qué te sucede, hija?

—Estoy bien, madre, solo que me siento fatigada.

—¡Arthur! —llamó a gritos la condesa.

—Ordene, *milady*.

—Ayúdeme a llevarla a su habitación, luego, envíe a un lacayo a buscar al conde a casa del marqués de Huntly.

En casa del marqués, se encontraban los hombres bebiendo y charlando amenamente sobre los detalles del matrimonio, la dote y la fiesta del compromiso, cuando el mayordomo entró sin golpear en el estudio con un lacayo al lado.

—¿Qué es esto, James?

—El lacayo del conde viene con un mensaje: la condesa requiere su presencia con suma urgencia, se trata de lady Darline, tuvo un ataque, señoría.

Los cuatro hombres palidecieron y salieron apresuradamente para dirigirse a la residencia de los Derby.

Cuando llegaron, el doctor Jacobs ya la había atendido.

—¿Doctor, cómo está? —preguntó el conde

—Milord, *lady* Darline ha experimentado emociones fuertes en estos días? Está débil y fatigada, lo que sin lugar a dudas agrava su cuadro. Debe estar tranquila, recuérdelo. Lo antes posible deben volver al campo para que esté serena.

—Ella se va a casar, doctor, con el marqués de Huntly.

—Milord, yo tengo una casa de campo en Bath, después de casarnos la

llevaré ahí.

—Sería muy bueno. Mi sugerencia es que eso se realice lo más rápido posible —aseguró el doctor Jacobs.

—¿Doctor, podemos pasar a verla? —preguntó el marqués.

—Sí, pero no la cansen, y que no haga demasiados esfuerzos.

—¿Milord, puedo ver a su hija? —preguntó Alfred.

—Sí, pero uno de nosotros lo acompañará.

—Sí, milord.

Una vez en la habitación, Alfred quedó maravillado, se veía más hermosa que nunca, su pelo negro estaba echado sobre sus hombros y le llegaba casi a la cintura, y sus ojos grises claros eran como diamantes al reflejar el sol.

—Mi bella Darline, ¿está usted bien?

—Sí, señoría, solo que en esta casa me sobreprotegen, no era necesario llamar al doctor, solo tuve una simple molestia y nada más, son abusivos.

—Querida mía, nunca es suficiente algo para cuidar de usted, yo lo haré también, ya me formé como me pidió ayer, solo que me colocaré enfrente.

—Alfred, es usted muy simpático.

El besó ambas manos de Darline y la miró con todo el amor que sentía por ella.

## CAPÍTULO 15

Luego de salir de la habitación, el marqués pidió nuevamente hablar con el conde y fueron a la biblioteca.

—¿Milord, cuándo podríamos anunciar el compromiso?

—Mañana ya se podría hacer circular en el periódico.

—La fiesta de compromiso se realizará en una semana si le parece bien.

—¡Excelente! Estoy de acuerdo.

—Ahora me retiraré, debo ir a buscar un anillo para mi Darline.

Alfred fue a la joyería más exclusiva de Londres y solicitó ver todos los anillos de compromiso que tenían.

—Este —pidió el marqués, era un diamante solitario hermoso, como los ojos de su bella Darline, en oro blanco; se vería perfecto en sus delicadas manos.

—Excelente elección, milord —lo felicitó el joyero.

Al día siguiente, el periódico daba las buenas nuevas para algunos y las malas para otros.

*Se anuncia el compromiso de Alfred Bellamy, marqués de Huntly, y lady Darline de Derby.*

Esa noticia cayó como una palangana de agua helada sobre lady Isabelle, quien, iracunda, tramaba un plan que los separaría para siempre.

—Alfred Bellamy, te arruinaré la vida, te daré donde más te duela —pronunció Isabelle con odio, su resentimiento era tal que no conocía los límites, haría infelices a Darline y a Alfred.

\*\*\*

—¡Qué bella noticia, te vas a casar con lady Darline! —exclamó la marquesa emocionada.

—Sí, madre, ya estamos comprometidos, y mire lo que le compré —mostró el marqués abriendo el estuche con la valiosa joya dentro.

—Es una belleza... No podría estar más orgullosa de ti en este momento, hijo, por fin te casarás y tendrás un heredero. Sabes que, si mueres, el título lo hace contigo, no hay más varones en la familia.

—Sí, lo sé, madre. Estoy feliz, Darline será mi esposa, la quiero tanto.

—¡Oh, Alfred! —expresó, emocionada, la marquesa.

En casa de Darline, había llegado Mariane corriendo a ver a su futura cuñada y a felicitarla por su próximo enlace.

—Darline, ¿cómo estás?

—Estoy mejor y muy feliz, ¡el marqués me propuso matrimonio!

—Ya todo Londres lo sabe.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Pues mira —dijo Mariane dándole el periódico.

—¡Por Dios, es oficial, no lo puedo creer!

Tocaron la puerta de la habitación de Darline, era Arthur con un arreglo hermoso y una nota que decía:

*Gracias por darme el sí, prometo hacerte la mujer más feliz del mundo, abre el estuche y ponte el presente para sellar nuestro compromiso, futura marquesa.*

*Alfred Bellamy, marqués de Huntly*

Miró el estuche y lo abrió temblando.

¡Dios!, era el anillo más hermoso que jamás hubiera visto, un diamante que brillaba como la luna, y otra nota:

*Brilla como tus bellos ojos, mi ángel, haciendo que pueda ver tu alma.*

Con lágrimas de emoción, se lo puso.

—¡Es hermoso, Darline, es tan romántico! Se nota que te adora, Harold me contó que en una semana será la fiesta del compromiso.

—¡Y yo aquí tirada! Quisiera ir a la modista para que me prepare un vestido maravilloso.

—No hace falta, la señora Polett vendrá mañana a sacarte las medidas y a traerte unas telas exclusivas.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Tu madre me pidió que le ayudara, ella es especial, te ama mucho.

—Como yo a ella. Lo que no entiendo es por qué me cuidan tanto, creo que les gusta malcriarme. —rió Darline.

Mariane sabía el porqué, pero no se lo diría, callaría como el resto.

La señora Polett estuvo temprano en Snow House, le tomó las medidas y eligió telas con Darline y su madre.

—*Lady* Darline, le recomiendo esta tela, irá perfecta con el color de su piel. Además, se verá como un ángel, tengo esta tela de encaje con brillos... —decía la modista mostrándole todo.

—¡Realmente es maravilloso! —aseguró Darline acariciando las telas.

—*Milady*... —interrumpió la señora Polett a Darline llamando su atención —, tenga cuidado, hay alguien que no quiere que usted se case con el marqués.

—*Lady* Isabelle, ¿no es cierto?

—Está obsesionada con él, no sabría decirle de qué es capaz, pero recuerdo que juró en la boutique que ella sería la marquesa.

—Tendré cuidado, pero ella ya no puede hacer nada, estamos comprometidos y nos queremos.

—De eso no hay dudas, usted cambió al marqués de tal manera que está irreconocible.

—¿Tan infame era? —preguntó con diversión.

—¡Era un picaflor...! Ahora, su amigo, el duque Norfolk, anda solito por los burdeles.

—Pobre... —dijo Darline entre risas.

\*\*\*

—¡Alfred Bellamy se casa! ¡Se viene el fin del mundo! —gorjeó Harry burlándose de él.

—¡Basta, Norfolk! Estoy feliz, me casaré con la mejor mujer del mundo.

—Sí, lo sé, mueres por ella, ¿cuándo pensabas decírmelo?

—Te has enterado con todo el resto de Londres, pagaría lo que fuera por ver la cara del imbécil de St. Albans —dijo Alfred con burla.

—No debe estar contento, te comiste su cena —bufoneó Harry—. Yo pagaría por ver la cara de *lady* Isabelle.

—¿Qué haré con esa mujer? Me amenazó, ¿crees que será capaz de algo?

—No lo sé, está despechada, quizás se le pase en un tiempo.

—Más vale que así sea, no quiero que se meta entre Darline y yo.

—¿Qué tal si vamos a White's a festejar?

—Vamos, amigo mío, esta vez, pago yo.

—¡Ese es mi amigo!

Llegaron a White's, se sirvieron unas copas mientras charlaban animadamente, cuando escucharon:

—Huntly, conseguiste quitarme del medio, ¿no es así? —preguntó St. Albans con sorna.

—St. Albans, yo me adelanté a conocerla, tú fuiste un flojo.

—Todo es muy apresurado, ¿no lo crees? ¿Qué harás con dos mujeres? —inquirió cizañero.

—¿De qué hablas?

—De tu futura esposa, la bella *lady* Darline, y tu muy conocida amante *lady* Isabelle.

—¡Ella no es mi amante! ¡¿Qué estupideces dices?! —preguntó Alfred iracundo.

—No le hagas caso, Alfred, St. Albans solo está resentido —dijo Harry tratando de zanjar la cuestión.

—Te han visto encontrándote por la noche con ella, ¿qué harás si se entera *lady* Darline?

—¿Me estás amenazando, St. Albans? —cuestionó un incrédulo Alfred.

—Yo no, pero ella, Huntly, es de armas tomar, es un rumor que pronto llegará a oídos de tu dulce prometida.

—¡Vete antes que te asesine! —amenazó el marqués.

—Estás avisado, adiós —dijo el duque de St. Albans después de verter su veneno en la conciencia de Alfred.

¿Cómo lidiaría con ese problema? No quería imaginarse cuánto afectaría el

frágil corazón de Darline aquella noticia si llegaba a sus oídos.

Estaba sentado, impotente, bebiendo, no sabía qué hacer; mejor dejaría que el tiempo lo dijera.

Los chismes habían llegado a los oídos de Darline cuando fue a la tienda de la señora Polett por unos listones días después de su convalecencia. Escuchaba que las señoras murmuraban que Alfred tenía una amante. Al día siguiente sería la fiesta de compromiso, ¿qué haría con esa información de que él tenía una supuesta amante? No se sabía quién era, no quería echar a perder su compromiso, pues podrían ser solo chismes sin fundamento, y ella lo amaba y él a ella. Esos días fueron maravillosos; los paseos en el parque, por el jardín, sus besos que cada vez la hacía desearlo de maneras que ella no conocía. Todo iba perfecto, por lo que se decidió a no decir nada ni dejarse envenenar por simples chismes.

En su casa, mientras tanto, sus hermanos ya sabían lo que se comentaba.

—¡Ese desgraciado está poniendo en boca de todos a nuestra inocente hermana! ¡Qué impotencia! —reclamó Harold—. Ella lo ama ¡Maldición!

—No debemos apresurarnos, lo vigilaremos. En cualquier momento, cometerá un error —dijo Brent golpeando el puño contra el escritorio—, y ahí lo pescaremos.

## CAPÍTULO 16

El baile de compromiso se llevaba a cabo de una manera tranquila, todo estaba saliendo bien, incluso Harold había decidido anunciar su compromiso con Mariane.

—¡Su atención, damas y caballeros, quisiera también comunicar algo en tan feliz ocasión! —expresó Harold agarrando la mano de Mariane—. La preciosa *lady* Mariane Middlethope ha aceptado convertirse en mi esposa.

Vítores de alegría se escucharon por todo el salón, salvo por el turbio rostro del barón de Addington.

Harold colocó el anillo en el dedo de su amada, un bello anillo de diamantes con pequeños zafiros incrustados.

Mariane estaba radiante de alegría, no esperaba tan especial acontecimiento.

Darline y Alfred danzaban alegremente bajo la atenta mirada de *lady* Isabelle, quien ya había decidido arruinar toda la felicidad de ellos esa misma noche.

—Soy tan feliz, Alfred, ya quiero ser tu esposa.

—Mi amor, pronto lo serás, en un mes estaremos casados y nos iremos a mi casa de Bath, ¿recuerdas que te lo comenté?

—Sí, Alfred, me lo describió como si fuera el paraíso, ya quiero estar ahí —dijo con una radiante sonrisa.

Ambos bailaban y reían. Después, cambiaron parejas y el duque de St. Albans la acaparó.

—Está usted muy hermosa, *milady*.

—Gracias, excelencia.

—Desearía que esta hubiera sido nuestra fiesta de compromiso.



—Por favor, excelencia, soy una mujer comprometida, no debería hablarme de ese modo —dijo, incómoda, Darline.

—Disculpe, *milady*, pero siento envidia del marqués, se lleva a una mujer exquisita como usted, él no la merece.

—Excelencia, le ruego nuevamente que se detenga, no me siento a gusto con sus insinuaciones.

Continuaron bailando una incómoda danza. Al otro lado del salón, Alfred bebía brandy con Harry, estaban riendo muy animados cuando un lacayo se acercó con una nota que decía: «Si no quieres que tu insípida prometida se entere de nuestra relación, ven a verme al jardín. I.».

Alfred miró con horror el papel, no podía estar pasándole eso; esa maldita iba a echarlo todo a la basura. Debía ponerle un punto final a esa historia, no lo separarían de Darline, no estaba dispuesto a perder lo más bello y puro de su vida.

—¡Maldita sea! —gruñó, impotente, Alfred.

—¿Qué pasa? —preguntó Harry con gesto preocupado.

—¡Esa víbora! ¡Maldigo la hora en que me involucré con ella! Quiere decirle la verdad a Darline, que fuimos amantes.

—¡Maldición! Te acompañaré por si me necesitas.

—Vamos, no perdamos tiempo.

El mundo de Alfred se estaba abriendo bajo sus pies, no quería creer que toda su felicidad podría desaparecer.

Llegó al jardín y la vio con su cínica sonrisa en el rostro.

—¡¿Qué quieres, sucia descarada?!

—No me hables así, cariño —dijo Isabelle en tono meloso—, solo quería hacerte una oferta.

—¡Habla de una vez! —atacó impaciente.

—¡Qué enfadado! —pronunció Isabelle queriendo tocarle el pecho, pero él se apartó—. Mi oferta es simple: te casas conmigo y tu amada seguirá tranquila, no le diré que fuimos amantes, aunque, bueno... —Hizo una pausa—. Le diré que aún somos amantes si no accedes.

—Sabes que no los somos, rompí contigo en el baile de *lady* Wellington, antes de conocer a Darline.

—¡Pero ella no te creerá, por todo Londres corrí el rumor de que aún somos

amantes!

—¡Maldita! Procede como quieras, hablaré con ella y le explicaré todo, sabrá entenderlo —confió Alfred.

—Si iba a entender, ya le hubieras dicho, cariño —alegó irónica.

Alfred quería estrangularla y librarse de ella para siempre, pero no era un asesino, para su mala fortuna.

En el salón, un lacayo se acercó a Darline y le dio una nota.

—¿Quién la envía? —preguntó curiosa, pensando que podía ser Alfred pidiéndole que se vieran.

—No lo sé, *milady*.

Entonces ella abrió la nota, la leyó y sintió un peso en el corazón.

*¿Sabes dónde está su prometido ahora? Búsquelo en el jardín.*

Buscó a Alfred con la mirada y no lo vio por ningún lugar. El duque de St. Albans, que no le había sacado los ojos de encima, se dio cuenta y la siguió, al igual que Harold, cuando iba hacia el jardín.

—¡Ya te lo dije, procede como quieras! —la desafió Alfred.

En ese momento, *lady* Isabelle comenzó a rasgarse la vestimenta y a jaderar como loca mientras se pegaba a Alfred, quien la empujó, pero ella logró sacarle algunos botones de la camisa.

—¡Suéltame, loca, ¿qué te sucede?!

En eso, llegó Darline y vio la comprometedoras escena; sentía que caía en un abismo de decepción.

—¿Qué es esto, Alfred? —preguntó, llorosa, Darline.

—Nada, Darline, esta mujer...

—¿Por qué no le dices, cariño, que somos amantes, que no aguantamos la pasión y decidimos hacer el amor en su jardín? —aseguró, interrumpiendo, con la intención de causar más daño.

—¡Cállate, mentirosa! —le gritó a Isabelle, luego se acercó a Darline para tocarla, y ella lo esquivó—. Mi amor, no es así.

—¿Mi amor? ¿Mi amor? Ni se le ocurra llamarme así, señorita —dijo ella agarrándose el pecho, sentía que nuevamente le faltaba el aire. Se estaba desplomando cuando la agarró St. Albans, mientras que Harold se abalanzaba a golpes contra Alfred.

—¡Desgraciado, hijo de perra...! Te voy a matar, infeliz... maldito... ¡Te advertí que, si le hacías algo a mi hermana, te mataría! ¡Te reto, te reto a un duelo, infeliz, voy a restituir el buen nombre de mi familia! —amenazó mientras lo golpeaba, hasta que apareció Norfolk, que había quedado cerca de la escena en caso de necesidad, y lo atajó.

Alfred estaba en el piso ensangrentado. Brent apareció de entre la maleza.

—¡Basta, Harold! Llevemos a Darline con el doctor, rápido. Tu duelo queda anulado, Huntly dice la verdad.

Se llevaron a Darline inconsciente hacia su habitación. St. Albans la cargaba en brazos por el área de servicio. Brent y Harold fueron a buscar al doctor, que se encontraba en el salón.

—Doctor, venga conmigo, por favor, es Darline se descompensó —musitó Brent en voz baja.

—¿Dónde está?

—La trasladaron a su habitación.

—Lleva a tu padre.

En el jardín, Norfolk estaba auxiliando a Alfred, que había perdido el conocimiento.

—¡Váyase de aquí, *lady* Isabelle! Usted no consiguió lo que vino a buscar.

Ella se retiró raudamente, murmurando que no se daría por vencida.

—Alfred, ¿estás bien? ¿Puedes escucharme?

—Sí, Norfolk, ¿por qué el desgraciado de St. Albans se llevó a Darline? —preguntó recordando lo último que había visto.

—Ella se desmayó...

Alfred, desesperado, intentó levantarse, pero no podía solo. Si Darline moría, ya no tendría motivos para vivir, y todo por su culpa, por su mala vida. Su ángel de frágil corazón no se merecía a alguien tan desgraciado como él, merecía tranquilidad, pero primero, antes de hacer lo que, según él, era lo correcto, debía saber que estaba viva.

Norfolk lo ayudó a pararse.

—Ayúdame a llegar a la habitación de Darline.

Fueron por la escalera de servicio hasta llegar al segundo piso; todos estaban frente a la habitación de Darline.

Harold lo vio, aún estaba nervioso por el enfrentamiento.

—¿Qué hace esa escoria aquí? Sujétenme, que lo mato, Darline está así por su culpa, si él no hubiera alterado su vida... —dijo muy afectado.

—Calma, Harold, todo tiene una explicación, y él va a dárnosla cuando sea el momento. Ahora, solo debemos estar pendientes de Darline y también curar al marqués —razonó Brent.

El doctor salió de la habitación y se dirigió a todos.

—No quiero engañarlos sobre su estado, pero ella no está bien, su corazón está demasiado débil, no creo que aguante otra emoción fuerte. Solo debemos esperar y dejarla tranquila, si no lo hacemos, ella podría dejarnos.

La condesa lloraba desconsolada junto a Mariane, que estaba abrazada a Harold con rostro afligido. Brent se agarraba la cabeza con las manos, y el conde no podía siquiera llorar.

Alfred no se sentía bien y cayó al piso, desmayado por las heridas y de la impresión; Norfolk lo sostuvo.

—Doctor, ayúdeme con mi amigo, creo que también está mal.

—Es cierto, no se ve bien —afirmó el doctor acercándose a él.

—Llévenlo a un cuarto de invitados y atiéndalo ahí, doctor, yo despediré a los invitados —indicó Brent.

Alfred tenía golpes fuertes en las costillas, probablemente presentaban fisuras. Aún seguía en la inconsciencia, tenía tanto dolor que no sabía si era del corazón o de sus golpeados huesos. Sin Darline, él no quería seguir.

Darline, en su habitación, lloraba porque su corazón había quedado roto en mil pedazos. Sentía un dolor tan profundo que volvió a quedarse dormida.

—Duerme, mi niña, duerme —le decía su madre acariciando su cabello—, todo pasará.

## CAPÍTULO 17

Habían pasado tres días desde la fiesta del compromiso. Darline no salía de su habitación, tenía miedo de ir directo a ver a Alfred. Todavía seguía pensando que había sido engañada por él y no quiso recibir a nadie desde lo que sucedido esa noche.

Brent había intentado hablar con ella y hacerla entrar en razón, pero se negaba. Su dolor era destructivo, y Brent, ya cansado de la situación, entró a la habitación de Darline.

—Darline, quiero hablar contigo.

—No quiero hablar, Brent, vete...

—No voy a irme, vine a acabar con tu dolor.

—¡Tú qué sabes de mi dolor! —reclamó ella llorando.

—No te engañó —afirmó Brent con seguridad.

—No lo defiendas, ¿desde cuándo sales a su favor? Debí hacerles caso cuando me dijeron que era un sinvergüenza —se lamentó llorando aún más.

—Basta, Darline, estás equivocada.

—Los vi pegados, Brent, él le había ya arrancado parte de la ropa.

—No me estás dejando explicarte, cállate, por favor, yo lo vi todo desde un principio. Alfred recibió una nota para encontrarse con ella en el jardín, y ella lo amenazó con decirte a ti que ellos seguían siendo amantes pese a que eso no era cierto. Él terminó con ella en el baile de *lady* Wellington, pero ella no se resignó a sus negativas y, entonces, comenzó el teatro de romper sus ropas y las de él para que tú los vieras y creyeras en su mentira.

—¡No lo puedo creer, esa mujer fue su amante!

—Entiende algo, Darline, él terminó aquello porque ya no quería estar con ella, luego te vio y se enamoró de ti. Él te ama, Darline, te defendió con uñas

y dientes de esa mujer.

Darline lloraba, entendía lo que su hermano le quería decir, debía ir a ver a Alfred.

—¿Dónde está él? ¿Cómo está?

—Está aún con fiebre, Harold le dio una paliza; hasta ahora le pide de disculpas.

—Me gustaría ver eso —dijo tratando de sonreír.

Fueron a la habitación de huéspedes y ahí estaba Alfred muy golpeado. Darline no pudo más que correr junto a su lecho.

—¡Dios mío, Harold! ¿Qué le hiciste?

—Perdón, Darline, estaba furioso, pensé que te había engañado.

—Se pondrá bien, solo debe descansar —dijo Brent.

Darline agarró la mano de Alfred, la apretó con afecto y empezó a hablarle mientras él dormía.

—Alfred, perdóname por no confiar en ti... sé que...

—No hace falta, mi amor, perdóname tú a mí, no quería decírtelo porque para mí era pasado, antes de conocerte, y cuando ella me amenazó, sentí miedo por ti. Ella quería hacerte daño y lo habría conseguido si no hubiera sido por Brent, que me siguió —susurró interrumpiendo a Darline.

—No hables más, estás muy débil aún, ya cuando te recuperes conversaremos bien.

Alfred asintió con la cabeza.

—Tú también debes descansar, recuerda lo que dijo el doctor —expresó Harold.

—Ya no me siento tan fatigada, no sé por qué tanta preocupación, solo me he desmayado de la impresión, es todo.

—Igual ve a tu habitación —ordenó su hermano.

—¡Está bien! Pero tú también sal de aquí, Harold, no quiero que me dejes sin prometido —bromeó, sonriendo, Darline.

Alfred no podía creer su buena suerte, Darline no dudaba de él, le había pedido perdón; su corazón era tan noble. Debía de decirle que la amaba. Esa noche iría a verla a su habitación para hacerlo, no importaban todos sus dolores.

La noche llegó y Alfred se encontraba atento a cada ruido de la casa,

esperando a que se durmieran todos.

Darline se encontraba feliz en su habitación, charlando con su doncella.

—Lia, esta mañana pensaba que mi felicidad había terminado, creía que la maldad de esa mujer había acabado con todo lo que teníamos Alfred y yo, pero no fue así. No dejaré que esa mujer se meta entre él y yo, no creeré ninguna patraña más.

—¡Así se habla, *milady*! Usted es más fuerte desde que conoció al marqués.

—Soy otra, Lia, el amor me mueve, estoy feliz y... Ahora, acicala mi cabello ya y vete a descansar —dijo, divertida, Darline.

Lia peinó su sedoso cabello negro y, cuando terminó, hizo una reverencia y se retiró.

Alfred escuchó la puerta de Darline cerrarse; la doncella se había ido, era su oportunidad. Salió de puntitas rápidamente del cuarto y se dirigió al de Darline; entró y todas las lámparas estaban apagadas.

Darline escuchó un ruido y se asustó.

—¿Quién anda ahí?

Alfred, al escuchar la voz de Darline en la noche, se animó.

—Soy yo, Alfred.

—Alfred, ¿qué haces aquí? No es correcto. Aún estás convaleciente.

—Tú también. Vine porque dije que no esperaría un día más para decirte algo, no quiero que nada ni nadie nos separe.

—¿Qué es lo que tienes que decirme? —preguntó con el corazón latiendo descontroladamente.

—Que te amo, *lady* Darline de Derby, no puedo vivir sin ti. Pensé que te había perdido, pensé que debía alejarme por no ser merecedor de tu amor —confesó con vehemencia.

—Alfred, también te amo —reconoció ella arrojándose a sus brazos.

Alfred sintió que el corazón le explotaría de emoción, estaba feliz, muy feliz, y también muy excitado. Comenzó a besarla suavemente, y ella respondió.

Sus tímidos labios fueron tomando confianza y ella empezó a sentirse extraña, quería más y, entonces, con su dulce inocencia, lo tentaba, mordía sus labios mansamente. Alfred empezó a perder el juicio, estaba ya dolorosamente estimulado y sabía que no podía hacer nada.

Ella continuaba, le acariciaba el pecho con ambas manos para sentir sus fuertes músculos; Darline quería que él le hiciera el amor.

Alfred la empezó a tocar desde la cintura, llevando sus manos a la abertura de su camisón, y descendió hasta los pequeños pechos de Darline, lanzado un suspiro seductor.

Darline gemía por las nuevas sensaciones que estaba experimentando, Alfred la llevó hasta tu cama y le abrió el camisón.

La tocaba de manera delicada pero provocativa.

—Darline, no podré detenerme, dime que no siga, por favor.

—No quiero que te detengas.

—Pero, Darline, no podré aguantar...

—Pues no lo hagas —dijo ella besándolo apasionadamente.

El bajó sus manos hasta sus partes íntimas, le separó la ropa interior y la acarició.

Estaba perdido, no iba a detenerse, ella lo deseaba y él también. Darline gemía y gemía más fuerte, le gustaba lo que le hacía sentir Alfred.

Él le sacó el camisón por la cabeza y, luego, su ropa interior; estaba completamente desnuda para él, era un espectáculo tan erótico. Deseaba a esa mujer ahí y en ese instante.

Darline creía que perdería la cordura, no sabía qué le estaba haciendo, pero le encantaba. Sintió que algo estaba por explotar en ella y gimió más fuerte cada vez, hasta que se sintió redimida.

Alfred se quitó la ropa y, acariciando el cuerpo deshecho de Darline, se colocó en posición e iba a hacerla suya.

Estaba ardiendo por dentro, ya no pensaba, ya no era él; era el deseo, la lujuria, la pasión.

—No, no, no debo hacerlo, amor.

—¿Por qué?! —Darline se sobresaltó.

—Quiero hacerte mía en nuestra noche de bodas, no mereces hacerlo como si esto fuera algo malo. Me quedaré a dormir contigo, pero nada más pasará entre nosotros.



## CAPÍTULO 18

Darline quiso entregarse esa noche, pero no fue así. Él no había permitido que eso sucediera. Ella lo deseaba a él con todas sus fuerzas, le había quedado un sabor amargo por una parte, pero por otra se sentía satisfecha. Él había despertado en su cuerpo nuevas sensaciones que ella quería seguir experimentando.

Alfred se quedó hasta que ella se durmió, la besó y fue a su habitación. No pudo pegar el ojo en toda la noche. Había dejado pasar la oportunidad de tener a la única mujer que amaba, en la cama.

«¡Imbécil!», pensó, cuando se lo contara a Norfolk, este se morirá de la rabia.

Al día siguiente, Alfred decidió que ya había pasado suficiente tiempo en Snow House, agradeció su hospitalidad y se despidió de Darline.

—Mi bella *lady*, tengo que irme a casa, ya abusé lo suficiente de su hospitalidad.

—Señoría, puede quedarse sin problemas hasta que esté recuperado —expresó Darline—, pues fue mi hermano troglodita quien lo golpeó salvajemente.

—Para mí es asunto olvidado, *milady*.

—Le pido perdón nuevamente, Huntly, por mi comportamiento, no fui un caballero —dijo Harold compungido.

—No se preocupe, Harold, todo queda olvidado, incluyendo el duelo —agregó Alfred dándole la mano y sonriendo.

Al llegar a su casa, su madre lo recibió amorosamente y le comunicó algunas noticias.

—Hijo, es bueno tenerte aquí de vuelta, te ves mejor que la última vez que

te vi —indicó, sonriente, la marquesa.

—Madre... Darline hace que me vea así.

—Sí, lo sé —insinuó con sorna, refiriéndose al encuentro con Harold.

—Madre, ¿qué son esas noticias que debía comunicarme?

—Recibí una carta, parecer ser que de uno de tus arrendatarios en Bath.

—¿Firmó?

—Decía C. Griffin.

—No lo conozco, ¿qué quería?

—Tratar algunos asuntos de robos que estuvieron ocurriendo entre tus arrendatarios.

—Partiré en tres días y volveré lo más rápido posible.

—¿Y cómo está Darline?

—Está mejor, madre, solo tiene que reposar. Estuve tan asustado de perderla. No puedo imaginarme estar sin ella, ya quiero casarme y llevármela a Bath.

—¿Cuándo definirán la fecha de la boda, Alfred?

—Es mejor que lo haga al regresar del viaje. Ahora la dejo, madre, iré a descansar, aún me duelen las costillas.

\*\*\*

—¿Ese es su precio? —preguntó Isabelle.

—Sí, es ese, *milady*. Secuestrar a un noble no es fácil, y menos encerrarlo, tendremos que drogarlo —aseguró el sucio hombre que había contratado Isabelle. Su plan era simplemente secuestrar a Alfred y llevárselo a una cabaña que había alquilado en Bath. En el camino, interceptarían su carruaje y se lo llevarían, ¿qué podría salir tan mal? La carta de un falso arrendatario ya estaba en marcha y solo había que esperar.

Habían pasado los tres días, y Darline se encontraba en casa del marqués para despedirse.

—Señoría, lo extrañaré tanto, lo estaré esperando ansiosa —declaró con profundo pesar.

—Al regresar, fijaremos la fecha de la boda, mi bello ángel, estaré ansioso por regresar a tu lado. Te amo —afirmó acariciado y besando las manos de Darline.

—También lo amo, vuelva pronto, por favor.

—Así lo haré, *milady*...

Alfred se despidió, subió al carruaje y partió rumbo a Bath.

Darline sentía algo extraño, tenía miedo al estar él lejos, algo no andaba bien. Trató de calmarse, pero no daba el resultado esperado.

Por el camino, el carruaje se detuvo de manera inesperada. Alfred sacó la cabeza y se fijó, parecía ser un asalto.

Escuchó que habían golpeado a su cochero, que otro hombre tomaba su lugar y que el carruaje había comenzado a moverse de nuevo. El marqués tenía un arma, así que, al abrir la puerta algún hombre, le dispararía.

Así fue, un hombre extraño recibió un disparo y cayó del carruaje en movimiento, pero el marqués no había contado con que otro hombre entraría por el otro lado y comenzaron forcejear; el otro también tenía un arma.

—Venga conmigo por las buenas, milord, esa *lady* lo quiere vivo, no se ponga arisco —dijo colocándole un pañuelo a Alfred en la boca.

Alfred forcejeaba desesperado, pensó que iba a quedarse dormido, pues lo habían drogado, pero debía luchar hasta el final.

Forcejearon por el arma del hombre y esta se disparó y mató al nuevo cochero, el carruaje perdió el control y Alfred saltó del carruaje que se dirigía a un despeñadero.

Se había salvado, pero no del todo, pues cayó entre un montón de piedras, y se había golpeado la cabeza; el marqués quedó inconsciente.

Había pasado un día cuando un carruaje pasaba por ahí y sus tripulantes lo vieron.

—¡Padre, mire! Es un hombre y parece ser noble —señaló *lady* April a su padre, el conde de Bute.

—Josh, acércate allí donde está el hombre, ve si respira.

—Sí, milord.

El cochero se acercó a verificar.

—Aún respira, pero está muy mal, tiene un golpe demasiado fuerte en la cabeza y es un noble. Probablemente lo asaltaron —explicó Josh a su patrón.

—Anda, súbelo al carruaje —ordenó el conde.

*Lady April* nunca había visto un hombre tan guapo. Ella, a sus veinte años, casi veintiuno, se estaba quedando solterona. Pese a su gran belleza, tanto interior como exterior, sus grandes ojos ámbar, sus cabellos rubios, una figura delicada y perfecta, no había conseguido marido.

—¿Qué haremos con él, padre?

—Lo llevaremos al médico rápido y trataremos de averiguar quién es. Ve si en su chaqueta hay algo que pueda identificarlo.

—Hay una tarjeta y dice Alfred Bellamy, marqués de Huntly. Es un marqués, padre —dijo, emocionada, *April*.

El cochero del marqués por fin había llegado a la casa. James, el mayordomo, lo vio ensangrentado, lo auxilió y le preguntó por su señoría.

—Debo hablar con *milady*, han secuestrado a milord —explicó el cochero desesperado.

James fue corriendo a buscar a la marquesa.

—*Milady*, por favor, venga conmigo.

—¿Qué sucede? —preguntó, sobresaltada, la marquesa.

—Se trata de su señoría, el cochero ha regresado sin él, dijo que lo secuestraron.

—¡Eso no puede ser! —exclamó *lady Helena*, y corrió hasta donde se encontraba el hombre.

—¡Fredy! ¿Qué fue lo que sucedió?

—*Milady*, unos hombres se acercaron al carruaje y me encañonaron, me golpearon y subieron al carruaje para llevarse al marqués.

—James, que un mozo vaya por el duque de Norfolk, iremos a buscar a mi hijo, que nadie le diga a *lady Darline*, ya saben de su enfermedad.

—Sí, *milady*.

Fredy, el cochero, se acercó a la marquesa.

—Perdóneme, *milady*, fue culpa mía, debí haber sido más valiente para defender a su señoría.

—No te culpes, Fredy —dijo la marquesa—, lo encontraremos.

El duque de Norfolk fue con sus hombres y empezaron a buscarlo, habían

pasado días del secuestro. Harry se asomó a un barranco y vio el carruaje del marqués destrozado.

—¡Allá está el carruaje, vayamos a ver qué encontramos!

Lo que hallaron fue el cuerpo irreconocible de un hombre. Harry no podía creer que ese fuera su amigo, no podía ser, era un terrible error, pero el marqués había muerto.

La noticia golpeó tanto a *lady* Helena que no pudo levantarse por días de la cama. Y, en ese momento, venía la peor parte: comunicárselo a *lady* Darline. Harry pensaba en cómo decírselo, pero no encontraba la forma, debía hablar con sus hermanos.

## CAPÍTULO 19

Habían pasado dos semanas y el marqués no regresaba. Darline tenía un mal presentimiento. *Lady* Helena estaba muy evasiva y le había dicho que él se retrasaría para volver.

—¿Qué habrá sido de ti, amor? —preguntó al aire, para sí.

\*\*\*

—Excelencia, hemos recibido su mensaje, aquí nos tiene —dijo Brent.

—Es algo muy difícil de comunicarles, no podía decírselo a *lady* Darline.

—¿Qué pasa, Norfolk? —preguntó, impaciente, Harold.

—No sé cómo empezar... —Se quedó callado—. Como sabrán, Alfred no regresa, y tampoco regresará más.

—¿Qué no regresará? ¿Acaso ha abandonado a nuestra hermana? Iremos tras él y lo mataremos —aseguró Harold.

—No la ha abandonado, ha muerto... —explicó con tristeza—. De ida a su viaje a Bath, fue interceptado por unos hombres que lo secuestraron, pero no salió como estos se esperaban, y el carruaje cayó a un precipicio con el marqués dentro.

—Eso... no, no puede ser... —murmuró Harold—. ¿Cómo se lo diremos a Darline, Brent? ¡Dime, cómo!

—No lo sé... Hablaremos con padre, esta noticia podría realmente matarla.

—Norfolk, sentimos lo de su amigo, sabíamos que prácticamente eran hermanos —dijo Harold.

—Gracias, espero que *lady* Darline tome la noticia sin riesgo alguno.

En casa de Darline, ella estaba inquieta, no podía estar tranquila, por lo que fue hacia la biblioteca a buscar un libro, cuando escuchó a Harold y Brent hablando con su padre.

—Padre, no podemos decírselo a Darline, ella morirá, recuerde su enfermedad —expuso Brent.

Darline se preguntó cuál enfermedad. ¿Qué ocultaban?

—Hijo, debemos decírselo, ella espera que el marqués regrese, pero ya sabemos que no lo hará —manifestó el conde.

No, no podía ser. ¿Acaso Alfred ya no quería casarse con ella? No pudo más con la incertidumbre y entró a la biblioteca.

—¿Por qué no regresará, padre?! ¡Dígamelo! ¿Ha renegado, acaso, de querer casarse conmigo? —preguntó entre lágrimas.

—Hija..., cálmate, por favor...

—Y dígame otra cosa, padre, ¿qué enfermedad tengo? ¿Por qué moriré?

—Darline, cálmate —repitió Harold.

—¿Que me calme?! ¡Hablen ya! Estoy sufriendo por no saber.

—Es que no sabemos cómo decírtelo —expresó su padre.

—¡Hable, padre! —gritó desesperada.

Brent corrió fuera de la biblioteca a buscar a Arthur.

—Rápido, Arthur, ve y busca al doctor Jacobs.

El mayordomo fue corriendo a cumplir la orden, mientras Brent volvió a la biblioteca y se colocó cerca de Darline.

—¡Padre! —lloraba Darline—, ¡por favor, hable ya, esta espera me mata! ¿Qué sucedió con el marqués?

—Darline, el marqués no regresará, ha fallecido en un intento de secuestro camino a Bath, tan solo a medio día de viaje, lo siento, mi niña.

—¡Eso no es cierto, padre, no puede ser! —exclamó sin poder creer que Alfred estuviera muerto.

—Norfolk reconoció el carruaje en el barranco, y el cuerpo estaba dentro —explicó Brent.

Darline se agarró del escritorio y apretó su pecho con fuerza, ella quería morir también, su amor había muerto. Dio un horrible y desgarrador grito de dolor y cayó hacia el piso, desmayada; sus hermanos la agarraron.

Después de un momento, el doctor había llegado y entró a la biblioteca.

—Hay que llevarla a St. Thomas, está teniendo un infarto —anunció el doctor.

—¡Dios mío, no! —se desesperó el conde.

La auxiliaron hasta St. Thomas quedando internada.

\*\*\*

En esas dos semanas, el marqués no había despertado. *Lady April* lo cuidaba minuciosamente, a ella le gustaba hacerlo, era un hombre muy guapo.

Su padre había estado averiguando sobre el marqués y supo que era un hombre comprometido con la hija del conde de Derby. Debían avisarle que él estaba vivo, pero April no quería, ansiaba al Marqués para ella.

Alfred despertó repentinamente y un dolor agudo se extendió por su cabeza.

—¿Dónde estoy? —preguntó Alfred dolorido, mirando a April.

—Está en la casa del conde de Bute, señoría.

—¿Qué me pasó?

—No lo sabemos, lo encontramos camino a Bath.

—¿Camino a Bath? ¿Qué hacía por ahí?

—¿No recuerda quién es, señoría?

—Sé quién soy, pero no qué hacía camino a Bath, aunque tengo una propiedad ahí. *Milady*, ¿usted es?

—Soy *lady April*, hija del conde de Bute.

—Es usted muy hermosa, *lady April*, ¿podría ayudarme a localizar a mi madre? Ella está en Londres, necesito que sepa que estoy bien, habré sido víctima de ladrones.

—Sí, milord, le escribiré la carta —dijo ella sonriendo.

Dos días habían pasado desde que le habían dado la noticia a Darline.

—Milord —musitó el doctor Jacobs—, ella debe volver al campo o ir a algún lugar tranquilo.

—¿Está en condiciones de viajar?

—Sí, solo no debe agitarse, estuvo muy delicada, casi la perdimos.



—Iremos a Francia, doctor, tengo una propiedad campestre que adquirí recientemente.

—Me parece excelente, aléjela de toda esta presión —sugirió.

Al día siguiente, partieron rumbo a Francia. Darline parecía haber perdido el alma, estaba vacía, no sentía nada, solo una enorme pesadez en el corazón. Enterarse que tenía una enfermedad y que el amor de su vida estaba muerto era demasiado para ella, ya no le importaba nada, había perdido la ilusión y las ganas de vivir; era como un hermoso frasco de perfume, pero todo su bello aroma se había evaporado.

\*\*\*

La marquesa recibió una carta que decía:

*Querida lady Helena, marquesa viuda de Huntly, solo quería informarle que el marqués de Huntly se encuentra vivo, parece haber sufrido un asalto hace poco más de dos semanas. Lo encontramos en un camino rocoso, se lastimó la cabeza y la conmoción lo tuvo inconsciente hasta hace unos días, que nos pudo confirmar su identidad. Pidió que le escribiera esta carta para que viniera a verlo a Camp Hall, la residencia del conde de Bute.*

*Lady April Bute.*

—¡James, James..., mi hijo está vivo! Llama al duque de Norfolk, que venga, y prepara el carruaje, vamos rumbo a Bath.

Norfolk miraba la carta y no podía creerlo, estaba feliz. El duque y la marquesa partieron inmediatamente.

Al día siguiente, llegaron a Camp Hall.

—¡Hijo! —dijo, llorando, la marquesa—, pensé que habías muerto. Cuando te buscaron, encontraron tu carruaje en el barranco, con un hombre irreconocible dentro, pensamos que eras tú.

—Madre, estoy bien. Norfolk —saludó, contento, Alfred—, es un gusto verte, hacía tiempo que no lo hacía. Pronto regresaremos a las andanzas.

—Alfred, ¿estás bien?

—Sí, ¿por qué? No recuerdo qué hacía camino a Bath ni por qué estoy aquí, solo sé que estoy bien cuidado por la hermosa *lady April*.

—¿Acaso no recuerdas a *lady Darline*, tu prometida?

—¿Prometida, madre? ¿Qué clase de broma es esa? Sabe que no me casaré aún, deje de presionarme.

—¡Oh, por Dios, no recuerda a *lady Darline*, marquesa! ¿Cómo lo llevaremos a casa ahora? Si la noticia de su supuesta muerte no la mató, esto sí lo hará.

—¿Tú también, Harry? No sé quién es esa joven.

—Hace más de tres semanas, fue tu fiesta de compromiso. Un verdadero escándalo, *lady Isabelle* hizo de las suyas.

—¿Y esa quién es?

—¡Por Dios, no recuerda nada! —exclamó Norfolk.

Días después, regresaron a Londres con el conde y *lady April*, ellos fueron a su mansión, y el marqués con su madre a la suya, mientras que Harry fue a Snow House. Tocó la puerta y salió un mozo.

—¿El conde se encuentra?

—No, milord, ellos partieron a Francia hace casi una semana. *Lady Darline* estaba muy mal y necesitaba un lugar tranquilo por sugerencia del doctor.

—Por si acaso llegan a aparecer, les dejaré esta nota.

Los días pasaban y Alfred no recordaba nada, incluso *lady Isabelle* había ido a buscarlo a su casa y él la recibió como si no la conociera; todo en el plan de ella había salido mal.

*Lady April* estaba cada día más animada con Alfred, estaban empezando algo, y *lady Isabelle* lo notaba. Aún no superaba todo, debía seducirlo; ya que no la recordaba, era su nueva oportunidad, pero *lady April* estaba estorbando.

Londres murmuraba la ruptura del compromiso del marqués y *lady Darline*. Después de su accidente, se dieron cuenta de que él ya no la recordaba y que *Darline* formaba parte de un pasado del que no sabía y probablemente tampoco lo haría.

—¿Quién fuiste, *Darline*? Para mi eres un fantasma al que no voy a conocer jamás —murmuró Alfred aquejado por las dudas de un tiempo que no recordaba.

## CAPÍTULO 20

*Escocia, 1814*

—¡Amigo mío! Por fin te dignas a visitarme —reclamó Alen, duque de Malborough.

—Alen, ya te escribí, estuve en París con mi hermana y mis padres, ya te conté la triste historia que le tocó vivir a ella. Hasta ahora no se ha recuperado completamente, no quiso aún regresar a Inglaterra —comentó Brent abrazándolo.

—Lo siento, Brent, es una pena. De comprometida a pasar a no estarlo debió ser muy duro.

—Eso no fue lo duro, ella lo amaba profundamente, y él a ella, me constaba.

—Hablemos de cosas más agradables. ¿Sabes?, me cansé de Escocia, volveré a Inglaterra en un mes.

—¿De verdad? Vamos a mi casa en Hertfordshire, estaremos juntos en la tranquilidad del campo.

—Me parece buena idea, aún no quiero ir a Londres, quedaremos de paso en el campo.

\*\*\*

*Francia*

—Padre —musitó Darline—, ya no quiero permanecer en París, quiero irme a Hertfordshire, extraño mi vida anterior.

—¿Te hace bien volver a Inglaterra? —preguntó la condesa.

—Madre, debo superar lo que pasó. Estoy perfectamente bien para enfrentarme a la vida. Me eché a morir aquí demasiado tiempo, llegó el momento de seguir —aseguró Darline con nuevos aires.

—Está bien, partiremos en una semana —decidió el conde sonriéndole a su hija.

Darline ya no era la jovencita frágil que había ido a Londres miedosa e ilusionada por la vida que le esperaba, había salido de ahí destrozada y vacía. Aún amaba a Alfred, pero él ya no estaba y no se negaría a amar de nuevo si la vida le brindaba la oportunidad. Su corazón se había fortalecido, ya no había caído en un ataque desde su infarto.

La vida también la había mejorado físicamente, sus ojos grises eran bellos pero sin el alma de antes; sus labios rojos se veían dulces y apasionados; su cuerpo se volvió más esbelto. Ya no era una niña, sino toda una mujer; ya no era tonta, sino decidida y luchadora.

Su hermano Harold se había casado en París con *lady* Mariane Lowel, y estaba en ese momento embarazada. Los vizcondes también se quedaron en París con ellos

—Harold —dijo Darline—, te comunico que partiré a Hertfordshire en una semana con padre y madre.

—Nosotros iremos a Londres, los padres de Mariane ya quieren regresar y yo también, viviremos en Snow House.

—Entonces partiremos todos juntos —expresó Darline entusiasmada.

La semana había pasado, empacaron sus pertenencias y partieron rumbo a una nueva vida, sin la expectativa de su primera vez en Londres. Darline iba a ver qué le tenía preparado el cruel destino que le había arrebatado a su único amor. En los dos años en París, se había negado a tener cualquier tipo de relación con otras personas, estaba alejada de la vida social, solo existía su familia.

Llegaron a Hertfordshire. En la casa, ya los esperaba Arthur con la señora Garret. Sunset Manor estaba igual que antes, nada había cambiado, solo ella, ya no era la misma, pensaba que la vida le había dado la espalda.

Darline fue a las caballerizas y saludó al mozo.

—George, ¿cómo te ha ido? ¿Cómo está Petra?

—Bien, *milady*, se la ve muy bien, su yegua andaba muy triste desde que la dejó, pero ahora obsérvela, nada más con verla, se emociona.

Petra estaba relinchaba extasiada por reconocer a Darline después de tanto tiempo.

—Prepárala para mañana, la llevaré a dar una vuelta.

—Como ordene, *milady*.

Darline fue de vuelta a la casa, llegó a su habitación y se tiró en la cama.

—*Milady*, su baño está listo —avisó Lia.

—Es cierto, debo asearme, aunque solo quiera dormir, Lia. Es tan difícil estar en Inglaterra nuevamente —comentó con cierta tristeza.

—Lo sé, *milady*, pero usted está más fuerte ahora, ya no es frágil como antes. Debe ver esta vida de otro modo.

—¿De qué modo, Lia? Si me lo ha quitado todo —expresó con resentimiento—. Quiero una oportunidad, pero no sé para qué, todo mi amor murió el día en que perdí a Alfred. Estoy vacía, seca, ni siquiera logro ver mi alma en el espejo, ya no brillo como antes —lamentó observando su reflejo en el espejo del tocador.

—*Milady*, hágase una promesa, no deje pasar más las oportunidades que le da la vida, ¿le parece?

—Eso puede ser —condescendió ella sonriendo y recordando la noche en que debió haber hecho el amor con Alfred. Siempre se arrepentiría de no haberle entregado su virtud, capaz, en ese momento, le quedaría el consuelo de un hijo suyo.

\*\*\*

## *Londres*

El marqués estaba teniendo un sueño, otro sueño extraño: una bella mujer de ojos grises y cabello negro le sonreía y le decía que lo extrañaría y que volviera pronto. Extrañas imágenes pasaban por su mente: el baile, el compromiso, el anillo, el asalto, pero no recordaba.

Después, escuchó el llanto de su hijo Daniel, su heredero; tenía 8 meses. *Lady April* se había convertido en la marquesa de Huntly, pero había

fallecido hacía 6 meses en un extraño accidente. April había caído del caballo, las riendas se habían soltado y ella se derrumbó y se rompió el cuello; nada se pudo hacer por ella. Él no la amaba, pero la apreciaba mucho. Daniel era huérfano de madre; menos mal que estaba su abuela, que lo adoraba. Gracias a *lady* Helena, Alfred podía llevar su vida de viudo y con un hijo.

Ya era de mañana y la niñera paseaba a Daniel por la casa.

—Buen día, hijo —saludó el marqués al hermoso niño de ojos ámbar y cabello castaño que lo miraba y sonreía—. Buen día, madre.

—Buen día, Alfred, ¿dormiste bien?

—Como siempre, madre, sueños extraños: una mujer de ojos grises. No entiendo de dónde salió.

—Ya te lo dije, era tu prometida Darline de Derby —expuso la marquesa, bebiendo un té.

—Madre, ¿es en serio eso? —preguntó, incrédulo, Alfred.

—Sí, hijo, puedes ver en tu caja fuerte, ahí está el diario donde se anunciaba tu compromiso con ella.

—Si éramos prometidos y nos amábamos tanto, ¿por qué nunca vino a verme?

—Hijo, ¿qué, no te lo dijo April?

—¿Qué me tenía que decir?

—Norfolk fue a Snow House para comunicarles que tú estabas vivo, pero ellos ya habían partido a Francia. Darline sufrió un infarto al creerte muerto y el doctor recomendó que se la llevaran lejos de Londres, donde tuviera paz. En poco tiempo había pasado por tres ataques, y el último la mantuvo delicada. Sus padres y hermanos la cuidaban demasiado, y ya ves por qué.

—April no me dijo nada de eso y no recuerdo a la tal Darline, madre —aseguró Alfred agarrándose la cabeza.

—No sabemos qué fue de ella, debe estar por cumplir veinte años. Era una niña hermosa e inteligente, te habías enamorado a primera vista. St. Albans era tu rival por su amor.

—¿Cómo es que no recuerdo todo eso?

—El doctor dice que en cualquier momento puedes recordar, tu memoria la perdiste por el golpe que recibiste. Todos los acontecimientos de los últimos

meses los olvidaste.

—¿Ella me amaba, madre? —curioseó Alfred.

—Eras su vida, estaba perdidamente enamorada de ti, pero es una lástima que ya sea cosa del pasado.

Alfred golpeó la mesa y sobresaltó a la marquesa.

—¡Un pasado que no recuerdo! ¡Maldita sea! —gruñó lleno de frustración. Todos le hablaban de aquella dama, pero él se negaba a creer en la existencia de una mujer que se había adueñado de su corazón.

Alfred salió al parque, caminó y se sentó en la banca, la que no sabía que era donde le había dado su primer beso a Darline; no sabía qué lo había llevado hasta allí.

De vuelta, las imágenes venían a su mente perturbándolo, palabras, sus labios, su beso y un... «te amo, Alfred».

—¡Darline! —gritó, recordando a su amada en aquel instante.

## CAPÍTULO 21

—**A**migo, cuánto retraso para llegar, ya casi es de noche, ¿aún falta mucho?

—preguntó Alen.

—Sí que falta, y mucho aún —respondió Brent.

—¡Me hubiera quedado en Escocia! —exclamó, divertido, Alen.

—No es culpa nuestra, tus baúles son demasiados. ¡¿Cómo no se iban a perder?! Eres un idiota.

—¿Qué parte de que me quedaré a vivir definitivamente en Londres no entiendes? Debían traerlo todo, ¡todo! Me quedaré contigo hasta la nueva temporada e iré a cumplir con mi deber.

—¿Y cuál es tu deber?

—Un heredero, amigo, una esposa, a eso vuelvo a Inglaterra.

—¡No puedo creerlo! Sentarás cabeza como Harold.

—Sí, cumpliré treinta y un años, y ya sabes, la vida se convirtió en algo vacío para mí. Necesito algo más que mujeres fáciles y negocios.

—Por el momento, me he salvado de eso, pero en cualquier momento padre me lo exigirá.

—Cuando se hereda un título y riquezas, es difícil. Mi padre está aún muy enojado porque soy duque y más rico que él como duque de Rutland. Se pregunta qué clase de heredero soy, a lo que siempre le contesto: ¡un heredero más rico que tú! Solo para hacerlo enojar.

—Eres malvado, tienes una mala relación con él, ¿por qué no tratas de estar bien?

—¿Que yo no trato? ¡Él no lo intenta! En lugar de alegrarse al saber que seré doble duque, él se vuelve loco.

—Muy cierto. En tres horas llegaremos a Hertfordshire.



Alen y Brent arribaron a la medianoche, estaban muertos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el mayordomo.

—Arthur, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar en Francia?

—Volvimos hace unos días, milord, están todos aquí, salvo los vizcondes.

—¿Puedes prepararle la habitación a mi amigo el duque de Malborough?

—Sí, milord, ¿lo coloco al lado de la habitación de *lady* Darline?

—¡No! ¿Cómo se te ocurre que este degenerado esté al lado de ella?  
Colócalo bien lejos.

—Lo pondré en el ala opuesta de la casa.

—Así está mejor. Manda a los mozos a bajar su equipaje, viene con su ayuda de cámara.

—Comprendido, milord.

Alen miraba todo a su alrededor, la habitación era muy bonita y se preguntaba cómo debía ser *lady* Darline.

A la mañana siguiente, Darline no sabía que Brent había regresado, pero lo vio en el pasillo.

—¡Brent! —exclamó emocionada—, ¿cuándo volviste?

—Anoche, y no grites tanto, que no he dormido completamente. Te veo en el almuerzo, ¿está bien?

—¡Está bien! Ahora saldré e iré a leer un poco al arroyo. ¡Adiós!

—Adiós. Ve por la sombra, niña.

—¡Tonto! —dijo, sonriéndole a su hermano, y se fue.

Bajó hasta la cocina para pedir algo de comer.

—Señora Garret, prepáreme algo para comer y que sea para llevar, saldré a montar con Petra y volveré muy tarde.

—Sí, *milady*.

La señora Garret preparó todo en un bolsón y se lo dio.

En las caballerizas, Petra estaba inquieta por salir.

—Hola, Petra, ya vamos a salir, George te dejó lista para mí.

Montó en su lomo y no como las señoritas debían hacerlo; Darline sonrió de nuevo al recordar que la condesa tendría un infarto al verla así.

—Vamos, Petra —dijo y espoleó a su yegua, galopando felices por la pradera.

—Buen día, milord —saludó Perry, el ayuda de cámara de Alen.

—Buen día, Perry, ¿qué hora es?

—Hora de bajar a desayunar con los señores, excelencia.

Alen descendió hasta el comedor y se encontró con todos, menos con Brent, y tampoco estaba el ángel Darline.

—¿Alen? ¿Qué haces aquí? —preguntó Harold sorprendido.

—Buen día, Harold, me alegra tanto verte como a ti te alegra verme a mí...

—Nunca pierdes el sentido del humor. Te presentaré a la familia. Ella es Mariane, mi esposa; el que está en el vientre es mi hijo. La condesa *lady* Adele y mi padre, Vlad, el conde de Derby.

—Un placer conocerlos. Soy Alen Waldow, duque de Malborough y futuro heredero del duque de Rutland, para servirles —se presentó sonriendo y haciendo una reverencia.

—Bienvenido, excelencia —dijo la condesa—. Brent no acostumbra a levantarse a estas horas.

—No se preocupe. Si no es mucho pedir, me gustaría desayunar con ustedes y, luego, si podría alguien proporcionarme un caballo.

—No hay problema, excelencia, tenemos varios para que elija —expresó el conde.

La condesa miraba al duque mientras hablaba, sentía que él podía ser la esperanza para que Darline volviera a ser esa niña alegre y aventurera, divertida y jovial; rezaba para que el joven fuera bueno y le gustará Darline, es más, estaba casi segura de que le encantaría.

—Milord, *milady*, Harold, *milady*, me retiro. Iré a cabalgar un poco —se excusó Alen y salió del comedor.

Cuando este se fue, los que quedaron en el comedor comentaron.

—¿A qué habrá venido Alen a Inglaterra? Tenía entendido que estaba bien viviendo en Escocia. Brent fue a visitarlo, no entiendo —comentó Harold.

—Quizás Brent lo sepa —contestó Mariane.

Alen entró a las caballerizas, un bello caballo negro lo esperaba. Agradeció al mozo con un gesto de cabeza y salió trotando. Iba cabalgando y veía el hermoso paisaje de la mañana. Observó, en la lejanía, un caballo blanco con una figura femenina en un vestido color marfil.

¡Dios mío! Quedó impactado al instante. Ella bajaba del caballo; sus ojos

grises, su piel blanca, su cabellera negra y unos labios rojos hechos para besarlos apasionadamente; tenía rasgos de Brent y Harold, por lo que supuso que era el ángel del cual hablaba Brent con tanto entusiasmo, en aquel momento lo comprendió todo.

Alen bajó del caballo y lo dejó atado de una rama, vio que Darline iba hacia el arroyo y que sacaba unas toallas de un bolsón.

Darline miró a los alrededores, pues se sentía observada, pero no vio a nadie y, entonces, se desprendió el vestido y se lo sacó.

Él no podía creer lo que sus ojos estaban viendo: la mujer más bella del mundo estaba desnudándose; ella continuó quitándose las enaguas y la ropa interior.

No sabía a qué santos más seguir rezando, estaba excitado detrás de unos arbustos, se sentía un completo degenerado.

Darline entró al agua y se colocó bajo la cascada, pensó en su vida, en Alfred, en que debía dejarlo ir; que esa agua borraría sus recuerdos y le permitiera comenzar de vuelta.

Alen vio de lejos la mirada más triste que había visto jamás, realmente no podía creer lo mucho que había sufrido esa niña de tan joven.

Se decidió a dejar de espiar, pero una rama lo delató. Darline giró hacia donde estaba él, lo vio y gritó.

—¡Es usted un depravado, ¿qué cree que hace aquí?! ¡Se lo diré a mis hermanos y ellos lo asesinarán! —amenazó, enojada, Darline

—Discúlpeme, *milady*, solo estaba pasando por aquí, quise refrescarme, pero la vi y...

—¡De la vuelta y no me mire, degenerado! —reclamó Darline saliendo del agua.

El hombre era un caballero demasiado guapo y se lo imaginó con ella en el agua, ¡debía frenar sus pensamientos! Por más que ese hombre era como un ángel caído... «Caído junto a ti», le decía su mente, «aprovecha y obsérvalo, mirar no hace nada».

Él se encontraba de espaldas, era más alto que sus hermanos y podía ver su espalda, su cintura, sus piernas largas y musculosas, y ni hablar de sus nalgas. ¡Dios, se sintió extrañamente intemperante!

—¿Pero me vio y...? —preguntó interesada.

Alen no sabía qué decir, ¿ella lo estaba provocando o era producto de sus muchos años de libertinaje imaginarse aquello?

—Y la vi desnuda, *milady*. —Él se dio la vuelta, ella estaba parada tras él, apenas con la toalla cubriéndola—. Por favor, póngase la ropa, que no quiero pecar de mirón.

—Usted ya ha pecado, milord —rió con picardía, ¿de dónde sacaba tanto valor? «De tu calentura», se dijo a sí misma—. ¿Me ayuda a colocarme el vestido? ¿Su nombre es? —preguntó como si no sucediera nada.

—Mi... Mi... nombre es Alen Waldow, duque de Malborough, ¿y el suyo? —escrutó ayudándole con el vestido.

—*Lady Darline de Derby* —contestó, sintiendo las manos de Alen por su hombro. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y encendió la llama que permanecía dormida, ella se volteó y lo miró directo a los ojos.

Él, intimidado, miraba intercaladamente sus ojos y sus labios, quería besarla, pero no podía, era demasiada tentación.

Ella esperaba el beso, pero no llegó y, sin saber el motivo, se molestó.

—Será mejor que se retire, excelencia, aunque, aparte de eso, ¿qué hace usted en estas tierras?

—Solo paseaba. Estuve viviendo dos años en Escocia y ahora estoy de paso por un tiempo hasta establecerme en Londres.

—Me alegro de que haya vuelto a su mundo. Lo dejo, iré a leer un poco... Hasta luego —dijo ella caminando hacia su yegua.

—Hasta luego, *milady* —se despidió Alen observándola subir al lomo del animal.

## CAPÍTULO 22

El marqués había recordado a Darline, él recordó el accidente. Todo cambiaba en ese instante, necesitaba buscarla.

Alfred fue corriendo a su casa y se encontró con su madre.

—¡Madre, he recordado a Darline! Buscaré a Norfolk, él debe ayudarme a buscarla, tengo que encontrarla y explicarle todo —pronunció Alfred emocionado.

—Hijo, cabe la posibilidad de que se haya casado en Francia.

—No, madre, eso no pudo haber pasado, dijo que me amaba.

—Tú también dijiste amarla, pero ni siquiera la recordaste, te casaste con otra y tuviste un hijo. No creo que ella quiera volver contigo, seguro tiene muchos buenos candidatos, si es que no está casada ya.

—¡Madre, me iré antes que mande mis ánimos al piso!

Alfred ensilló su caballo y salió a casa de Harry.

Tocó la puerta, y el mayordomo lo atendió.

—Adelante, señoría, el duque está en su despacho.

—Gracias —expresó, pasó rápidamente y abrió la puerta.

—Alfred, ¿cómo estás? ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Vine a decirte que recordé Darline.

—Alfred... —dijo Harry—, creo que es muy tarde para eso, no sabemos si está aún viva o si se casó.

—Ayúdame a encontrarla, contratemos un detective.

—Perfecto, termino de leer estas propuestas y ya vamos —explicó Harry—. ¿Puedes echarme una mano con esto?

—¿Qué son? —preguntó Alfred mientras leía, eran listas de inversión—. Se ven muy bien, yo invertiría, amigo.

—Sí, este nuevo duque de Malborough tiene un olfato para los negocios.  
—El duque de Malborough no tenía herederos.  
—Tenía a un sobrino, hijo de su hermana casada con el ogro del duque de Rutland.  
—Se convertirá en doble duque, interesante.  
—Ese hombre será muy poderoso cuando fallezca el duque de Rutland, vendrá a Londres al inicio de temporada.  
—Falta poco. Vamos ya a ver al detective, no quiero perder un segundo más.

\*\*\*

Alen continuaba pensando en Darline, sintió como le había gustado a ella, ¿será que tenía una oportunidad? «Esa mujer casi me vuelve loco en un rato, ¿qué haré? No debo tocarla, es la hermana de mi amigo Brent» sopesaba dentro de sí.

Darline cavilaba en cuándo volvería a verlo, si andaría cerca nuevamente, ¿por qué la animaba la idea de verlo otra vez? Era algo extraño, quizás la señal de que debía vivir al máximo o producto de su ansiedad de volver a vivir.

Ella miró al cielo, ¡se perdería el almuerzo! Apurada, subió a su yegua y corrió con otros aires hasta la casa. Había algo diferente en ella, otro brillo.

Llegó y vio a todos sentados en la mesa, la observaron y notaron aquel cambio. Al ver al hombre, su corazón latió con fuerza y una sonrisa se colocó en su rostro; luego, notó que estaba al lado de Brent y su sonrisa desapareció tan pronto como había llegado, pues él la miró fijo.

—Siéntate, Darline —musitó Brent en tono serio.

Darline, en su mente, creyó que el duque la había delatado, ¿qué podía ser peor? La cara de Alen era pícara al verla.

—Te presentaré a mi amigo desde Eton, Alen Waldow, duque de Malborough.

—Es un placer conocerlo —balbuceó ella con una gran sonrisa, y todos en la mesa quedaron impresionados; hacía casi dos años que no veían esa alegría

en su rostro.

—*Milady*, es un verdadero placer conocerla, me hablaron de su gracia y belleza, pero creo que no le hicieron justicia. Es usted mucho más hermosa de lo que me dijo Brent.

—Alen, cállate —ordenó Brent—, ya sabes que no admito degenerados junto a ella, estás pisando terreno peligroso.

—No soy un degenerado, ¿no lo cree así, *milady*? Mi amigo exagera.

—Mi hermano siempre tiene la razón, excelencia —justificó recordando que él la había estado espiando entre los matorrales.

Todos en la mesa sonreían, Darline estaba diferente. La llegada del duque le estaba haciendo bien, eso lo notaban Harold y Brent, ellos querían que fuera feliz y conocían a Alen, era un hombre muy gentil, inteligente, guapo, todo un Casanova, pero no sabían si sería suficiente para Darline, además, solo hacía un día que se habían conocido.

El almuerzo fue muy agradable, el duque era sorprendente, hablaba con una soltura que no cualquiera tenía. Darline quería platicar a solas con él para que no comentase lo que había visto.

En una ocasión. Quedaron prácticamente solos, parecía que era a propósito que los habían dejado conversando.

—Excelencia, quisiera pedirle un favor.

—Dígame, estoy a su servicio.

—No sé cómo empezar...

—Ya sé, quiere que le guarde el secreto —afirmó Alen mirándola.

—Por favor, nadie lo sabe, solo usted, tengo esa costumbre desde pequeña.

—Mi bella *lady*, nadie lo sabrá, su secreto está a salvo conmigo. Dígame, por curiosidad, ¿con qué frecuencia lo hace?

—Casi todos los días, me gusta salir a leer, cabalgar y, ya sabe, también bañarme —pronunció en tono más discreto.

—*Milady*, ¿usted permitiría que la acompañe a cabalgar a veces?

Darline le sonrió.

—Claro, señorita, le enseñaré la propiedad y otras bellas vistas que tenemos en Hertfordshire.

—*Milady*, creo que ya he visto los mejores paisajes insinuó refiriéndose a su cuerpo desnudo.

Ella se sonrojó y sonrió divertida, el duque era realmente ocurrente, le gustaba.

Luego, todos volvieron sospechosamente y terminó la intimidad entre ellos.

Darline fue con su madre y con Mariane a la sala de té para charlar un poco. Mientras su madre y su amiga bordaban cosas, ella pintaba el paisaje del arroyo.

—Es muy guapo el duque, ¿verdad Adele? —preguntó, sugerente, Mariane.

—Es encantador, ¿no lo crees, Darline? —respondió insinuante mirando a Darline para escuchar su opinión del caballero.

—Es más que encantador, se nota que es un disoluto adulator, un mujeriego y degenerado como dice Brent —comentó intentando parecer un poco desinteresada.

—Hija, ¿te está gustando el duque?

—¡Cómo cree, madre! No he dejado de amar al marqués, aunque el duque es un serafín, con aquel porte de ángel, sus ojos son... ¡Ay, madre! No me presione.

—No te presiones, cariño, ¿qué hay de malo en fijarte en él? El marqués está muerto, no creo que se enoje.

—¡Que comentario más cruel, madre! —reclamó, Darline ante lo que creía una falta de respeto a la memoria de su amado.

—Es la verdad, Darline, ya no está, déjalo ir; abre tus alas nuevamente y vuela.

—Madre, no es tan fácil. Además, ¿de qué me sirve enamorarme del duque y él no de mí?

—No creo que suceda eso, lo vi y te miraba, ya sabes, como un hombre que desea a una mujer —sugirió Mariane con muecas en el rostro haciendo apología a lo licencioso.

Darline se sonrojó por el comentario indiscreto de Mariane, si supiera que ella era quien probablemente lo deseaba a él.

En el salón de juegos, los caballeros estaban más que metidos en charlas de hombres.

—Alen, ¿qué te pareció Darline? Es bella, ¿no?



—Tu hermano se quedó corto cuando la describió, es más que bella, está salida de un cuento.

—¡Con cuidado, es mi hija! —advirtió el conde, divertido.

—Lo sé, milord, es con todo el respeto que lo dije. Aunque creo que es bella, su pasado opaca su belleza completa.

—No sabes cuánto intentamos que ella sonriera como lo hizo hoy, dos años, Alen. Fue tan difícil. Después de tanto tiempo, ella parece recuperarse —contó Harold.

—¿No estarán ustedes queriendo vender a Darline con este depravado? No quiero verla sufrir y no sé si será este hombre capaz de ayudarla —objetó Brent.

—Quizás pueda —articuló, inseguro, Alen mientras todos lo miraban—, sabes a qué volví a Inglaterra, Brent. Vine a establecerme, buscar esposa y un heredero. Tu hermana bien podría serlo si me dejaran intentarlo.

Los ojos del conde se iluminaron.

—Mi querido duque... ¿dónde firmo? —afirmó el conde, adulator.

Todos rieron al unísono. Para Alen no era broma, ya había montado un plan para conquistar a *lady* Darline.

## CAPÍTULO 23

La noche se extendió por todo Sunset Manor, los relámpagos iluminaban el cielo, los truenos sonaban a lo lejos; se acercaba una tormenta fuerte. Al día siguiente, Darline no podría salir a montar con Alen; eso la desanimó bastante. Intentaba dormir, eran casi las once de la noche. Todos dormían, pero ella no podía.

Se sentía sola, Alen se había convertido en su compañero desde que estaba en Hertfordshire, hacía varias semanas, ¿qué habría de malo en ir, para charlar un poco, a su habitación? ¡Todo, pero nadie lo sabría!

Salió lentamente de su habitación, fue por el pasillo casi de puntillas para que nadie la oyera.

Alen tampoco podía dormir pensando en Darline desnuda la primera vez que la vio. Le gustaba esa mujer, ya se excitaba con solo recordar su nombre, cuando escuchó que tocaban la puerta.

«¿Quién puede ser a estas horas?», se preguntó acercándose a la puerta para abrir y, al hacerlo, la vio parada afuera.

—¿Darline? —pronunció sorprendido.

Un relámpago iluminó la habitación, y ella le cerró la boca con la mano.

—¡Cállate! No querrás que sepan que estoy en tu habitación.

—¿Por qué viniste? Si tu hermano te ve aquí, me matará.

—No podía dormir, excelencia.

—¿La asustan los truenos, *milady*?

—No es eso, estoy inquieta —confesó, y luego se pausó—. Su presencia me inquieta, y mucho.

Darline fue acercándose más al duque, que pensaba que era un sueño y que ella no lo estaba acorralando en su habitación.

—¿No le caigo bien?

—Usted me cae más que bien, excelencia, y me hace sentir culpable.

—¿Culpable de qué? —preguntó Alen llevando la mano bajo el mentón de Darline para levantarlo.

—Desde que me enteré de su existencia, no he pensado en mi antiguo prometido; seguro Brent le contó lo que pasó.

—Sí, lo hizo. Siento mucho lo que le pasó a su prometido. Bueno, en realidad, no lo siento, de no haber sido así, no habría visto sus mejores paisajes, *milady* —insinuó en tono divertido.

—Es usted muy adulador, ¿lo hace con todas las mujeres o solo con algunas?

—*Milady*, no soy un adulador de quien no lo merece, pero usted sí, merece mis atenciones.

Darline abrazó a Alen fuertemente, escuchó su respiración y se tranquilizó. Alen le devolvió el abrazo de la misma manera.

Él no puedo aguantar tanto su cercanía, la apretó contra sí y la miró a los ojos.

—*Milady*, perdóneme, pero si no lo hago, me arrepentiré por siempre —declaró Alen con la respiración entrecortada.

—¿Hacer qué? —preguntó Darline inocente.

—Esto —contestó Alen antes de besar a Darline lento pero, a la vez, lleno pasión y deseo.

El beso continuó. Darline le seguía el ritmo mientras le tocaba el cabello y su firme pecho, los acariciaba despacio mientras mantenía cerrados los ojos, sin poder resistir a la pasión que ella tenía dentro.

Alen estaba ardiendo, la besaba más y más, se la estaba comiendo, hasta que dejó de besarla para acariciarle el cabello y, luego, su cuello con sus labios.

—*Milady* —habló con voz ronca, acercándose a su oído—, debe irse o perderé los estribos.

—No quiero irme, déjeme dormir con usted y me iré al amanecer.

—Darline, no está bien, estoy en casa de mi mejor amigo queriendo robarme un tesoro —alegó.

—Déjeme hacerlo, ayúdeme a superar todos mis miedos.

—Si lo pone así, la ayudaré, ángel, pero debe irse temprano y dormirse vestida, o no sé de qué sería capaz —advirtió con sinceridad, ya que aquella dama se había apoderado de su libido y sus pensamientos.

—Y usted no se ponga la camisa para que pueda observarlo —le dijo ella sonriendo.

—No me parece justo, pero aceptaré su trato. Si mañana me matan, sepa que usted será la única culpable.

—Asumiré el riesgo, excelencia —decidió con humor, dándole un pequeño beso antes de ir a la cama para charlar.

—¿Por qué decidió irse a Escocia?

—Porque el ducado que heredé tenía muchas tierras ahí y también en Irlanda, además de que quería irme de Inglaterra; no tenía nada que me atara aquí.

—¿Y su familia?

—Tengo solo a mi padre que, por cierto, nunca me hizo caso. Me lo ha dado todo, pero no su cariño ni atención, no es como el padre de ustedes, Darline.

—Mi padre es el mejor de todos. Gracias a Dios, aún lo tenemos con nosotros.

—Cuéntame, Darline, ¿por qué quisiste irte a París?

—No quería irme tan lejos, pero mi padre lo creyó correcto, mi corazón estaba muy débil, había pasado por tres ataques y el último fue demasiado. Si me lo pregunta, pensé que no viviría y, la verdad, quería morir. El marqués había muerto y yo estaba completamente enamorada de él, creí que la vida me había arrebatado la oportunidad de ser feliz

—¿Y ahora qué cree?

—Creo que debo darle una oportunidad a la vida, no puedo seguir tan perdida.

—Pues me parece excelente, *milady*. Es usted demasiado bella para seguir sufriendo, bella tanto por dentro como por fuera. ¿Sabe, Darline?, me gusta verla sonreír, alúmbreme más seguido con su sonrisa.

—Qué cosas dice, Alen —reprendió ella sonrojada y sonriendo.

—A esa sonrisa me refiero, *milady*. Durmamos, yo la despertaré antes que venga mi ayuda de cámara.

—Buenas noches, Alen.

—Contigo son buenas, Darline, buenas noches.

Se durmieron juntos hasta el amanecer. Ellos se estaban haciendo amigos rápidamente, querían estar en compañía mutua. Ninguno de ellos sabía qué era lo que comenzaban a sentir el uno por el otro, pero sí que era agradable estar en la compañía del otro.

—Darline, despierte, debe irse.

—Mmm... No, estoy bien aquí contigo —negó ella con voz pastosa y acurrucada a su lado.

—Yo también estoy bien contigo, pero debes irte, no quiero que te encuentren en una situación comprometedor conmigo.

—¿Por qué no quiere?

—Porque su hermano es mi amigo y me prohibió acercarme a su hermana. Además, estoy en su casa, y su pequeño tesoro está en mi cama; incumplí todo lo que me ha dicho él.

—Al diablo con Brent —expresó Darline besándolo apasionadamente.

—Sí, al diablo —aceptó separándose un poco de los labios de Darline. Luego, continuaron más tiempo así hasta que escucharon ruidos en el pasillo.

—¡Ahora seré hombre muerto, nunca tendré familia, tu hermano me castrará y me despedazará! —exclamó Alen riendo.

—¡Bueno, me iré! Pero haré lo posible por que sigas vivo y, si hace falta casarme contigo para que vivas, ten por seguro que lo haré, excelencia. Creo que vale la pena el sacrificio.

—Es una oferta tentadora, *milady*, no haga que la obligue a quedarse aquí y que nos encuentren juntos para que cumpla —secundó, sonriendo, Alen.

Darline salió dando saltitos de felicidad, entró a su habitación y se asustó, encontró a Lia sentada, esperándola.

—¿*Milady*, dónde estaba?

—Estaba, estaba... en... paseando —respondió nerviosa.

—*Milady*, no me mienta, no le diré a nadie, soy su doncella.

—Está bien, te lo diré, guárdame el secreto.

—Claro, *milady*, hable ya.

—Eres una ansiosa y chismosa, bueno... —dijo intentando respirar—, pasé la noche con el duque.

—¡*Milady*! ¿No me diga que le entregó su virtud a un hombre al que acaba de conocer?

—No, tonta, yo quería, pero él es un caballero.

—Menos mal, *milady*, pero qué hombre tan hermoso, parece que se escapó del cielo. Ustedes dos harían una pareja de ángeles y sus hijitos serían querubines.

—¡Qué cosas dices, Lia! Aún tengo miedo de volver a enamorarme, es demasiado pronto para saber qué puede pasar entre nosotros.

## CAPÍTULO 24

Los días pasaban mientras Darline y Alen se conocían mejor. Salían a montar a caballo, leían juntos, tomaban el té y compartirían con la familia.

Y llegó la mañana en la que partirían Harold y Mariane.

—Voy a extrañarte mucho, Harold, y a ti también, Mariane. Iré a verlos cuando nazca mi sobrino o sobrina —dijo Darline despidiéndose.

—Te extrañaré también. Espero que te portes bien, dejo a Brent a tu cuidado, y también a Alen —expresó Harold abrazándola.

—Mejor, solo déjala a mi cuidado —lo corrigió Brent—, no es bueno que los lobos cuiden a las ovejas.

—¡Oye, no seas así, no me comeré a *lady* Darline si ella no lo desea!

—¡Cállate, lobo feroz! —bromeó Brent a carcajadas.

Aquella despedida, en lugar de ser triste, fue bastante alegre y con la promesa de que todos se volverían a encontrar pronto en Londres.

Esa misma mañana, Alen y Darline salieron a cabalgar como siempre.

—Te juego una carrera, Alen.

—Jamás me ganarás, soy un experto, y lo sabes.

—¡Ya, experto! ¡Una carrera hasta el arroyo!

—Acepto el reto.

Ambos espolearon a sus caballos. Darline se sentía viva, libre como no se había sentido antes, ni cuando estaba con Alfred. Hacía tiempo que no pensaba constantemente en él; Alen había estado en su cabeza todo el tiempo.

Alen llegó primero y ganó, así, la carrera.

—Perdió, *milady*, ahora quiero mi premio —reclamó acercándose a ella.

—¿Qué desea de premio, excelencia?

—Solo uno de tus dulces besos.

—Me sacrificaré, aunque puedo ofrecerle un mejor premio —comentó con soltura.

—Sí que usted, *milady*, tiene madera para los negocios, la escucho —expuso bajando del caballo; luego, ayudó a Darline a bajar de su yegua.

—Pues de premio le ofrezco bañarse conmigo —propuso avergonzada.

Alen nunca había tenido una oferta semejante, quería aceptar, pero tenía que decir que no, no era lo correcto.

—¿Desnudos? —preguntó sorprendido.

—Espere... tampoco soy tan fácil, milord, con ropa interior sería mi propuesta.

—Pero igual quedaremos mojados.

—Lo tengo todo cubierto, he traído dos toallas y ropa interior para usted y para mí —confesó sin ápice de vergüenza.

—¿Cómo consiguió mi ropa interior? —cuestionó viendo como ella la sacaba del bolsón.

—Lia me ayudó, se lo pidió a su ayuda de cámara para una buena obra —admitió, sonriendo, Darline.

—Me sorprende, Darline, es usted muy astuta. No puedo rechazar la propuesta, acepto bañarme con usted.

—Será un placer, Excelencia.

—El placer definitivamente será mío, *milady*, no se imagina cuánto voy a disfrutarlo.

Ambos comenzaron a sacarse la ropa y se quedaron con la interior. Alen miró maravillado el cuerpo de Darline, era perfecta, su piel de porcelana era tan delicada, se veía tan suave y, a la vez, sensual.

Darline miraba al duque, era tan soberbio, vigoroso, parecía que ese hombre curaría todos sus males.

—Entremos —lo invitó Darline metiéndose al agua. Al ver que él no lo hacía, volvió a llamarlo—. ¡Anda, entra, Alen, no voy a comerte!

—¡Ya voy! —exclamó Alen mirándose con vergüenza, se había excitado al verla con la ropa mojada; los pequeños y blancos pechos de ella se veían perfectamente, al igual que las matas negras de entre sus piernas.

«Voy a estallar», pensó mientras se metía al agua, llegó junto a ella y la besó. Él le acariciaba la espalda y ella, el pecho.



—Siento algo, Alen —comentó con dulce inocencia.

—Perdóname, es que no puedo evitarlo. No te preocupes por él, es inofensivo —definió más avergonzado.

Darline rió como una tontuela, sabía el efecto que tenía sobre el cuerpo de Alen.

—Nunca pude probar si eso era inofensivo o no; cuando iba a hacerlo, el marqués no quiso arriesgarse.

—¿Qué? ¿Ustedes casi tuvieron relaciones? —preguntó Alen sorprendido, ya suponía que de algún lugar venía tan atrevida.

—Sí, pero él quería hacerme suya cuando estuviéramos casados, cosa que ya sabes que nunca pasó, así que tampoco experimenté el placer.

Alen tragó saliva.

—¿Te gustaría experimentar ese placer alguna vez?

—Quisiera, por eso decidí continuar con mi vida; de lo contrario, estaría aún encerrada en mi habitación.

—Darline, si te dijera que yo volví por algo específico a Inglaterra, ¿te enojarías conmigo? No quería decírtelo por miedo a que te alejaras de mí, pero creo que no tiene sentido que te oculte el verdadero motivo de mi vuelta.

—¿Dime cuál es?

—Quería volver específicamente a Londres para buscar una esposa y un heredero, me sentía solo y vacío en Escocia. ¿Qué haría yo con tanta riqueza sin tener con quién compartirla? Aunque aún debo ir a Londres, ya no quiero hacerlo para buscar esposa, sino para concretar algunos negocios.

—¿Por qué pensaste que me enojaría? Viniste a buscar una mujer, y seguro la vas a encontrar.

—¿Porque lo dices en ese tono?

—¿En qué tono, Alen? —dijo ella molesta.

—En tono de herida, de enojada. ¿Por qué te pones así?

—¿Sabes por qué? Porque parece que no viste que soy una mujer, Alen. Puedo ser una candidata para ti, no soy solo un juego —alegó sollozando, por pensar que el no a tuvo en cuenta como una candidata potable.

—Darline, mírame y no llores, jamás fuiste un juego para mí, y claro que te veo como mujer, eres la más bella que he visto. Solo pensé que no te gustaría ser mi esposa porque no olvidaste al Marqués.

—Alen, ¿te gustaría que fuera tu esposa? —inquirió, con las lágrimas escurriéndose por su mejilla.

—Claro, por eso te dije que ya no iba a buscar otra mujer cuando fuera a Londres, porque ya encontré una, ¿me dejarías cortejarte? —sonrió acariciándole el rostro.

—¡Sí, quiero! ¡Hay que hablar con mi padre! —estalló emocionada.

—Tu padre ya está en mi bolsa. —rió y la besó.

—Los tienes a todos, incluso a mi madre, ¿qué nos has hecho?

—Solo soy un encanto —pronunció riendo a carcajadas—. Es Brent con quien debo hablar, es mi amigo y me advirtió varias veces, ya lo sabes, ¿ahora qué le diré?

—Que estás muerto por mí. —sugirió divertida, Darline.

—Es mala, *milady* —le contestó él tirándole agua en la cara, ella también lo hizo. Se estaban divirtiendo cuando fueron interrumpidos.

—¿Así es como cuidas a mi hermana, verdad Alen? —preguntó Brent apareciendo de entre los matorrales.

—¡Brent...! ¿Qué...?

—¡Tú, cállate! —lo reprendió cortando a Darline—, y tú, degenerado, estás aprovechándote de la inocencia de ella, ¿cómo pudiste hacerme esto? Era tu amigo, jugar con mi hermana es demasiado.

—¡No estoy jugando con ella, Brent! Tú sabes que nunca tuve malas intenciones con ella —razonó Alen en su defensa.

—¿Pero cómo no me di cuenta? El lobo ya se comió a la oveja, ¿cómo la mirabas, cómo le hablabas, la estabas seduciendo! —espetó, lleno de ira, Brent.

—¡No es así! ¡Él no hizo...!

—¡Cállate y vístete! Pareces una zorra así expuesta.

—No le hables así a ella —lo contradijo Alen enojado.

—Parece una zorra por tu culpa. Tú la sedujiste, está casi desnuda y... mírate nada más... ¡por Dios, manchaste a mi hermana!

—Brent, cálmate, no es así, no hicimos nada. Sé que esto no es decoroso, pero no la he tocado.

—¿Y qué piensas? ¿Qué ella se convertirá en tu amante y luego buscarás esposa en Londres como si nada?

—Ya no voy a buscar esposa, Brent, tampoco busco una amante.

—¿Entonces dime qué quiere su excelencia! —gritó, con sorna, Brent.

—Quiero tu permiso para cortejar a tu hermana, le conté a qué volví a Londres, que yo primero no quería verla como mujer, pero no pude evitarlo. Está por demás decirte que ella quiere que la corteje.

—¿Es eso cierto, Darline? —preguntó, incrédulo, su hermano.

—Sí, pensé que él no me veía como mujer, pero no es así. Él tenía miedo de tu reacción si te enterabas que él estaba interesado en mí, y tengo que decirlo, estoy interesada como mujer en el duque, queremos tu permiso para que él me corteje

—No sé qué decir —pronunció confuso—, pensé que tú seguías con el recuerdo del marqués y que Alen te había seducido con cuentos.

—Pienzas muy mal de tu amigo —dijo Alen ofendido.

—Quiero recuperar mi vida, y Alen me hace sentir viva de nuevo. ¿Puedes entender que estoy siendo feliz?

Brent colocó una sincera sonrisa en su rostro.

—Estoy contento por ti, hermana, sabía que algún día te recuperarías, solo que no sabía que yo tuviera el naipe ganador bajo la manga.

—Fuiste un tonto al no querer presentarme con ella años atrás —reclamó Alen

—Si tú quieres algo serio con ella, debes hacer las cosas bien. Tienes mi permiso para cortejarla, mi padre, como ya sabes, te ha vendido a Darline desde que le sacaste una sonrisa, y también engatusaste a mi madre. Vístanse y vayamos a la casa, que nadie los vea así.

## CAPÍTULO 25

—¿Averiguó algo, detective? —preguntó, ansioso, Alfred.

—Sí, he averiguado algo. El segundo hijo del conde ha vuelto a Londres con su esposa, están en la casa del conde de Derby.

—Perfecto, es suficiente, voy para allá ahora, Harold me dirá dónde se encuentra Darline.

Alfred salió de la oficina del detective y fue a Snow House; estaba tan cerca de encontrar a Darline.

Tocó la puerta y un mayordomo lo atendió.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlo?

—¿Puedo ver a lord Harold?

—¿A quién anuncio?

—A Alfred, marqués de Huntly.

El mayordomo fue a la biblioteca donde estaban Harold y Mariane, tocó la puerta.

—¡Adelante! —respondió Harold.

—Milord, tiene una visita.

—¿Te dio su nombre?

—Me dijo que era Alfred, marqués de Huntly.

—¿Qué clase de broma es esta? Llévelo a la sala, aprenderá a no burlarse de un Lowel. Espérame aquí, querida.

Mariane no hablaba, se había quedado tiesa.

—Sígueme, señoría, lord Harold lo espera en la sala.

—Gracias.

Al entrar Harold a la sala, lo vio y quedó petrificado; en realidad era Alfred Bellamy.

—¿Alfred Bellamy?

—Sí, Harold, soy yo, y no estoy muerto.

—Pero... ¿cómo puede ser posible? Norfolk nos afirmó que estabas muerto.

—El cuerpo de mi captor quedó irreconocible al caer mi carruaje por el barranco. Yo salté antes y caí entre unas piedras, me golpeé la cabeza y quede inconsciente varias semanas. Cuando desperté, me encontraba en Bath, en la casa del conde de Bute; ellos me recogieron del camino y me auxiliaron.

—¿Por qué apareces ahora? ¿Por qué no antes?

—Ustedes desaparecieron y yo no recordaba nada de los últimos meses, no recordaba a Darline. Hace unos pocos días pude recuperar algunos de mis recuerdos, quiero saber de ella, dónde está, quiero verla.

—Siéntate y cuéntame qué hiciste en estos casi dos años.

—Me casé con la hija del conde de Bute porque necesitaba un heredero, no recordaba a Darline, y April me curó y me atendió; le tenía cariño y, entonces, me casé con ella.

—Espera, si tienes esposa, ¿para qué quieres ver a Darline?

—Soy viudo desde hace casi siete meses, mi hijo tiene casi nueve. Aún amo a Darline, quiero cumplir el compromiso con ella. Dime dónde está, Harold.

Harold no quería decírselo, Alfred no le haría bien a ella; además, ahora Alen estaba de por medio.

—Es un poco tarde para eso, señorita —apareció *lady* Mariane interrumpiendo—. Ella está bien ahora y verlo le haría mal. Deje que siga creyendo que usted aún está muerto, quizás ella no decida regresar a Londres.

—*Milady*, por favor, dígame dónde está. ¿Acaso se casó?

—¿Cómo se iba a casar si se pasó estos años destrozada por su muerte? —contó Harold en tono frío—. Además, ahora ya tiene a un caballero que le está ayudando a superarlo todo.

—¿Un caballero? Si ella está soltera, lucharé por su amor, me digan dónde está o no, tarde o temprano llegaré hasta ella.

—Pues bien, inténtalo por tu cuenta. No volverás a descolocar la vida de Darline.

—Está bien, me retiro con el permiso de ustedes. Hasta pronto —se despidió Alfred levantándose, decepcionado, del sillón. Había pensado que al

menos tendría la ayuda de Harold.

—Harold, ¿qué haremos? —preguntó, angustiada, Mariane.

—Por el momento, avisar a Brent, y también rezar para que Alen conquiste a Darline.

—Escríbele a Brent una carta, el marqués no tardará en dar con Darline.

—Ahora me pongo a ello.

\*\*\*

—Milord, una carta de su hermano.

—¿De Harold? El no acostumbra a escribir —dijo Brent extrañado, y la abrió.

*Tengo una noticia que te caerá como balde de agua fría, como me pasó a mí y también a Mariane: el marqués de Huntly no murió, está vivo y busca a Darline. Quiere encontrarla y casarse con ella. Si te preguntas por qué hasta ahora y no antes, fue porque no pudo ubicarnos en París y también porque él perdió la memoria en el accidente; hace unos días recordó a Darline.*

*El marqués está viudo y tiene un hijo de nueve meses. No sé qué harán con esta información, depende de ustedes decírselo a ella o callárselo. Yo solo rezo para que el marqués ya no le interese a nuestra hermana y que se enamore de Alen, es un buen hombre, y si pide su mano, lo apoyo. Él, al menos, no es un fantasma.*

*Quema la nota después de leerla, no quiero que Darline la vea por accidente y le dé otro infarto.*

Brent no podía creerlo y fue directo a hablar con Alen.

—Quiero hablar contigo, por favor, vamos a mi cuarto.

—Vamos —dijo Alen—. Dime qué pasa, Brent, ¿qué es tan secreto?

—Toma, lee esto.

—¿Qué es?

—Es una carta de Harold diciendo que el marqués está vivo y que viene por Darline.

Alen, pálido, leyó la carta; el corazón se le cayó al piso, pues su felicidad con Darline estaba en riesgo. ¿Qué haría? ¿Dejar que apareciera y se llevara a su amada, o luchar por ella? Todo dependía de Darline, tendría que decidirse.

—¿Qué haremos, Alen?

—¿Y qué podemos hacer, Brent...? Pues nada —respondió Alen con serenidad.

—¿Nada? ¿Te importa, acaso, Darline?

—La amo, pero si él aparece y ella decide irse, yo tendré que aceptarlo. No la obligaré a quedarse conmigo sin amarme. Sabes lo profundo de sus sentimientos por él, a mí solo me queda hacer lo que esté a mi alcance para que ella me prefiera antes que al gran amor de su vida.

—Amigo, tu nobleza no tiene límites, pero yo no soy tan noble como tú. Si hace falta que te robes la virtud de mi hermana y la embaraces, tienes mi permiso —sugirió Brent, con tal de que Alfred no volviera a dañarla.

—No haría eso por este motivo. Cuando llegue el momento, ella decidirá, y yo seguiré como hasta ahora.

Ambos quemaron la carta en la chimenea y se retiraron a la sala donde se encontraban los demás.

—¿A dónde fuiste, Alen? —preguntó Darline—, me tenías abandonada.

—Fuimos con Brent a charlar un poco —respondió mirándola con el miedo de perderla.

—¿Estás bien? Te noto extraño.

—Estoy bien, Darline... ¿quieres salir a charlar conmigo un rato?

—Vayamos —dijo y, luego, se dirigió a su padre—. Saldremos al jardín un rato, Lia nos acompañará.

—Está bien, hija, vayan —concedió su padre.

Alen pensaba en qué podía decirle, no sabía qué hacer para disimular el miedo de no tenerla. No quería perderla, lucharía limpio por ella. Debía esperar para que su rival apareciera.

—A ti te pasa algo, Alen, dime qué es.

Fueron hacia las rosas y él agarró una bella rosa blanca y se la dio.

—Darline, no quería entenderlo, me negaba a decir lo que siento, pero ¿por cuánto más podré hacerlo? Tengo miedo de perderte.

—Dime qué sientes, no me perderás, lo nuestro es muy bello, Alen, y no

quiero que termine.

—Darline, perdóname, no sé si sientas lo mismo, pero debo decírtelo: te amo —confesó abrazándola fuerte y mirando al cielo—. Te amo y tengo miedo de que todo esto solo sea un sueño y que pronto termine.

—Alen..., yo también siento algo por ti, también tengo miedo de amar de nuevo. Sé que sabrás entenderlo, este algo es lo que por ahora puedo darte. Me embrujas, todo tú eres perfecto. No me dejes, Alen, tampoco quiero que esto termine.

—Si tú deseas que me quede a tu lado, yo lo haré, al igual que si decides que no sea así, lo cumpliré.

—¡Basta, Alen! No te escaparás tan fácil de mí.

—Ni tú de mi... —aseguró Alen mientras ambos sonreían y se besaban sin saber que Brent los miraba desde la ventana.

Para él, Alen sí se merecía a su hermana, lucharía por que ellos dos estuvieran juntos, y si de verdad Huntly no había muerto en aquel accidente, él se encargaría de matarlo si volvía para perturbar la tranquilidad de Darline.



## CAPÍTULO 26

Días después, el detective averiguó dónde se encontraba Darline. Alfred iba rumbo a Hertfordshire, llegaría pronto.

—Darline, iré por ti, vendré contigo, te haré mi esposa y seremos felices como debíamos haber sido antes —se repetía Alfred.

Las investigaciones sobre su secuestro iban avanzando, los tres hombres habían sido identificados, pero ¿quién los había contratado? Alguien influyente. Quería recordar más detalles, pero no podía. En algún momento lo haría, era solo cuestión de tiempo. Solo Darline importaba, y también alejar al pretendiente de ella; si era necesario jugar sucio, lo haría.

La feliz pareja cabalgaba divertida como siempre por las hermosas praderas de Sunset Manor. Darline en el caballo blanco era un sueño para Alen, le daba paz al verla, él la complementaba, la quería para él, pero pensaba en lo difícil que sería tratar con un fantasma que resultaba no serlo, que era real, de carne y hueso tal y como él.

—Alen, estás muy distraído, ¿en qué piensas?

—En lo maravillosa que te ves como una amazona con ese traje francés que parece de hombre —comentó sonriéndole.

—¡Ya deja de mirarme!

—Es que te delinea completa, sabes lo difícil que es resistirme a tocarte.

—No me tocas por tonto, y yo también te veo —dijo mirándolo con ternura—. Eres como un ángel caído para rescatarme del hoyo en el que estaba, te estaré eternamente agradecida.

—No me adules, que no lo merezco. Regresemos a la casa para comer o tu

hermano pensará que he cambiado mi dieta —expresó, riendo, Alen.

—Nos apoya, Alen, lo sabes, ¿recuerdas cuando nos pilló en el arroyo? Pensé que te retaría a un duelo.

—Tu hermano no lo haría, ¿sabes por qué? Porque soy un experto en armas, soy más rápido y más guapo también.

—Eres un fanfarrón. Juguemos una carrera, hoy no me ganarás.

—¿De nuevo lista para morder el polvo, amor mío?

—Hoy lo morderás, fanfarrón.

Fueron como un rayo a las caballerizas y, como siempre, Alen ganó.

—¡No es justo, Alen! ¿Cuándo me dejarás ganar?

—Puede que... ¡nunca! Ven y bésame —dijo agarrándola de la cintura.

—¡Mira, Alen, un carruaje! No esperábamos a nadie, ¿verdad?

—Que yo sepa, no. Vayamos a ver quién es.

Entraron abrazados, sonriendo, hasta la sala.

—¡Ya basta, Alen, estamos llegando! —decía Darline soportado las cosquillas que Alen le hacía. Cuando miró a la visita, pareció perder el aliento, palideció y el mundo le dio vueltas

¿Qué estaba pasando? Tenía una alucinación grave.

—¿Alfred? —alcanzó a decir.

—Sí, Darline..., no he muerto, como creíste, hace años —declaró emocionado al verla.

—Esto está mal, ¿Alen, qué estoy viendo?

—Creo que es tu prometido muerto, Darline —respondió observando fijamente al marqués.

—¿Por qué la llamas por su nombre? ¿Quién te has creído? —retó, iracundo, Alfred.

—Él está cortejando a Darline y es mi mejor amigo —interrumpió Brent—, tú eres un fantasma que viene a interferir con la vida de ellos.

Darline se sentó.

—¡Mi medicación! —gritó para que se la llevaran; desde que había estado Alen en la casa, ella ya no la tomaba.

—Ya se la traigo, *milady* —obedeció Lia.

—¿Estás bien, Darline? —preguntó Alen acercándose.

—¿Crees, Alen, que estoy bien acaso? —respondió con frialdad.

—¡Aléjate de ella...! —advirtió Alfred, mirándolo amenazante.

—¡Tú no eres nadie para mandarme; solo un fantasma!

—¡Ella es mía! —gruñó Alfred.

—¡No soy suya, señoría! Usted no tiene derecho de venir y querer reclamar lo que no tiene. Ahora, cuéntenos qué pasó y por qué me busca —cuestionó con sentimientos encontrados. Quería escuchar la justificación para aquella temible aparición.

—Darline, al medio día de camino a Bath, tres hombres raptaron mi carruaje. Con uno de ellos, con un arma que tenía, forcejamos cuando se metió en el interior; el otro estaba conduciendo, y el tercero me colocó algo para drogarme y comencé a marearme. Luché por permanecer despierto, continué peleando, el arma se disparó e impactó en el cochero, que perdió el control. Yo me arrojé del carruaje y caí entre muchas piedras y me golpeé la cabeza. Estuve semanas inconsciente en casa del conde de Bute, él me recogió del camino, me identificó y avisó a mi madre. Volví a Londres días después, Harry quiso hablar con tu padre para decirle que yo estaba vivo, pero ya habían partido a Francia.

»Yo perdí la memoria, todos mis recuerdos de los últimos meses se habían ido, también a ti te borré. Hace poco te recordé, y por eso te busqué. Debes saber que soy viudo y que tengo un hijo de nueve meses. Me casé con la hija del conde porque la había dejado embarazada; ella murió hace siete meses al caer del caballo.

Darline no podía creer todo lo que estaba pasando, todo aquello era demasiado para ella.

—¡Por favor, retírense todos, necesito hablar con él a solas!

Alen fue el primero en hacerlo; luego, el resto.

—Dígame, señoría, qué pretende. ¿Vivir de un recuerdo? Usted es pasado en mi vida —dijo ella con sinceridad

—¡No, por favor, Darline, no digas eso, yo no quise olvidarte! ¡No te recordaba, dame una oportunidad de estar contigo nuevamente, seremos felices como antes!

—Alfred, no... eso ya no existe, ahora solo tengo el presente y, lo siento mucho, pues tú no tienes un lugar en él.

—¿Es por culpa de ese hombre? Él no va a hacerte feliz como yo, sé que

aún me amas, Darline, dame otra oportunidad de demostrarte que puedo hacerte feliz.

—Alen es maravilloso y sé que sería feliz a su lado, estoy muy bien con él, me siento libre y segura. Déjame seguir tranquila, por favor —rogó.

—¡No! No lo voy a hacer, lucharé por tu amor y, si es necesario, lo mataré —alegó, irracionalmente, Alfred.

—Tú no harás eso con Alen, él es mejor con el arma, te matará a ti antes que tú desenfundes la tuya —lo defendió impetuosa.

—¡Cómo lo defiendes, Darline! Realmente estás muy deslumbrada por ese caballero —insinuó con ironía.

—Habla de él con respeto, es un duque y es mi salvador. Tú no tienes idea de cómo me ha ayudado.

Alen escuchaba desde una de las puertas, se sentía orgulloso de cómo ella lo estaba defendiendo.

—¿Sabes, Darline?, lo que sientes por él es agradecimiento, solo eso. No podrás decirle jamás que lo amas como me lo dijiste a mí. ¿Recuerdas que casi hicimos el amor en tu habitación? Yo, por imbécil, no quise, estaba seguro de que nos casaríamos —expresó frustrado.

—No es eso lo que siento por Alen —refutó.

—¿Ya le dijiste que lo amas? —cuestionó Alfred, siendo aquellas palabras cuchillos para el corazón de Alen.

Alen quedó golpeado por la verdad de las palabras del marqués, ella no había podido decirle que lo amaba, era evidente que no sentía eso por él, aun amaba a su marqués.

—No, no se lo he dicho, sabe que tengo miedo de amar de nuevo. Él no me presiona como tú, es dulce... —explicó mientras lloraba.

—¿Lo deseas, Darline?

—Lo deseo, lo deseé desde que lo vi en el arroyo espiándome —confesó recordando aquello con una sonrisa entre tantas lágrimas.

—¡Ese degenerado te estaba espiando y, aun así, lo deseas! —exclamó, indignado, el marqués.

—No es tu asunto, no somos nada, Alfred. Ya apareciste, ahora puedes irte, yo no dejaré al duque —se plantó con seguridad.

—Haré que lo dejes, ven conmigo —la obligó Alfred sujetándola con

fuerza.

—¡Suéltame, ¿a dónde me llevas?! —reclamó ella forcejeando.

—Te llevo conmigo, vamos a casarnos.

—¡No, déjame! ¡Alen, Alen, auxilio! —gritó desesperada y asustada.

—¡Suéltala! —ordenó Alen, que apareció con su arma—. ¡No puedes secuestrar a una dama de su casa cuando está el caballero que la corteja presente, eres un maleducado!

—Ella me ama, solo hace falta que esté lejos de ti para que se dé cuenta, está confundiendo agradecimiento con amor por ti...—se defendió con aquella justificación.

—Alen no es así —alegó, defendiéndose, Darline.

—Darline, solo dime que quieres irte con él y bajaré el arma —pidió con una pasividad única.

—¡No, Alen! No quiero irme con él, quiero quedarme contigo. Este no es el hombre al que alguna vez amé, el jamás me obligaría a nada.

Alfred soltó a Darline, y ella corrió a los brazos de Alen, llorando.

Alen le susurró al oído:

—Mi amor, todo estará bien, calma, estoy aquí.

—Perdóname, amor mío, solo me siento impotente al pensar que ya no me amas, pero lucharé por despertar de nuevo ese amor. Y para usted, duque, le he declarado la guerra, ella será mi mujer, se lo aseguro.

El marqués se retiró, y el duque miró a la pálida Darline.

—¿Quieres que te lleve a algún lugar? —preguntó Alen.

—Solo quiero estar sola para pensar, déjame, por favor —dijo llorando.

## CAPÍTULO 27

Darline continuó llorando hasta que llegó la noche. No quiso ver a nadie, ni siquiera a Alen. Ella estaba enojada con todos, ellos sabían que él estaba vivo y nadie se lo había dicho. Como siempre, no confiaron en cómo podía tomarlo ella, o no querían que ella terminara con Alen. Pero todos lo amaban en la casa, incluso Darline sentía algo por él. Se había desesperado al creer que Alfred se la llevaría lejos de él, no podría imaginarse más sin el cariño y el amor de Alen. Esa noche se lo demostraría, tocó la campanilla y Lia apareció.

—*Milady*, ¿necesita algo?

—Sí, prepárame un baño y el camisón más bonito que tenga.

—¿Para qué el camisón, *milady*?

—Para el duque, esta noche la pasaré en su habitación.

—Pero, *milady*, no debe hacerlo antes del matrimonio.

—Lia, eso ya no me importa, lo deseo mucho —confesó, sentía la necesidad de demostrarle que sus sentimientos no solo correspondían al agradecimiento, sino también al amor.

—Está bien, *milady*.

Darline fue con el cabello suelto hasta la espalda, un camisón fino color marfil, con el aroma de un delicioso y caro perfume francés. Salió de su habitación y se dirigió a la del duque.

Alen no podía dormir, había pensado que iba a perder a Darline, que Huntly se la llevaría. Menos mal que siempre portaba un arma entre su chaqueta, aunque sería en vano luchar si ella continuaba amando al marqués. Lo que podía hacer era hacerse a un lado, regresar a Londres y tratar de olvidarla.

En ese instante, tocaron la puerta. No creía que nadie estuviera tan

necesitado para hacerlo a esa hora, aunque ¿y si el marqués se había llevado a Darline? Ante ese pensamiento, el duque saltó de la cama, abrió y vio ahí a la criatura más deliciosa y sensual del mundo; sus labios rojos lo invitaban a besarla, olía a mujer, a su mujer.

—¿No va a dejarme pasar, excelencia?

—Claro, pasa, mi ángel, solo que no podía articular palabra, pensé que te habías enojado conmigo.

—Y pensaste bien, sí estoy enojada. Me duele que me hayas ocultado que él estaba vivo, tú lo sabías, ¿desde hace cuánto?

—Hace unos días recibimos una carta de Harold y nos comunicó las intenciones del marqués de venir por ti para cumplir con el compromiso — confesó Alen compungido.

—¿Y ustedes qué pensaron que pasaría? Mejor dicho, ¿qué pensaste tú?

—Te diré la verdad: pensé que irías corriendo a sus brazos.

—¿Por qué, Alen?

—Él lo dijo, estás conmigo solo por agradecimiento y no por amor; me ves como a un buen amigo. No has podido decirme que me amas, me dolió escuchar que tú no se lo discutiste.

—Eres mi amigo, Alen, y como tal, te aprecio, pero no es lo que me tiene atada a ti, ni menos el agradecimiento. Siento algo profundo, Alen, algo que no puedo explicarte porque ni yo entiendo qué es. Hoy sentí tanto miedo al creer que Alfred me llevaría y me alejaría de ti, estaba aterrada. Gracias a Dios, llegaste tan rápido.

—No querrás saber cómo es que te escuché tan rápido.

—Estabas espionando, eres de lo peor —supuso burlándose y agarrándole el rostro.

—Perdóname, pero temía por ti y, para qué mentir, por mí también. Yo jamás me interpondría si tú quisieras irte con él, respeto ese amor que aún sientes por Alfred. Darline, solo necesito saber que no me amas y que quieres estar con él, y mañana mismo partiré a Londres.

—Alen, ya no amo al marqués porque te amo a ti, tú te ganaste mi corazón, por favor, no me dejes —pidió abrazada a él.

—No te dejaré. Si ese marqués quiere guerra por ti, la tendrá, te cuidaré con mi vida —aseguró besando el suave cabello de Darline.

—Quiero demostrarte mi amor —susurró ella besándolo lentamente mientras le acariciaba el pecho, el camisón de ella se pegaba a su piel y sus pezones rozaban el torso de Alen—. Hazme el amor, no quiero esperar más, te deseo, siento que el fuego me quema cuando estoy contigo, quiero saber qué se siente ser solo tuya.

Alen estaba estallando de felicidad, la haría suya, pues ya tenía el permiso de su hermano.

—Serás mía, Darline, con la promesa de que te convertirás en la duquesa de Malborough —explicó Alen.

Él le sacó el listón al camisón y se lo colocó en el cuello, la besó suavemente, la excitó con sus caricias allí. Luego, sus labios fueron donde el pulso corría, y ella gimió por el deseo que amenazaba con consumirla. El camisón cayó a los pies de Darline y la dejó desnuda.

—Eres lo más bello que estos ojos han visto, voy a hacerte el amor toda la noche —advirtió acariciándole los pechos—. ¿Sabes todo lo que tuve que atajarme para no hacerte mía en el arroyo?

—Tú no sabes cuánto lo hice yo para no pedirte que lo hicieras allí —afirmó ella con picardía.

Alen la llevó a la cama, le acarició todo el cuerpo con los labios; luego, fue a sus pechos y los besó como si no hubiera mañana. Darline se retorció de placer ante sus caricias mientras el bajaba sus besos por su vientre.

—¡Alen! —gritó mientras sentía un éxtasis placentero.

—Y esto solo empieza —grunó con voz ronca. La besó con pasión y se colocó entre sus piernas—. Darline, mírame —pidió Alen mientras ella gemía de dolor y él la consolaba con besos. Luego, comenzó a moverse y, para Darline, el dolor ya había desaparecido, era tan placentero.

El cada vez aumentaba el ritmo, y ella deseaba más hasta que se perdió completamente en esas sensaciones que su cuerpo tenía.

Después que pasaron por el espiral de pasión, él se acostó a su lado, la abrazó y la besó.

—Alen, fue maravilloso, quisiera repetirlo —dijo avergonzada.

—Lo haremos después, amor, ahora debemos asearnos.

Ambos lo hicieron mientras Darline observaba los rastros de sangre con cierta incertidumbre.



—Para mí siempre serás virgen, pues yo tomé tu virtud y seré el único hombre que se divierta y te divierta allí —aseguró Alen sin vergüenza al ver el rostro de Darline.

—¡Dios, Alen! ¿Qué, no te da vergüenza decirme eso?

—No, eres mía y yo, por ende, soy tuyo. Mañana daré por terminado nuestro cortejo, pediré tu mano, mi amor. ¿No te pone contenta? —preguntó Alen rebozando de felicidad.

—Sí, claro, solo que no quiero esperar tanto a casarnos, no quiero sufrir otra vez, no me dejes nunca, Alen —pidió pegada a su cuerpo.

—¿Qué te parece si nos casamos en un mes, poco después que inicie la temporada?

—Me parece perfecto y, ahora, ¿puedes seguir enseñándome más de estos placeres deliciosos?

—Para eso estoy, *milady*, seré su esclavo.

Darline gritó cuando Alen se lanzó sobre ella como una pantera.

—¡Eso espero! —exclamó feliz.

Se comenzaron a besar y acariciar sin el más mínimo pudor.

—Tan pronto y ya está lista para mí, *milady* —comentó, Alen, excitado.

Hicieron el amor toda la noche, y ella se quedó en la habitación a dormir con él.

## CAPÍTULO 28

Por la mañana, Brent fue a golpear la habitación de Darline, pero nadie contestó, abrió y se encontró con que la cama estaba intacta. Lo primero que le pasó por la mente fue ALEN. Fue corriendo a la habitación y allí los halló: yacían los dos desnudos y dormidos.

—¡Alen, degenerado, sinvergüenza! ¿Qué haces con mi hermana en tu cama? —preguntó sobresaltado.

Ambos se despertaron asustados.

—¡Brent! —gritó Darline.

—¡Tú, cállate! —ordenó señalando a su hermana—, y tú, Alen, espero que sepas lo que significa esto.

—Claro, que tendrás un sobrino —bromeó.

—¡Estúpido, seremos cuñados! —exclamó emocionado. Con aquello, Darline estaría segura y no sufriría por Huntly.

Darline los miró confundida, ambos reían, estaban felices.

—Hoy quiero pedir la mano de Darline al conde y casarnos al empezar la temporada en Londres.

—Pues vístanse y vamos a hablar con padre, estoy contento de verte feliz, Darline, y que hagas feliz a mi amigo —comentó saliendo de la habitación tan rápido como entró.

Todos se reunieron en el comedor para desayunar, entonces el duque tomó la palabra.

—Lord de Derby, ya que estamos todos aquí, quisiera públicamente expresar mis intenciones con su hija, quiero pedir su mano en matrimonio.

Todos en la mesa rieron con júbilo, era la mejor noticia en mucho tiempo.

—Tienes mi aprobación desde un principio, muchacho, ahora quiero saber

cuándo se casarán —dijo, feliz, el conde.

—Estábamos pensando en ir a Londres para la temporada y casarnos ahí, en aproximadamente un mes.

—¡Excelente, pues debemos partir a Londres y anunciar el compromiso!

Dos días después, estaban rumbo a Londres, el lugar al que Darline no quería regresar antes, pero con Alen había superado todos sus miedos, era libre de amar y ni siquiera con Alfred había sentido esa libertad que le daba el amor de Alen.

Llegaron a Snow House, y Harold y Mariane, sorprendidos, los recibieron.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Harold.

—Nos alegra verte también —dijo la condesa—, venimos para los preparativos de matrimonio de Darline con el duque.

—¿Qué? ¡Felicidades, Alen! ¡Casi cuñado! ¿Cuándo lo publicamos?

—Gracias, Harold, mañana lo haremos en el periódico, dará que hablar —predijo Alen.

—Ya quiero ver algunas caras —opinó Harold refiriéndose a Alfred.

—Lo vimos, hace cuatro días estuvo en Hertfordshire e intentó llevarse a Darline.

—¿Que ese desgraciado hizo qué? ¡Lo mataré!

—Harold, no me pasó nada, el duque fue muy rápido con el arma y me salvó —lo alabó, sonriendo, Darline.

—Eres el mejor de los tres con el arma, Darline, estará en buenas manos.

Todos pasaron a la casa, salvo Darline y Alen.

—*Milady*, hasta aquí puedo seguir aprovechándome de la generosidad de Brent. A cuatro cuadras se encuentra mi mansión, vendré a verla mañana por la tarde.

—¿No puede quedarse, excelencia?

—No, amor, debo colocar esa mansión en condiciones para la futura duquesa de Malborough. Además, debo descansar, mañana por la mañana iré a la casa de un posible inversionista aquí cerca.

—Está bien, aún no te has ido y ya te extraño... Te amo, Alen...

—Y yo más a ti...

Durante la noche, Darline se sentía sola sin Alen, él se había convertido en su compañero, su amigo, su amante, y pronto sería su marido. Lo quería

cerca.

Lia tocó la puerta y entró.

—*Milady*, es una nota para usted.

—¿De quién?

—¡Del duque!

Darline, ansiosa, la abrió.

*Mi amor, estar este mediodía lejos de ti ha acabado conmigo, te extraño y no sé qué hacer, más que escribirte sobre lo hermosa que eres ante mis ojos. Te amo, Darline, y te extraño. Desearía entrar por tu ventana.*

*Tuyo siempre.*

*Alen Waldow, duque de Malborough*

Darline dio grititos de alegría por lo que le había escrito el duque.

—Lia, rápido, papel y pluma.

La doncella se los pasó rápidamente.

*Mi querido duque, le pasa lo mismo que a mí, lo extraño y lo deseo con locura. Mi ventana quedará abierta esta noche para usted.*

*Suya para siempre.*

*Lady Darline de Derby*

Alen recibió la nota. Cuando la leyó, empezó a reír, era una indirecta directa que quería que estuvieran juntos. Agarró lo necesario y salió rumbo a buscar la ventana de Darline.

Ya casi a la media noche, Alen estaba trepando el roble del jardín, hacia la única ventana abierta, entró y escuchó:

—¿Eres tú, Alen? —preguntó Darline

—Sí, soy yo, Darline... ¿Será que entendí bien y tu nota era una invitación a pasar la noche contigo?

—Es inteligente, excelencia —confirmó Darline, se acercó a besarlo y le desprendió la chaqueta.

—¡Ay, Darline, voy a hacerte mía! Te deseo con locura.

Darline, decidida, a darle placer a Alen, siguió los consejos de su doncella e hizo lo que le había dicho.

—¡Me encanta, Darline!

Alen perdió lo que le quedaba de cordura, acarició a Darline, estaba más que lista.

La noche fue cómplice de la lujuriosa pasión que los consumió, llevándolos a experimentar sus placeres mutuamente, perdiéndose el uno en el otro en espirales de placer desconocidos.

—Darline, eres deliciosa, ya muero por que estemos casados. Te haría el amor todo el día, no te dejaría siquiera comer o dormir.

—Esto es tan placentero, quédate a mi lado esta noche y vete temprano.

—Así lo haré. Ahora duerme. Buenas noches, amada mía.

—Buenas noches amado...

Alen se despidió de ella poco antes de amanecer y regresó a su casa para estar listo para su cita con el duque de Norfolk.

Esa mañana, llegó hasta la casa del duque de Norfolk.

—Buen día, el duque de Norfolk me espera —informó Alen en la entrada.

—Adelante, excelencia, pase —respondió el mayordomo.

—Excelencia, soy Harry, el duque de Norfolk, un placer conocerlo.

—El placer es mío, soy Alen, duque de Malborough.

—¿Le apetece algo de beber?

—Aún es muy temprano.

—Pues hablemos de lo que nos interesa —dijo refiriéndose a buenas inversiones.

Alfred estaba desayunando con el periódico en la mano.

*Anuncian el compromiso de Alen Waldow, duque de Malborough, y lady Darline de Derby.*

Tiró todo lo que había en la mesa por la rabia.

—Alfred, ¿qué te pasa? —preguntó la marquesa sorprendida por el repentino cambio de su hijo.

—¡Esto me pasa! —espetó arrojando el diario a la mesa—. Darline se casa con el duque de Malborough. Alen es el maldito y poderoso duque de Malborough, ¡maldita sea! Voy a casa de Norfolk ahora.

Alfred fue a casa de Harry y el mayordomo lo recibió.

—El duque está con una visita, señoría, en un rato se retira si gusta esperarlo.

—No —escupió impaciente—. Iré a su despacho.  
Entró y se sorprendió al encontrar a Alen con Harry.  
—¡Alfred! —exclamó Harry extrañado—, te presentaré a...  
—No hace falta que lo hagas —interrumpió Alfred en tono serio.  
—¿Ya se conocen?  
—Sí, nos conocimos hace unos días —respondió Alen.  
—¡Eres un desgraciado, Malborough, te vas a casar con Darline! ¿Cómo hiciste que accediera?  
—¿Cómo? ¿De dónde sacas esto, Alfred? —consultó Harry perdido por la dirección que había tomado su encuentro con otro inversionista.  
—¡De aquí! —renegó arrojándole el periódico—, este individuo quiere llevarse a mi Darline.  
—Ella no es tuya, es mía, Huntly. Tu tiempo con Darline terminó, entiéndelo de una vez, ella me ama y yo la amo.  
—Solo siente pena por ti porque la ayudaste a pasar el luto por mí, es eso. Pronto lo verá, y tú sufrirás, Malborough.  
—No es así, en poco tiempo nos casaremos y, por favor, no te acerques a ella.  
—Lucharé por Darline, aún hay tiempo de impedir el matrimonio.  
—Eso no pasará. Lord Harry, me retiro, con su permiso —dijo Alen con una reverencia, saliendo raudamente del despacho.

## CAPÍTULO 29

—¡Ese desgraciado quiere robarme a Darline! —refunfuñó Alfred.

—Lo siento, amigo, pero ella ya no es tuya, entiéndelo y deja que ellos sean felices.

—Harry, ¿de qué lado estás?

—Eres mi amigo, pero Darline es parte de tu pasado y Malborough es su presente; estás siendo egoísta como lo fue contigo *lady* Isabelle.

—Esa mujerzuela no deja de molestarme, aún no sabe que recuperé la memoria; cuando quiera hablarme, lo sabrá —afirmó con resentimiento.

—Se llevará una gran sorpresa, piensa que has olvidado sus patrañas para separarte de Darline.

—Su cara será mi recompensa. Por su culpa perdí a Darline, ella contrató a esos hombres, quería llevarme a una cabaña y tenerme ahí, pero en el baile de *lady* Grant se llevará otra decepción más, pagará por echar a perder mi felicidad con Darline. Aunque no me daré por vencido, Malborough puede no ser mal hombre, pero se metió con la mujer de otro.

—Alfred, ¿te has puesto a pensar que ella ya pudo haberse entregado a él? Capaz también puede que esté embarazada —sugirió Harry.

—No, no, no, ella es mía... Por más que nunca lo hicimos, no es de nadie más, y él lo entenderá, nuestro amor no pudo haber desaparecido, Harry.

—Has pasado dos años lejos de ella, Alen la consoló y se ganó su amor, ¿por qué no lo entiendes?

—No, Harry, no, eso no es así, ella solo está... confundida —discutió, dolorido, Alfred.

Por la tarde, Alen fue a buscar a Darline para dar un paseo en la calesa.

—Buenas tardes, excelencia —saludó Darline lanzándose al cuello de Alen.

—*Milady*, está usted hermosa esta tarde, es un placer verla —consintió Alen—. ¿Nos vamos?

—Claro... y vamos solos, Alen, te tienen demasiada confianza en casa.

—Los tengo a todos en la bolsa, Darline, es mi encanto natural...

—Eres un presumido, duque.

—Tengo que serlo o no me amarías.

Llegaron sonriendo al parque, se bajaron de la calesa y caminaron mientras charlaban animosamente, sin saber que Alfred los había seguido.

—Alfred, esto es demasiado, tener que seguirlos —dijo Harry avergonzado.

—Nada nunca es demasiado, capaz ese degenerado quiera propasarse con ella.

En un momento de felicidad y sin que nadie los viera, Darline se tiró a los brazos de Alen y él le dio vueltas en el aire.

—Alen, soy tan feliz contigo... —aseguró ella extasiada.

—Lo ves, Alfred, ella está muerta de amor por el duque, ya déjalos y vamos a buscar otras diversiones.

—No, ella es mía, ese hombre la confunde —justificó Alfred saliendo de su escondite.

—¡Suéltala, Malborough! —exclamó Alfred.

—¡Dios mío! ¿Qué no entiendes, Huntly? Estás obsesionado con ella, ya no te ama.

—¡No es cierto, ella está confundida por tu presencia, no es para que ella te ame! Solo la confundes, la engatusas.

—Deja de pensar por mí, Alfred, yo amo a Alen y por eso me casaré con él. Lo nuestro no existe, deja de buscarme y busca ser feliz.

—No, Darline, mi amor, por favor, déjame cortejarte de nuevo.

—¿No tienes el mínimo de respeto por mi prometido? ¡Déjame en paz, lo amo y no puedes hacer nada! —espetó enojada y hastiada de la actitud acaparadora de Alfred.

—¡Pues te reto, duque de Malborough, a un duelo por el amor de Darline!

—Será un placer meterte una bala en el corazón, marqués de Huntly.

—Alen, no quiero que ensucies tus manos, Alfred no es malo, solo está



perdido, ¡no lo mates!

—Querida, no lo mataré, solo lo dejaré herido, no será un duelo a muerte, llegaré a un trato con él.

—¡Será a muerte! —se pronunció Alfred—, no podemos vivir dos en éste mundo amando a la misma mujer.

—¡No, Alfred! Ninguno se batirá en duelo por mí, los rechazaré a los dos. Vámonos, Alen, el paseo llegó a su fin —sentenció Darline para evitar un escándalo mayor al que ya se estaba observando en el parque.

—¡Darline, no te vayas aún, debemos hablar! —pidió Alfred cargado de dolor y frustración.

—Ya no tengo nada que hablar contigo, mi decisión está tomada, lo siento por ti, Alfred.

Alen y Darline subieron a la calesa y regresaron a Snow House

—¿Qué le sucede al marqués, no entiende que lo nuestro es pasado? Me duele verlo así porque lo amé, pero ya no más, mi amor es tuyo.

—Lo sé, yo lo entiendo, sería difícil perderte, yo no quiero hacerlo tampoco.

—Alen, nuestra situación es distinta, tú no tenías a una loca obsesionada detrás.

—Es cierto, pero igual no me resignaría tan fácil a perderte. Por cierto, quisiera invitarte al baile de *lady* Grant, será en casi un mes, y dos días más tarde será el baile de máscaras de *lady* Brown.

—Hace tiempo que no voy a ningún baile, acepto tu invitación.

—Bien, *milady*, si la ventana se queda abierta por la noche, vendré a verte.

—Olvidaré cerrar esa ventana todas las noches, excelencia —insinuó besando a su prometido.

\*\*\*

*Lady* Isabelle miraba el anuncio de compromiso en el periódico y se sintió satisfecha.

—Ya no tendré que preocuparme por ti nunca más. Ahora el camino a conquistar al marqués está vacío, ya que no recuerda nada, y ya quité a la

esposa y a la ex prometida...

—Hija... —interrumpió el conde de Spencer.

—Dígame, padre.

—Quiero hablar contigo.

—¿Qué desea, padre?

—Ya tienes veintitrés años, estás quedándote solterona.

—Padre, ya este año conquistaré al marqués.

—Estás obsesionada con él, no quiere nada contigo. ¿No lo ves? Te pongo sobre aviso, si no consigues conquistarlo esta temporada, te casaré con quien yo elija.

—Padre..., eso no... Yo quiero casarme con el marqués.

—¡Pero él no quiere casarse contigo! ¡Métete eso en la cabeza!

—Lo conseguiré, estoy segura, no hay nadie en mi camino ahora.

\*\*\*

De noche en casa de Alfred, él se encontraba perdido en sus pensamientos.

—¡Alfred Bellamy, acaso te has olvidado que tienes un hijo que se llama Daniel! —reclamó su madre.

—No lo he olvidado, madre... —respondió con tristeza.

—Pues a mí me parece que sí, hace días que ni lo miras.

—Perdóneme, madre, estoy viendo cómo recuperar a Darline.

—Hijo, olvídale... Rehaz tu vida, vámonos a Bath.

—No, madre, sin ella no me iré...

—Está enamorada del duque, lo comenta todo Londres.

—Madre, ella está confundida, estoy seguro de que me sigue amando, no lo ve porque él la distrae —repitió esa justificación queriendo él mismo creer aquello.

—Preferiría que no hubieses recobrado la memoria —lamentó su madre negando con la cabeza.

Esa noche y las siguientes, el duque visitaba a Darline, hacían el amor hasta quedar saciados el uno del otro.

Cuatro días antes del baile de *lady* Grant, Darline comenzó a sentir náuseas, tocó la campanilla y llamó a Lia.

—*Milady*, se ve usted muy pálida.

—Lia, no me siento bien, por favor..., tráeme algo para vomitar.

—Sí, *milady*, ya voy.

Darline bajó a intentar desayunar, pues aparte de las náuseas, sentía unos mareos horribles.

—Buen día, hija, ¿te encuentras bien? —preguntó la condesa.

—No te ves bien —aseguró Mariane.

—La verdad, no me siento bien, tengo náuseas, mareos y ahora, también, ascos —dijo mirando la comida.

—Darline, dime, ¿tú estuviste con el duque? —preguntó Mariane.

—Mmm... yo... Sí, he estado con él —confesó avergonzada mirando a su madre, sabía que hacerlo antes del matrimonio era imperdonable y condenable.

—¿Y cuándo te vino la regla la última vez?

Darline no lo había pensado.

—Debió llegarme hace como dos semanas.

—Bueno, creo que estás embarazada del duque —supuso Mariane.

—¿Será posible? ¿Cómo podría confirmarlo?

—Vamos a llamar al doctor Jacobs, él está llevando mi embarazo —propuso su cuñada.

—Lo llamaremos hoy —decidió la condesa.

## CAPÍTULO 30

El doctor Jacobs, luego de revisarla, le confirmó que estaba embarazada.

—*Milady*, usted está embarazada de unas pocas semanas. ¡Felicidades!

—Gracias, doctor, estoy tan contenta, pero le quiero pedir algo.

—Dígame, *milady*.

—¿Puede mantener la discreción de este asunto? Aún no me he casado con el duque.

—No se preocupe, yo le quiero pedir otra cosa, *milady*.

—¿Qué, doctor?

—Que se cuide, recuerde su problema cardíaco, en especial, para el parto. Tenga un embarazo tranquilo.

—Sí, doctor, me cuidaré, gracias.

Darline estaba feliz, tenía en su vientre un hijo, fruto del amor con el duque. ¿Cómo reaccionaría él con la noticia? Se lo diría en el baile de máscaras.

Llegó el día del baile de *lady* Grant, Darline se había puesto un vestido magenta. Al mirar sobre su cama, encontró dos estuches, uno pequeño y otro más grande. En el más grande había una gargantilla de diamantes y unos aretes largos del mismo material; en el más pequeño, un anillo de zafiro con diamantes incrustados, era toda una belleza, también había una nota.

*Para la mujer que ha conquistado mi corazón y ha cambiado mi vida, mi futura esposa, este anillo es el símbolo de nuestro compromiso en matrimonio. Acéptalo, quiero verte con él esta noche.*

*Alen Waldow, duque de Malborough*

—¡Oh, Alen! Te amo, mi amor, cuando te cuente sobre nuestro hijo, te

pondrás tan feliz. ¡Esto es un sueño!

Alen pasó por Snow House y se llevó a Darline en su carruaje, sus hermanos fueron con sus padres y Mariane en el carruaje de la familia.

—Mi amor, estás radiante esta noche, y el anillo que llevas en el dedo te deja más hermosa. Te haré bailar toda la noche.

—Eres tan encantador, me encanta el anillo, Alen, cada vez que lo miro recuerdo tus ojos.

—Mi amor, lo compré exactamente para que te observe cuando no estoy contigo —se burló.

—¡Eres insufrible, amor mío! —reclamó, divertida, Darline.

Al llegar al baile los anunciaron.

Todos se giraron al verlos entrar, entre ellos, Alfred y Harry.

—Míralos, allí están. Norfolk, tienes que hacerme el favor que te pedí, debo hablar con Darline a solas.

—Amigo, estás mal, pero lo haré solo para que te des cuenta de tu error.

—Eso no pasará. Después del vals, distráelo mientras me llevo a Darline al jardín. Ahora debo ir a hablar con *lady* Isabelle.

Alfred se acercó a *lady* Isabelle para solicitarle una pieza.

—*Milady*, ¿me permite este baile? —pidió Alfred.

Los ojos de ella brillaron con esperanza de que la viera como candidata a su marquesa.

—Por supuesto, señorita.

Fueron a la pista y comenzaron a bailar.

—Me sorprende que me haya invitado a danzar con usted.

—¿Por qué, Isabelle? De alguna manera debía hablar contigo —cuestionó Alfred con amargura.

—¿Hablar conmigo?

El rostro del marqués cambió e Isabelle se dio cuenta, él había recuperado la memoria.

—Isabelle, pagarás muy caro lo que me hiciste, me separaste de Darline, y por ello te repudio.

—Ya se casa con otro, cariño, perdiste tu oportunidad con ella.

—¡Por culpa tuya! ¿Sabes que aún voy a intentar recuperarla?, ¿y sabes que te espera a ti?! La cárcel, querida, ¡por intento de secuestro!

Isabelle palideció.

—¿Qué dice? Jamás haría...

—Sé lo que hiciste, contrataste a esos hombres para que me llevaran a una cabaña a las afueras de Bath. Lo sé todo, tu plan salió mal desde un principio. Nunca me tendrás, entiéndelo, y sabes que recuperaré a Darline. Tú no interferirás. Al salir de aquí, te espera la policía.

El baile terminó e Isabelle corrió despavorida hacia la salida, Alfred intentó alcanzarla, pero se perdió en la multitud; había escapado.

—¿Búsquenla, la quiero presa! —ordenó Alfred a los policías.

Alen y Darline danzaban como si fueran uno solo, habían bailado ya cuatro piezas y ella se sentía cansada.

—¿Me traes algo de beber? te espero en el balcón —pidió Darline.

—Ya voy por su bebida, *milady* —consintió Alen sonriendo.

En ese instante, Alfred y Harry vieron la oportunidad para llevar a cabo el plan.

—Excelencia, qué gusto volver a verlo —alegó el duque de Norfolk.

—Norfolk —saludó Alen con una inclinación de cabeza.

—Quería disculparme por el comportamiento de mi amigo la otra vez, espero que eso no afecte nuestra relación comercial.

—No se preocupe, no mezclo esas cuestiones.

Continuaron hablando, el plan estaba saliendo bien y Alfred se acercó a Darline.

—Darline, quiero hablar contigo.

—No tengo nada que hablar contigo, me voy —dijo reacia a cooperar, volteando los ojos.

—No te vayas, por favor, acompáñame, solo quiero hablar contigo.

—¿Me dejarás seguir mi vida, Alfred?

—Sí, lo haré —mintió Alfred.

—Está bien —aceptó Darline, y salieron al jardín.

—Ahora, dime, ¿qué es lo que quieres decirme?

—Esto... —expresó Alfred abalanzándose sobre Darline, comenzó a besarla sin descanso, pero ella se resistía.

En el salón, Alen ya quería librarse de Norfolk.

—Excelencia, lo siento, hablaremos de esto en otro momento, me retiro,

tengo una dama esperando esta bebida —se disculpó para escapar.

—Hasta luego, excelencia —dijo Harry dando por cumplida su misión.

Alen buscaba a Darline, pues no se encontraba en el balcón donde debía esperarlo, luego pensó.

—¡Fue una trampa!

Miró por todas partes y Alfred no estaba. Corriendo, fue al jardín y los vio, vio a Alfred besando a Darline, la furia nubló el noble y tranquilo carácter del duque.

—¡Suelta a mi prometida ahora mismo, Huntly, si no quieres que te mate!  
—lo amenazó con severidad.

Darline se liberó y golpeó a Alfred con una bofetada.

—¡En tu vida se te ocurra volver a tocarme, no soy tuya!

—Eres mía, Darline, y lo serás por siempre.

—Eso no es así, me he entregado a él porque lo amo profundamente y quiero que dejes que sea feliz —confesó ella para ver si los dejaba vivir tranquilos.

—No, Darline —articuló Alfred pálido—, no pudiste haberlo hecho.

—Ella es mi mujer ahora, Huntly, y será mi esposa te guste o no. Vamos, Darline, tu bebida se está calentando.

Ambos se adentraron en el jardín y llegaron a un oscuro y alejado lugar junto a un árbol. Alen acorraló a Darline, la apretó contra el árbol y le dijo furioso y excitado.

—¿Qué creías que hacías a solas con él?

—Me dijo que nos dejaría en paz.

—No seas ingenua, Darline, no lo hará, tú eres mía —dijo posesivo—, y para demostrártelo, te haré mía aquí mismo.

Los ojos de Darline brillaron de emoción. Aquellas no eran amenazas de castigo, sino de la más infinita promesa de placer.

Alen la besaba febrilmente y luego le abrió la parte de enfrente del vestido y la acarició. Abrió sus pantalones, comenzó a moverse y a acariciar a Darline de manera posesiva.

—No me hagas esto nuevamente, ¿no lo harás más, verdad? —obligó con voz ronca y agitada.

—No lo haré, amor mío, lo prometo, soy tuya y solo tuya.

Agotado, arregló la ropa a Darline y también la suya, volviendo al salón.



## CAPÍTULO 31

Es e día era el baile de máscaras, *lady* Isabelle se encontraba prófuga, estaba escondida en una cabaña cerca de Londres y juraba venganza.

—Maldito seas, Alfred Bellamy, si yo no soy feliz contigo, tú tampoco lo serás con esa insulsa. Esta noche terminaré con esto.

Darline pensaba aún en cómo decirle a Alen que estaba esperando un hijo suyo mientras elegía la máscara que llevaría en el baile.

—¿Aún no se lo has dicho, verdad? —preguntó la condesa.

—No, madre, esta noche se lo diré, es que no sé cómo.

—Díselo sencillamente; además, ya no queda mucho tiempo, deben casarse pronto.

—¡Lo sé, madre! Esta noche se enterará que tendrá un heredero.

Alfred, aún dolido por la confesión de Darline, estaba dispuesto a aceptarla deshonrada incluso con tal de tenerla a su lado.

—No quiero darme por vencido con ella, madre, ese hombre la hizo suya y le colocó un anillo a la que iba a ser mi esposa —dijo Alfred bebiendo.

—Hijo, llevas aquí dos días, ¿piensas morir ahogado en la bebida? Vámonos a criar a Daniel a Bath, estar cerca de esa joven te hace daño —insistió su madre.

—Madre, la amo, ¿qué haré con este amor?

—Enterrarlo. Empieza de nuevo.

—Está bien, madre, nos iremos a Bath, pero esta noche la veré por última vez en el baile de máscaras, me disculparé con ellos para que no existan resentimientos.

—Sabia decisión, hijo mío.

Durante el baile de máscaras, Alen y Darline no se habían separado ni un minuto, las máscaras que llevaban eran casi idénticas: azul con plateado solo cubriendo los ojos.

Alfred se acercó a la pareja.

—Quisiera hablar con ustedes a solas, por favor.

—No hablaremos contigo —se negó Darline.

—Querida, déjalo hablar, ¿dónde, marqués?

—Vamos afuera.

Allí, Alen comenzó:

—¿No será una nueva táctica para robarse a mi prometida, verdad, lord Huntly?

—No, excelencia, vine a pedirles perdón por mi comportamiento. Me iré a vivir a Bath con mi madre y mi hijo, he entendido que Darline ya no me ama, y no puedo luchar con eso —declaró con casi las lágrimas dejando sus ojos.

—Alfred..., yo... —sonrió ella también emocionada, aquel era el hombre que en su pasado había amado.

—No interrumpas, Darline, no puedo dejar de amarte, por eso me voy, debo entender que lo amas a él, mi tiempo contigo acabó.

—Gracias por entenderlo, Alfred —expresó Darline llorando y abrazándolo.

Alfred, con lágrimas en los ojos, la abrazó.

—Te amaré, Darline, por siempre formarás parte importante de mi vida.

—¡Por fin cumpliré mi venganza! —masculló Isabelle con un arma en la mano amenazándolos.

—¿Qué quieres ahora, loca? —inquirió, con rabia, Alfred.

—Simple, acabar con todo lo que amas. Si no eres para mí, no serás para nadie. Mataré a esta insulsa mujer como maté a tu esposa —confesó Isabelle.

—¿Mataste a April? Fue un accidente de caballo.

—No, querido, yo corté las riendas de su caballo, era amante de los paseos. Ya había cumplido su misión, te había dado un heredero. Mi plan era casarme contigo, pero no para darte hijos, quería ser la marquesa y disfrutar de ti, eres el único que puede hacerme feliz y yo puedo hacerte feliz a ti, pero no, me dejaste por ella, quise secuestrarte, pero todo falló, todo salió mal —contó

llorando.

—Estás enferma... —pronunció Darline.

—¡Cállate, estúpida! ¡Es a ti a quien voy a matar ahora! Y quizás disfrute con tu guapo prometido después.

Darline estaba paralizada, ella estaba embarazada de Alen, no podía morir.

—Dile adiós a tus amores, querida, te mataré, ya no tengo nada que perder.

—¡Por favor, no lo haga! —rogó Alen.

—¿Usted también qué le vio? Es una insípida mujer, ¡la odio, Darline, por robarme todo lo que he querido, muera! —gritó Isabelle y disparó el arma hacia ella.

—¡No! —exclamó Darline al ver que la bala impactaba en Alen, que se había colocado delante de ella para cubrirla con su cuerpo.

Alfred atajó a Isabelle, y los invitados que salieron al jardín vieron la escena.

Alen estaba inconsciente y sangraba a la altura del corazón.

Brent corrió hacia Darline.

—¡Alen, Alen, por favor, no te mueras! ¡Brent, ve por un doctor, por favor!

—¡Iré por él! —se apresuró.

—El duque no respira —anunció el doctor al revisarlo después de unos minutos.

—¡No, no, Alen no nos dejes, por favor, tu hijo y yo te necesitamos, por favor, no te vayas! Te amo —balbuceaba Darline mientras lloraba desesperada con su madre, que trataba de consolarla.

Alfred quedó destrozado, ella estaba embarazada del duque. Su alma había dejado su cuerpo y todas sus ilusiones murieron al escuchar todas esas palabras. El amor de ella por Alen era más grande que el que una vez había sentido por él.

Después de practicarle resucitación, Alen reaccionó

—Ahora respira, pero está muy grave, llevémoslo a St. Thomas, necesita intervención con urgencia —explicó el doctor.

Brent y Harold lo subieron al carruaje a toda velocidad.

Alfred entregó a Isabelle a la policía y les dijo que ella había confesado haber matado a su esposa, luego corrió hacia Darline, que quedó en la fiesta.

—Te llevaré junto a él, no tengas miedo de mí.

—Gracias —susurró ella con el vestido marfil lleno de la sangre de Alen y llorando desconsolada.

Subieron al carruaje y partieron rumbo a St. Thomas.

—No pensé que pudiera pasar dos veces por la muerte de personas que he amado —expresó con profunda tristeza.

—Perdóname, Darline, yo no quería esto, sabes que te amé y aún te amo, pero no deseo que tu hijo quede huérfano, igual que el mío, por la misma persona. Si yo no me hubiera involucrado con ella, nada de esto hubiera pasado. Maldita la hora en que se cruzó en nuestro camino.

—Alfred, lamento no poder corresponder más a tus sentimientos. Quizás si Alen no hubiera aparecido en mi vida, estaríamos ya casados, pero el rescató mi alma del dolor de tu pérdida. Yo quise estar con él desde que lo vi, algo en mi corazón se iluminó al verlo y, al conocerlo, me sentí viva de nuevo, más viva que nunca, y ahora... —dijo llorando—, siento que me muero...

—No, Darline, ten fe, sé fuerte. Por más que me duelan tus palabras, deben formar una familia. En los ojos del duque puedo notar su amor por ti...

Llegaron a St. Thomas y Darline fue a buscarlo.

—¡Brent! ¿Dónde está Alen?

—Lo están atendiendo para sacarle la bala, ha perdido demasiada sangre, el doctor dice que es probable que no sobreviva.

—¡No, hermano, no! No puede dejarnos, él es fuerte.

—Es fuerte, como siempre dice, es un experto. —rió Brent para dar esperanza a su hermana.

El doctor fue junto a los que estaban en la sala de espera.

—*Milady*..., el duque ha...

—¿Qué le pasó? ¡Hable ya, doctor!

—Ha salido bien de la intervención, pero las siguientes horas son críticas. Ha perdido demasiada sangre y están otras infecciones que podrían ocasionarle la muerte.

—¿Puedo verlo, doctor?

—Sí, lo pasamos a una habitación.

Darline entró y lo vio, estaba pálido y demacrado.

—¡Amor mío, qué te hicieron! —se lamentó llorando.

—*Milady*, cálmese, en su estado no debe alterarse.

—¿En su estado? —preguntó Harold.

—Estoy esperando un hijo de Alen.

—¡¿Qué?! ¡Más vale que viva para que cumpla su palabra de casarse contigo!

—Lo hará, él nunca falla —aseguró Brent.

Todos se quedaron el resto de la noche. Incluso Alfred, que no quería dejar a Darline sola, deseaba, aunque sea, su amistad.

## CAPÍTULO 32

Habían pasado tres días desde el incidente y Alen aún no recuperaba la conciencia.

—Doctor, ¿está todo bien con Alen? No despierta.

—Él está mejorando, *milady*, pero muy lentamente. Vaya a descansar a su casa, en estos días tuve que atenderla varias veces, no debe ponerse nerviosa, no le hace bien a ninguno de los dos.

—No puedo irme sin ver que despierte.

Una enfermera entró sobresaltada a la sala.

—¡Doctor, el duque de Malborough ha despertado!

Darline se apresuró para verlo.

—Alen, amor mío, ¿cómo te sientes?

—Darline, estoy, bien, me duele un poco la herida, ¿cuánto tiempo ha pasado?

—Tres días, Alen, no despertabas... —repuso llorando.

—No moriré, mi amor, puedes estar tranquila.

—Alen, tengo algo que decirte, es importante —informó nerviosa y emocionada a la vez.

—Dime, ¿qué pasa, Darline?

—Estoy embarazada, tengo el fruto de nuestro amor dentro de mí, Alen, soy tan feliz porque los tengo a los dos. —Lloraba Darline mientras lo veía emocionarse.

Alen, con lágrimas en los ojos, le acarició el vientre.

—Nuestro hijo, mi heredero. Gracias, Darline, por amarlo dentro de ti... Te amo, te prometo hacerte feliz, y a él también. Los amo, me has convertido en el hombre más feliz. Cuando salga de aquí, nos casaremos. Ve a tu casa,

descansa y, luego, ve a ver los preparativos para la boda, que mi duquesa tenga la boda que merece.

—Alen, estoy tan feliz. Por fin puedo ir tranquila a casa sabiendo que estás bien. Hablaré con el médico para que te traslade a casa para cuidarte.

—Serás la mejor enfermera.

—Me voy, amor. Te amo tanto. Descansa —le deseó abrazándolo.

—Te amo también.

Horas después, Alen recibía la visita de Alfred.

—Buenas noches, Alen, ¿cómo se encuentra?

—Buenas noches, estoy todo lo mejor que puedo estar.

—Me alegro. Quería felicitarlo por el embarazo de Darline, lo escuché cuando usted cayó inconsciente tras el balazo.

—Gracias, debe ser duro para usted.

—Lo es, pero estoy resignado; comenzaré mi vida desde cero. Vine a despedirme de usted, pero con el objetivo de pedirle algo.

—Dígame en qué le puedo ayudar.

—Le quería pedir que, si llegara a tener alguna hija con Darline, me avisen cuando hagan su presentación en sociedad, quisiera que Daniel la conozca.

—Su hijo podrá ser un buen partido, le hago esa promesa, señoría. Los dejaremos conocerse y decidir qué harán, al igual si usted tiene hijas, guárdela para un duque.

—También lo haré, se lo prometo. Me despido de usted, Alen.

—Hasta pronto, Alfred.

Ese mismo día, Alfred partió a Bath con su hijo y su madre. A pesar de sentirse tan triste, decidió no cerrarse al amor en el futuro, quería volver a amar y ser correspondido.

Dos semanas después, Alen y Darline salían de la iglesia como marido y mujer. Fue el día más feliz de sus vidas. La fiesta se llevó a cabo en la mansión del duque en Londres, donde se quedarían a vivir hasta que naciera el bebé; debido a la enfermedad de Darline, necesitaba ser revisada constantemente.

—Es el día más feliz de mi vida, Alen, por fin somos marido y mujer.

—Es más feliz para mí —dijo Alen sonriente.

En ese instante, apareció el duque de Rutland para saludar a los recién

casados.

—¿No me vas a presentar a la duquesa?

—Claro, padre, ella es *lady* Darline, duquesa de Malborough.

—También *milady* será duquesa de Rutland, hijo, vine a hacer las paces contigo. Sé que el heredero está en camino y quiero pedirte algo.

—Dígame, padre.

—Quiero que tu primer hijo sea el duque de Rutland.

—Puedo concedérselo, padre, si Darline está de acuerdo.

—Yo estoy de acuerdo, es el título familiar, al igual que el de Malborough será familiar a partir de ahora.

Ambos duques se abrazaron e hicieron las paces, dejando atrás sus desavenencias.

\*\*\*

Los siete meses habían pasado, el embarazo de Darline progresaba felizmente, pero, según Alen, ella estaba muy grande.

—Amor, creo que tienes más de un bebé en esa panza.

—Cállate, Alen, sé que estoy horrible, no estoy para tus bromas.

—Amor mío, no te enojas, para mí eres hermosa.

—¡Vete, estoy como una vaca gracias a ti! —reclamó enojada.

—*Milady*, deme un beso, por favor.

—No, excelencia, hoy dormiré afuera.

—¡No, por favor, es una tirana! ¡Afuera hace frío!

—Solo porque te amo te perdono —dijo ella jugando con él.

—Gracias, su excelencia, te ves hermosa cuando te enojas.

Darline dio dos pasos y, de repente...

—¡Alen!

—¿Qué pasa?

—Llegó el momento.

—¡Henderson! —gritó llamando al mayordomo.

—Excelencia —se presentó el hombre rápidamente.

—Llama al doctor rápido, la duquesa va a dar a luz.



—Con permiso... —dijo, apurado, el hombre.  
Media hora después, apareció con el doctor y una matrona.  
—¿Cómo va el trabajo, *milady*?  
—¿No ve que está sufriendo, doctor? ¡Qué pregunta!  
—Excelencia, usted debe salir.  
—¡Es mi esposa la que está sufriendo en esa cama! Me quedaré.  
—¡Alen, vete, por favor, no quiero que me veas asíiii...! —gritó Darline.  
—Mi amor, ¿te duele mucho?  
—¡Ay! No amor, estoy gritando por diversión. Vete con mis padres y mis hermanos.  
—Está bien. Recuerda que te amo.  
—Yo también...  
Seis horas de trabajo de parto dieron como resultado la llegada de los hermosos gemelos, iguales al duque, rubios pero con los ojos de su madre.  
—Felicidades, excelencia, los tres están bien —anunció el doctor.  
—¿Los tres? —preguntó anonadado.  
—La duquesa y los gemelos.  
—¿Gemelos? ¡Ya tengo los dos herederos! ¿Puedo verlos? —gritó emocionado.  
—Claro, están con ella en su habitación.  
Alen entró agitado al recinto donde estaban los tres.  
—Te dije, amor, que tenías más de uno. Están hermosos.  
—Son tan guapos como su padre. ¿Cómo los llamaremos?  
—El primero será Brandon Waldow, duque de Rutland, y el segundo, Bradley Waldow, duque de Malborough.  
—Brandon y Bradley. Son perfectos, Alen.  
—Son unos angelitos.

De aquel momento pasaron ocho años y la duquesa volvió a parir, esa vez, a una bella niña de ojos azules y cabellos negros, igual a su madre.  
—Es hermosa, Darline, a ella le pondrás tú el nombre.  
—Se llamará *lady* Angeline Waldow, hija del duque de Rutland y Malborough.

—Amor mío, tengo que contarte algo.

—¿Qué es, Alen?

—Yo le prometí al marqués que le avisaría cuando presentáramos a alguna hija nuestra en sociedad para que Daniel la conociera.

—¡Es tan noble de tu parte! Así lo haremos en el futuro, después de sus diecisiete años. Madre y yo la prepararemos para ese día.

Días después, llegó una carta a Bath de los duques de Malborough.

—Alfred, ha llegado una carta para ti —dijo *lady* Esther, marquesa de Huntly.

—Gracias, Esther. —Alfred abrió la carta, era de Darline.

—¿Es de ella?

—Sí.

*Estimado marqués, le comunicamos el nacimiento de lady Angeline Waldow, hija del duque de Malborough. En pos de cumplir con la promesa que hicieron el duque y usted, le comunicaremos el día en que debutará en sociedad.*

*Saludos a usted y a lady Esther.*

*Lady Darline Waldow, duquesa de Malborough.*

—Me comunican del nacimiento de su hija. Estoy contento, mi amor, que ellos sean felices como nosotros. Agradezco haberte encontrado.

—Gracias a ti, por no haberte cerrado a amar de nuevo. Gracias a eso, ahora estamos esperando un hijo.

—Daniel tendrá un hermano. Gracias por ser una madre para él, Esther.

—Para mí es un placer serlo, lo amo como si fuera mío.

Los años pasaron, las familias del duque y del marqués eran amigas, prácticamente contaban con un futuro enlace entre sus miembros de las familias.

## EPÍLOGO

*Londres 1840*

—**P**adre, Brandon y yo no queremos ir al baile, sabes que no es nuestro estilo —explicó Bradley.

—Deben ir y cuidar a su hermana, ¿saben cuántos como ustedes estarán buscando esposa? Y ya saben, la hermana de ustedes es demasiado bella.

—Lo sabemos, padre, tendremos que hacerlo —se resignó Brandon haciendo un mohín.

—Ustedes me recuerdan tanto a Harold y Brent —comentó Darline.

—Madre, los tíos son unos enfermos de celos, ya ve cómo son con Violet, la hija de tío Brent.

—Pero Harold es el peor celoso —agregó Alen.

Angeline fue bajando las escaleras con un vestido azul cielo y joyas que el difunto conde de Derby le había dado a Darline en su debut.

—Hija, estás maravillosa, esplendorosa. Me recuerdas a tu madre.

—Gracias, padre, estoy nerviosa.

—No tengas miedo, hija —la animó Darline.

—Ya te pareces a la abuela, madre.

—La abuela es sabia, y también la tía Mariane.

—Padre, no me deje sola, por favor.

—Tus hermanos te cuidarán.

—¡Esos dos se pasarán persiguiendo faldas! —se quejó Angeline.

—Eres una pequeña demonio, Angeline —atacó Brandon.

—Daniel, ¿a quién esperas? —preguntó Alfred.

—A Stephen, ese Norfolk es un tonto.

—¿Por qué lo dices?

—Quiere buscar esposa.

—No se parece a su padre en eso, quien, por suerte, se casó; pensé que no lo haría.

—Padre, ¿mi hermana estará bien en el debut? Me preocupa, está muy nerviosa.

—Estará bien, Helen es inteligente, sabrá defenderse de los calaveras.

—Habrán unos cuantos, en especial, los gemelos Waldow —dijo Daniel.

—¿Te preocupan?

—No... soy igualmente atractivo y apetecible a las damas, padre, ellos son un peldaño más astutos, cambian de identidades.

—Son simpáticos, ¿no lo crees?

—Me caen bien...

Helen bajaba las escaleras rumbo a su padre, ella era rubia de ojos marrones, muy bella, preciosa sonrisa y muy tímida.

—Mi niña, estás arrebatadora, esta noche conquistarás muchos corazones.

—No estoy segura, padre, no sé si gustaré...

—A quien no le gustes, estará ciego, hermana, eres hermosa.

—Gracias, Daniel. Vámonos, padre.

El baile de *lady* Osbaldstone era el primero de esa temporada, el marqués llegó con su familia y fueron directamente al salón. A los pocos minutos, llegaron los duques de Malborough.

Todos se giraron a observar a la familia con admiración, era la que tenía los miembros más atractivos de Londres, las madres casaderas estaban enloquecidas por los gemelos Waldow, querían casar a sus hijas con ellos, pero cuando apareció *lady* Angeline, todos los caballeros quedaron pasmados por su belleza.

Alfred observaba desde el medio del salón.

—Querida, han llegado, vayamos a saludar.

La pareja se acercó a Darline y Alen.

—¡Alfred, qué gusto verte! —se alegró Alen pasándole la mano.

—El gusto es mío, Alen. Darline, también es un gusto verte.

—El placer también es mío, Alfred. Esther querida, ¿cómo estás? —

preguntó Darline.

—Muy bien, Darline, hemos traído a nuestros hijos.

—Nosotros también —avisó Alen—. El carnet de Angeline ya tiene el nombre de Daniel en él.

—Y el de nuestra hija, el de los gemelos —agregó Alfred.

Todos rieron y comenzaron a hacer chistes sobre probables enlaces.

—Norfolk, mira, ¿quién es la dama del vestido azul? —preguntó Daniel.

—No lo sé, es nueva, pero muy bonita.

—¡Ah, no, Stephen! Ella será mía.

—Pero si tú no has venido a buscar esposa, yo sí.

—No importa. Mira, se acercan a ella los gemelos, ¿no me digas que quieren conquistarla?

—No lo creo, se parecen un poco, ¿no lo crees?

—De verdad que eres tonto, Stephen, claro que no, ella es demasiado bella, parece una deidad.

—Pero los gemelos también, parecen salidos de los cuadros, ¿con quiénes hablan tus padres? Mira a la mujer, es idéntica a la joven que te gusta, y el señor alto se parece a los gemelos.

—Serán familia entonces, si ella es la hermana de los gemelos, los fastidiaré.

—Mira, tus padres vienen para acá.

—Daniel, hijo, tu madre y yo nos hemos tomado la libertad de firmar por ti en el carnet de una joven.

—Pero, padre, no vine bailar, vine porque ustedes me lo pidieron.

—Y tu hermana también tiene dos bailes comprometidos.

—¿Qué les pasa padre, madre? ¿Por qué? Espero que hayan escogido alguna buena dama al menos.

—Cuando la veas lo sabrás —justificó Alfred.

—Angeline, ven —pidió Alen—. Brandon, Bradley, ustedes también.

—¿Qué necesita, padre?

—Les comento que tú, Angeline, tienes un baile comprometido, y los gemelos también con la misma dama.

—¡Padre! ¿Usted quiere casarnos? —preguntó Brandon.

—No, solo quiero que se conozcan, son hijos de personas muy especiales

para su madre y para mí.

—Está bien, padre, lo haremos —cooperó, decidida, Angeline

Llegó la hora del vals, los primeros acordes sonaron y Angeline esperaba a su pareja.

Daniel se acercó.

—¿Me esperaba, *milady*?

—Creo que es usted con quien mis padres quieren que baile —pronunció ella impresionada por los hermosos ojos ámbar del joven.

Ambos se agarraron de las manos y comenzaron a danzar.

—Dígame, milord, ¿cómo se llama?

—Soy Daniel de Huntly, ¿y usted, mi bella *lady*?

—Soy Angeline Waldow, hija del duque de Rutland y Malborough.

—¡No lo puedo creer! ¿Conoce la historia detrás de nuestros padres?

—Un poco, fue triste para su padre.

—Parece que sí, pero conoció a Esther, ella me ama como si fuera su hijo. Y dígame, *milady*, ¿qué hace en sus ratos libres?

Angeline sentía las manos del joven Daniel en su cintura y un fuego la quemaba por dentro.

—Yo... toco el arpa, el piano y hago acuarelas, también monto a caballo. ¿Y usted, milord?

—Puede llamarme, Daniel. A mí me gusta cazar, montar, encargarme de los negocios de mi padre y otras cosas más.

La historia se repetía, entre Daniel y Angeline surgía algo especial.

El vals terminó y Daniel llevó a Angeline junto a sus padres.

—Fue un placer, *milady* —aseguró Daniel—, mañana tendrá noticias mías

Besó la mano enguantada de Angeline y se retiró con una reverencia.

Daniel quedó impresionado con ella, en su mente estaba la poderosa idea de cortejarla, tal y como había sucedido con su padre en el pasado.

Al día siguiente, en casa de los duques, Angeline recibió un arreglo de flores con una nota.

*Mi bella lady Angeline, me ha cautivado con su gracia y belleza. Estas flores jamás estarán a su altura. Esta tarde pasaré por usted para llevarla a un paseo. Estoy ansioso por verla.*

*Lord Daniel de Huntly.*

El corazón de Angeline se aceleró.  
La historia volvía a empezar.

FIN

SAGA ROSAS BLANCAS

# Belleza y venganza



## CAPÍTULO 1

*Londres, finales de 1836*

Lady Emma se encontraba en su habitación con su doncella.

—Celia, voy a salir a ver a Rain —afirmó Emma decidida.

—Pero, *milady*, está oscureciendo —replicó la doncella.

—No importa, hoy en todo el día no la vi.

—*Milady*, es peligroso, una muchacha como usted no debe salir sola a estas horas.

Emma era la más hermosa y prometedora jovencita de catorce años, rubia, de ojos grisáceos. Su madre y su hermano estaban orgullosos de su belleza y encanto; en tres años más, debutaría en la sociedad.

—No me va a pasar nada, Rain está lastimada, quiero saber si es muy grave.

—Pregúntele a su hermano, *milady*.

—Mi querida e ingenua Celia, mi hermano jamás me diría algo horrible y lo sabes, debo averiguarlo por mí misma.

—Es que la adoran, *milady*, y no los culpo, yo también lo hago.

—Celia, eres una atrevida —dijo entre sonrisas—, me pondré una capa y saldré por donde está el establo. Ahora ya sabes por dónde estaré.

—No me gusta, *milady*, creo que es una mala idea.

—Deja de ser aguafiestas, por favor, ¿cuántas veces lo hice y no ocurrió nada? ¡Me voy!

En la biblioteca, Arthur, duque de Lancaster, hermano de Emma, se encontraba despidiendo a uno de sus mozos de cuadra.

—Max, estás despedido.

—No, excelencia, ¿por qué?

—He tenido quejas de ti por todas partes en esta casa, las criadas se quejan de que las acosas y manoseas, y para colmo de males, no cumples con tu trabajo en las caballerizas, están sucias y ahora la yegua de Emma está lastimada por una piedra que le entró en una pata.

—¡Pero, excelencia!

—¡Pero nada! Recoge tus cosas y te vas de aquí, no voy a mantener vagos y degenerados, no te contraté para eso.

—Excelencia, llevo toda la vida sirviendo a su familia, mi familia los ha servido desde siempre.

—Pero tú no has hecho honor a tu familia, ellos trabajaban duro, tú eres un holgazán, no haces nada útil. Lárgate ya y toma tu liquidación, es un buen dinero hasta que encuentres otro trabajo.

—Se arrepentirá de esto, excelencia —lo amenazó.

El mozo salió con deseos de venganza y fue a recoger sus cosas de su cuarto.

—Hiciste bien, querido —dijo la duquesa viuda.

—No lo quiero un día más aquí, estaba hartos.

—Yo lo sé, solo lo aguantaste por el hecho de que toda su familia trabajó para nosotros.

—Ellos eran gente honesta y decente, este no creo que lleve su misma sangre.

—Bueno, hijo, ya no importa, se irá.

—Bien, me calmaré porque estoy esperando a lord Brandon Waldow, tengo negocios con él.

—Ese calavera, hijo. No sigas su mismo ejemplo y piensa también en casarte.

—Madre, basta con ese tema, sabes que soy muy joven, déjeme disfrutar unos años más de mi soltería.

—Tu padre moriría nuevamente al oírte decir eso.

—Padre era igual, se casó muy viejo con usted.

—¿Y eso quieres? ¿Dejar a una familia sola por ser un anciano?

—Madre, es usted extremista.

—Menos mal que tu hermana no caerá en las garras de un mujeriego.  
—Claro, ya que la comprometieron al nacer con un desconocido.  
—Es el hijo de un conde, son gente de bien.  
—Claro, para comprometer a su hijo de casi ocho años con un bebé, claro que son gente de bien —dijo con sorna.  
—Deja el sarcasmo, Arthur.  
—No puedo, está en mi —replicó sonriendo.

Emma salió sigilosamente por la puerta de servicio y fue hasta donde estaba Rain.

—No te ves mal, Rain, me preocupé mucho por ti, sabes que eres mi compañera. Dime, ¿qué te ha pasado?

La yegua relinchó como contestándole.

—¿Es en serio? Pobre de ti, amiga, pronto estarás bien y saldremos a pasear por el parque.

El mozo resentido salió por la puerta trasera y vio a la bella damita. Max estaba teniendo la idea para su venganza, tantos años de servir en esa mansión y lo echaban como a un perro.

—Me voy, Rain, ya es hora, adiós, amiga, te vengo a ver mañana.

—*Lady* Emma, ¿qué hace usted por aquí?

—Oh, señor Max, vine a ver a Rain, está lastimada y hoy no pude venir más temprano.

—¿Alguien sabe que está aquí?

—No, por eso, ya me voy... Hasta mañana.

—Usted no va a ninguna parte, *milady* —dijo tomándola de un brazo—, usted me dará unos gustitos primero, es usted una niña muy bella.

—¡Suélteme! ¿Qué dice, Max? ¿Qué está haciendo? Trabaja para nosotros.

—No más, *milady*, su hermano me lanzó a la calle como un perro y ahora quiero mi venganza.

—¿De qué habla? ¡Suélteme!

—Voy a desgraciar a su familia por siempre.

Emma estaba pálida, acababa de entender perfectamente lo que el hombre

quería, era muy inteligente.

—¡Usted no hará tal cosa! —espetó ella mordiendo la mano del mozo.

El hombre gruñó de dolor por la mordida.

—¡Maldita, me las pagarás!

Emma se echó a correr lo más rápido que pudo, pero él la alcanzó y, entonces, la golpeó en el rostro.

—¡Toma esto, ramera, ahora te haré mía!

—¡Auxilio, Arthur, madre! —gritó desesperada.

—¡Cállate, perra, nadie te escuchará! —dijo mientras la golpeaba y le rompía la ropa.

—¡No...! ¡Por favor! —rogó entre lágrimas, sangre y patadas.

—Claro que sí —profirió el hombre con voz excitada.

Le abrió las piernas y le rasgó la ropa interior, lo iba a hacer, se bajó el pantalón, pero en ese entonces, sintió unas enormes manos en sus hombros que lo tiraron hacia un costado.

—¡Maldito desgraciado, qué está haciéndole?

—Nada, milord, ella es una puta.

—¡Ella es una niña, imbécil! —gritó Brandon mientras comenzaba a golpearlo.

Brandon había llegado justo a tiempo, escuchó los gritos desesperados de una mujer.

—Cuando se lo diga al duque, será hombre muerto —bramó dirigiéndose al mozo tirado casi inconsciente en el suelo.

—*Milady*, ¿está bien? —preguntó Brandon a Emma.

Ella no hablaba, sangraba por toda la cara y estaba muy asustada, incluso de Brandon.

—*Milady*, no le haré daño, cálmese... Vayamos adentro —dijo llevándosela en brazos.

Él la trasladó hasta la sala donde estaba *lady* Mabel.

—¿Emma? ¡Emma, hija! ¿Qué te ocurrió? —preguntó desesperada—, ¿qué le hizo, calavera desgraciado?

—¿Qué? Yo la rescaté de un hombre que intentó violarla.

—¡Arthur, Arthur! —gritó, llorando, *lady* Mabel.

—¿Qué sucede, madre? ¿Brandon? ¡Emma, por Dios! ¿Qué te sucedió? —

preguntó corriendo hacia ella.

—Max... —respondió apenas.

—¡Maldito desgraciado! —gruñó Arthur, y fue a la biblioteca para traer su arma.

Al cabo de unos minutos, regresó aún muy alterado.

—¿Dónde está? —preguntó esperando la respuesta.

—En los establos —respondió Brandon—. ¿Qué vas a hacer?

—Simplemente, lo mataré, nadie toca a mi hermana y vive para contarlo.

Arthur salió enfurecido y encontró a Max tratando de levantarse.

—¡Ni siquiera lo intentes, infeliz! —advirtió Arthur apuntándolo con su arma.

—Excelencia, perdóneme, por favor.

—¡Jamás, eres hombre muerto! —contestó y le disparó al pecho. Ese fue el fin del mozo, pero el comienzo de la triste y asustadiza existencia de Emma. Pese a que el hombre no había logrado su objetivo, la había asustado y dejado mal herida.

Ella se culpaba de lo que había ocurrido por su belleza, pensando en que nunca más la mostraría, quizás otros hombres quisieran lo mismo de ella.

No quería pasar por lo mismo.

—*Lady Emma* —dijo Brandon—, ¿se encuentra mejor?

Esa pregunta la sacó de sus pensamientos, ella lo miró y lo primero que pensó fue que era un hombre más agraciado, caído del cielo, pero que debía ser como todos.

—Sí —respondió sin mirarlo siquiera—, gracias, milord.

—Lord Brandon Waldow, soy su vecino, *milady*.

—Gracias por salvarme, de no ser por usted...

—No lo recuerde más...

—Emma, hija, vamos a tu habitación a curarte y cambiarte —los interrumpió su madre.

—Sí, madre, y gracias otra vez por lo que hizo por mí, lord Brandon.

—No hay por qué, *milady* —respondió Brandon al ver que se alejaba la niña más hermosa que había visto jamás.

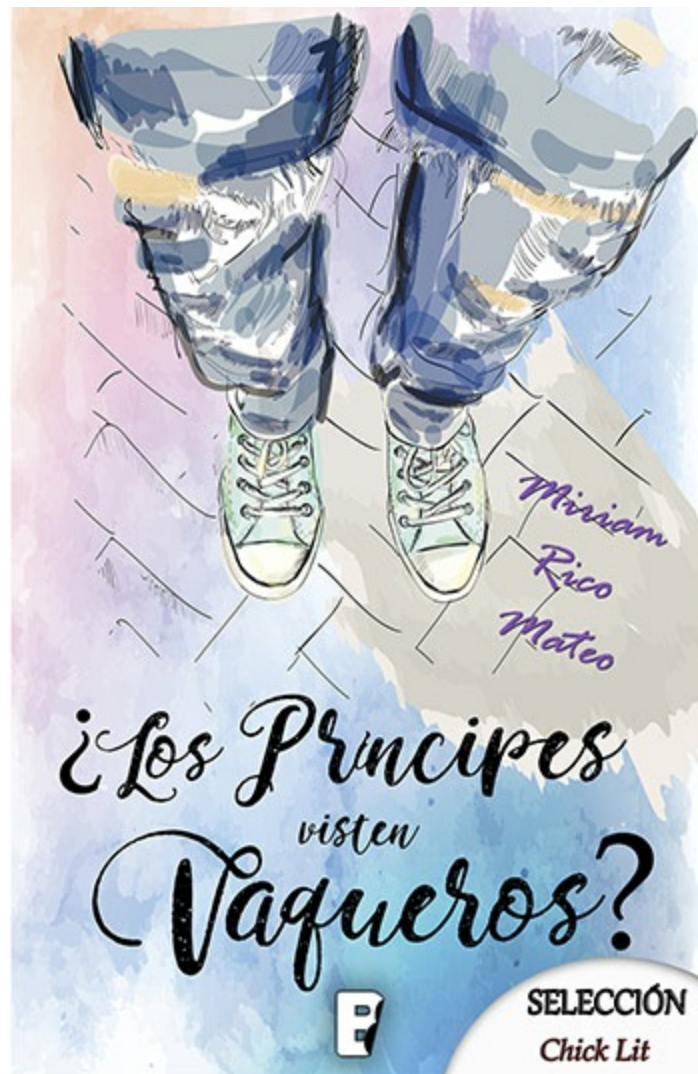
Si te ha gustado

# Rescatando tu alma perdida

te recomendamos comenzar a leer

## ¿Los príncipes visten vaqueros?

de *Mirian Rico Mateo*



## ¡QUEDAS DETENIDO POR SINVERGÜENZA!

**D**iana se recostó en el asiento de su Audi A3 y dio un sorbo al café de su termo. Ese día le tocaba vigilancia. Le encantaba la vigilancia, se sentía como uno de aquellos policías de las películas que siempre acababan pillando a los malos. Solo que ella no era policía, se obligó a recordarse a sí misma, así que nada de placa ni de pistola. Qué pena, pensó. A veces le habría gustado apuntar con su arma a alguno de los especímenes a los que investigaba y gritarles: «¡Quedas detenido por sinvergüenza!».

Aquella era una de esas veces. La mujer a la que debía investigar tenía treinta años, había nacido en Serbia y al parecer era una desalmada cazafortunas. Había conocido a un chico un fin de semana y se lo había camelado. El chico, un pobre inocentón, de familia acaudalada, que rondaba los cuarenta y nunca había tenido una relación estable, cayó de cuatro patas. Contentísimo, le contó a su familia que por fin tenía novia, a lo que ellos no dieron mucho crédito; sin embargo, a los dos meses ella se instaló en su piso.

La chica, Christine, que así se llamaba, tenía un visado de vacaciones a punto de caducar, pero ese era un pequeño detalle al que su novio no le daba importancia. Tampoco le importaba que ella no tuviera trabajo. Que ella no lo buscara en absoluto y se pasara todo el día en el piso de él sin hacer nada, fumando, conectada a Facebook, Twitter, Instagram y demás redes sociales, tampoco ayudaba mucho.

Todo esto tenía a la familia de Ángel con la mosca detrás de la oreja. Cuando empezó a gastar su dinero de forma desorbitada en ropa, joyas, zapatos, bolsos y todo lo que le apetecía, la familia decidió contratar sus servicios, para probar que Christine estaba engañando al pobre Ángel y que solo perseguía su dinero.

Sin embargo, aquella vigilancia iba a resultar difícil. La mayoría de las veces, quien la contrataba le facilitaba datos del sujeto al que debía investigar, tales como lugar de trabajo, aficiones, horario laboral, lugares a

los que acudía con regularidad, direcciones de amistades, etc., que le facilitaban la labor a la hora de seguir al objetivo y conseguir así la información necesaria para emitir su posterior informe, pero en aquella ocasión la familia de Ángel no había podido facilitarle nada de todo aquello. La chica no trabajaba, no iba al gimnasio ni a ningún lugar de ocio habitual, no sabían quiénes eran sus amistades, y mucho menos dónde vivían; lo único que sabían de ella era su nombre y poco más.

Con la escasa información que disponía no sabía por dónde empezar. Decidió iniciar la vigilancia a partir de media tarde en el piso de Ángel. Si no trabajaba y no hacía nada en todo el día debía resultarle asfixiante esa inactividad, encerrada durante horas entre cuatro paredes. Diana suponía que saldría aunque fuera a dar una vuelta a la manzana, a fumar o de compras... Alguna cosa tendría que hacer durante el día...

Aparcó su vehículo en la parte más alta de un descampado que hacía las veces de aparcamiento, situado enfrente de la vivienda, un precioso dúplex en Sarriá, en Can Caralleu, cerca de la Ronda de Dalt. El aparcamiento le ofrecía una vista perfecta de la casa. Miró hacia la ventana del salón, situado en el primer piso, cuya persiana estaba abierta y dejaba a la vista el interior, pero no vio ningún movimiento. Divisó un par de sofás de color claro, paredes claras, un gran televisor de pantalla plana –por la que su marido daría un brazo–, una moderna mesita de centro bicolor y una gran planta en una esquina. No supo identificarla, no sabía nada de plantas. Le molestaba no saber nada sobre algo.

*Nota mental: comprar un libro sobre plantas.*

Las paredes del dúplex estaban cubiertas por un par de grandes cuadros de arte moderno que parecían muy caros. Estaba claro que Ángel tenía dinero.

Diana permaneció en el coche alrededor de tres horas, con la radio encendida y la música no muy alta, para no llamar la atención y, sobre todo, para no distraerse del objetivo. Iba variando, de Rock FM a M80 y, de vez en cuando, a Europa FM.

Cuando se le acabó el café y el frío del mes de enero le empezó a calar en los huesos, el tiempo comenzó a transcurrir más lento, hasta que sintió la necesidad de estirar las piernas. Bajó del coche, cruzó la acera y se situó debajo del edificio de Ángel, de modo que, si él o Christine miraban por la



ventana, no pudieran verla. Caminó arriba y abajo de la calle un par de veces, girándose de vez en cuando, no quisiera la casualidad que Christine saliera justo en ese preciso instante. Al no detectar movimiento alguno, decidió volver al coche para marcharse de allí; por el momento se había terminado la vigilancia. No parecía que aquel día fuera a dar sus frutos. Además, en un par de horas tenía una cita ineludible.

Diana y Juan llegaron diez minutos antes a la consulta de la doctora Anaya. Diana odiaba llegar tarde. Le parecía una falta de respeto hacia los demás y una falta de organización. La chica de la recepción, una joven de veintitantos, con el pelo recogido en una coleta rubia y con exceso de maquillaje los hizo pasar a la sala de espera, donde ambos tomaron asiento.

Juan cogió una revista. No es que le interesaran lo más mínimo las revistas que pudiera haber allí, pero estaba nervioso y malhumorado y quería distraer su mente de algún modo. Diana no parecía nerviosa, pero en su fuero interno se preguntaba si aquello habría sido una buena idea.

«Diez ideas para no perder la pasión», leyó Juan. «Joder –pensó–. ¿Qué hago yo aquí?». Dejó la revista donde estaba y se puso a jugar con su móvil. Diana lo miró de reojo. No soportaba que hiciera eso.

Al cabo de cinco minutos oyeron a alguien salir de alguno de los despachos de la consulta y a una pareja que se despedía. Era su turno, pensaron los dos. Juan, de forma inconsciente, se incorporó en su asiento con la espalda recta, en tensión. Diana suspiró hondo. «¡Allá vamos!», se dijo a sí misma. No podía echarse atrás, al fin y al cabo, la idea de ir a terapia de pareja había sido suya.

–Ya podéis pasar –les indicó la recepcionista.

La siguieron por un pasillo hasta una de las puertas de la consulta, que se hallaba entreabierta. Ella llamó con los nudillos.

–Adelante –dijo una voz.

La recepcionista los hizo pasar y a continuación cerró la puerta tras de sí. Ya no había escapatoria.

–Buenas tardes, soy la doctora en psicología Eva Anaya –se presentó.

Ambos estudiaron a la mujer durante unos instantes. Se trataba de una

mujer oronda que rondaba la cincuentena, sin embargo, tenía el pelo totalmente blanco, de forma que parecía mayor. Llevaba unas grandes gafas negras de pasta, no muy modernas, como las que se llevaban en los años ochenta, que le daban un aire intelectual, a la vez que bonachón. A Diana le recordó a la señora Doubtfire. Aquella idea le dio ganas de reír pero se contuvo.

–Diana –dijo ella tendiéndole la mano–. Y él es Juan.

Se sentaron cada uno en una de las sillas que había acomodadas frente a la doctora.

–Bien, hoy es vuestra primera sesión. Sé que estaréis nerviosos. Debéis abriros a un extraño y eso no siempre es fácil, pero creo que, viniendo aquí, ya habéis dado el primer paso y eso es lo importante. –La doctora Anaya hablaba con un tono tranquilo y sosegado, mirándolos a los ojos, tratando de generarles confianza–. Hoy vamos a conocernos un poco, y vais a explicarme qué esperáis obtener de mis sesiones. Para ello, decidme, ¿por qué estáis aquí?

–Porque me lo ha pedido mi mujer –contestó Juan, con un tono de voz que dejaba entrever, sin lugar a dudas, que el estar ahí no había sido en absoluto idea suya.

–Sí, la mayoría decís lo mismo. –Rio la doctora Anaya–. Pero no te ha puesto una pistola en el pecho, ¿no?

–Bueno, casi... –bromeó Juan con timidez, sintiéndose un poco más relajado al ver que la doctora tenía sentido del humor y que, al parecer, no tenía ninguna intención de tumbarlo en un diván.

–Entonces, partimos de la base de que ambos estáis aquí por propia voluntad, porque queréis afianzar vuestra relación de pareja.

Diana movió la cabeza de forma afirmativa. Juan también, pero con menos convicción.

–¿Estáis casados?

–Sí. Llevamos cuatro años casados. Pero trece juntos –aclaró Diana.

–Vaya, felicidades. Eso es mucho tiempo. No hay muchas parejas tan jóvenes como vosotros que lleven tanto tiempo juntos.

–Es que nos conocimos en la universidad –explicó Diana. Y salimos durante mucho tiempo, hasta que nos casamos.

Juan miraba al techo, aburrido. No le veía el sentido a estar allí ni a contarle su vida a aquella desconocida.

–Bien. Si os parece, voy a pedirlos a cada uno de vosotros que me diga, a grandes rasgos y sin entrar en detalles, lo que pensáis que podría mejorarse en vuestra relación, ¿entendido? –Los dos afirmaron con la cabeza.

–Diana, empieza tú –indicó. Por experiencia, sabía que a las mujeres les resultaba más fácil expresar sus emociones en esa clase de sesiones.

–Bueno... –dijo ella, titubeando–. Lo que pasa es que..., siento que las cosas ya no son como antes de casarnos; que nos hemos dejado llevar por la rutina... Noto como si hubiéramos perdido un poco... –Diana miró a Juan, sintiéndose algo cohibida y culpable–... la chispa.

–Ahá..., Juan, ¿qué dices tú?

–A mí me parece que todo está bien. No creo que tengamos ningún problema –contestó Juan con voz calmada, pues no pretendía ofender a la doctora afirmando que sus servicios no eran necesarios, aunque ese fuera su pensamiento.

–Entiendo. Pero al parecer tu mujer piensa que hay algo que se puede mejorar. ¿No te gustaría intentarlo?

Juan suspiró y se encogió de hombros. No iba a poder librarse de aquello con tanta facilidad.

–Tengo que decirlos que esta es una situación muy habitual. Muchas parejas vienen a verme por lo mismo. Creo que todos, cuando nos casamos, pensamos: «Yo no me dejaré llevar por la rutina, nosotros somos especiales y conservaremos lo nuestro como hasta ahora», pero en la inmensa mayoría de casos eso no es así. La vida se encarga de que no sea así: nos pone trabas, dificultades, obstáculos; en definitiva, nos pone a prueba, pero hemos de ser capaces de superarlas y de trabajar juntos para no dejarnos vencer. –Hizo una pausa–. Diana, ¿podrías ponerme un ejemplo de algo que eches de menos de tu vida en pareja?

–Pues... el salir a cenar, por ejemplo. Antes íbamos una vez por semana y ahora no vamos casi nunca.

–Juan, ¿tú cómo lo ves?

–Bueno... –Se removió incómodo en su asiento–. Es cierto que antes salíamos más a menudo, pero era porque no vivíamos juntos. Ahora nos

vemos cada día, así que no creo que haga falta... Y yo me siento muy a gusto en casa con Diana.

–Lo cierto es que el hecho de salir implica varias cosas, y todas ellas positivas; no se trata solo de *ir* a cenar sino de todo el ritual que ello supone: arreglarse, ponerse atractivo, elegir un sitio bonito y, sobre todo, estar en un ambiente propicio para que surjan otro tipo de conversaciones distintas de «¿Cariño, qué hacemos de cenar esta noche?» –La doctora Anaya pronunció estas palabras mientras ponía los dos pies encima de su mesa, con las gafas en la punta de la nariz y un bolígrafo en la boca a modo de cigarro colgante. Ambos rieron ante la imagen, pero entendieron a la perfección lo que ella quería decir.

–Bien, pues os voy a poner deberes. –Diana y Juan se miraron, un tanto asustados–. Quiero que esta semana hagáis algo juntos, no tiene por qué ser salir a cenar; puede ser ir al cine, al teatro, a pasear o a una convención Manga; lo que queráis, pero juntos, ¿entendido?

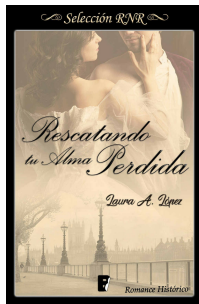
–Sí –contestaron los dos al unísono.

Antes de irse, la doctora les dio unos caramelitos, como si fueran unos chiquillos.

Cuando salieron de la consulta estaban más relajados. Diana estaba contenta, la doctora Anaya le había caído muy bien y le inspiraba confianza, parecía que sabía lo que hacía. Juan no estaba tan eufórico como Diana, pero pensó que no había sido tan terrible, después de todo.

Aquella noche parecía que el espíritu de la doctora Anaya rondaba por la casa, vigilante, mirándolos por encima de sus enormes gafas. Los dos se esforzaron por mostrarse cariñosos, cocinaron juntos, abrieron una botella de vino para cenar y vieron la televisión abrazados, como solían hacer cuando eran novios. Ninguno de los dos habló mucho, por miedo a estropear el buen ambiente que se había creado a raíz de la sesión.

## **Darline deberá elegir entre la pasión del primer amor y la tranquilidad de un dulce romance.**



Lady Darline de Derby, una sobreprotegida debutante en la temporada social de Londres, está llena de sueños románticos e ilusionada con conocer a un caballero que la convierta en su esposa. Durante su presentación, Alfred, marqués de Huntly, queda impactado por su belleza y su intención es cortejarla sin importarle la fuerte tutela a la que está sujeta Darline. Con lo que no cuenta es con las malas intenciones de su ex amante, que se empeña en separarlos... y cumple su objetivo. Esto provoca que la salud de Darline se vea gravemente afectada.

Años después, Darline conoce al amigo de su hermano, Alen, Duque de Malborough, quien la enamora con su encanto y se gana su corazón.

Sin embargo, el amor de Darline y Alen se ve afectado por la repentina aparición de Alfred reclamando a su prometida.

**Laura A. López.** Nací en la ciudad de Luque, Paraguay, el 05 de Julio de 1988, actualmente resido en la misma ciudad. Me gradué en Licenciatura en Ciencias Contables y Auditoría, estoy casada y tengo una hija.

Me inicié en el mundo de la lectura continua en el colegio, leyendo primeramente *El ente de Frank De Felitta* y luego *Juan Salvador Gaviota*. Hace unos años encontré una plataforma donde se podía leer libros y escribir gratuitamente, leí todos los del género romance de época, por lo que decidí participar en ese tipo de escritura. En la actualidad cuento con varias historias de ese estilo además de incursionar en el género chick – lit.

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2018, Laura A. López

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-953-9

Composición digital: Mandala Estudio

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Índice

Rescatando tu alma perdida

Nota editorial

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

Saga Rosas blancas

Capítulo 1

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Laura A. López

Créditos